GALAXIA
Ciencia Ficción

FUTURO EN VENTA

RICHARD SAXON

Estricta y científicamente hablando, el viaje por el tiempo, de por sí, resulta una imposibilidad. Incluso la mera contemplación del viaje por el tiempo como concepto viola muchas de las leyes inmutables que consideramos razonablemente ciertas y universales en su aplicación a todo el Cosmos material. Pero… he perfeccionado un método por el cual se pueden visitar el Pasado y el Futuro.

epublibre

Richard Saxon

Futuro en venta

Galaxia - 71

ePub r1.0
Titivillus 18.07.16

Título original: *Future for Sale*
Richard Saxon, 1965
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Enrich Torres

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

I

—Estricta y científicamente hablando —dijo el hombre delgado—, el Viaje por el Tiempo, de por sí, resulta una imposibilidad. Como la cuadratura del círculo, la raíz cuadrada de menos uno, o el infinito, es una cosa absurda, un mero concepto matemático imposible de concederle aplicación práctica en nuestro mundo de cuatro dimensiones de Energía y Materia. Incluso la mera contemplación del Viaje por el Tiempo como concepto viola muchas de las Leyes inmutables que consideramos razonablemente ciertas y universales en su aplicación a todo el Cosmos material. Pero… —Hizo aquí una pausa y miró triunfante al hombre recio de la silla de ruedas—, he perfeccionado un método por el cual se pueden visitar el Pasado y el Futuro.

Su tono de voz comportaba tal absoluta convicción que todos los hombres de la habitación continuaron en silencio, sin hablar ni moverse. Era evidente que sus mentes y cerebros consideraban con frialdad la afirmación más notable de aquel tipo delgado, analizándola semánticamente, extrayéndole su significado palabra por palabra y cada cual llegando a su conclusión particular.

Bajo todos los puntos de vista, la reunión resultaba notable. El hombre de la silla de ruedas era el individuo más rico del mundo. El resto de los presentes, con una única excepción, lo constituían sus ejecutivos y personal de su séquito. La excepción se llamaba Spencer Ridgeway, que fue quien preparó todo aquel asunto.

El individuo delgado que había reducido a tan augusta audiencia a un pensativo silencio era un oscuro científico de Cambridge. Llamado Robert Blakely, era un tipo insignificante, tan descuidado de su aspecto moral como de su apariencia física ante el público. Su fuerte era la Física, siguiendo a continuación las matemáticas puras.

Y estas últimas ciencias fueron las que hicieron que Ridgeway preparase la reunión.

La mansión, instalada en las pinedas que rodean al lago de Ginebra, se hallaba en el corazón de Lausana y era el refugio y cuartel general del hombre de la silla de ruedas, aquella águila tullida conocida entre sus íntimos con el nombre de Bellamy. Pocas personas fuera de su inmediato séquito tenían amistad con él y para el gran público permanecía totalmente desconocido. Sin embargo, apenas existía persona en el globo que no pagase tributo a aquel hombre de una manera u otra en el transcurso de cada día. Sus intereses se extendían por todo el mundo, con carácter universal. Literalmente no existía ninguna comodidad o servicio en los que no poseyera intereses y los periódicos hacía ya muchísimo tiempo que dejaron de evaluar sus millones.

Miró a Blakely por debajo de sus espesas cejas y, levantando el bastón, señaló imperiosamente a Spencer Ridgeway. Al hablar, ignoró por completo a Blakely.

—Usted, doctor Ridgeway —bramó—, me hizo venir aquí. Cuéntemelo en persona.

—Señor Bellamy —contestó Ridgeway lleno de dignidad—, según mi leal saber y entender, lo que acaba de decir el doctor Blakely es literalmente cierto. He visto una prueba que me ha satisfecho. Sin esa fe y esa prueba, ¿cree usted que se lo habría traído de Inglaterra?

Ben Bellamy soltó de pronto una risita. El ruido sonó como una perturbación geológica de menor cuantía provinente del interior de su enorme figura.

—¿Y cómo podría saberlo yo? —arguyó el magnate—. ¿Cómo puedo estar convencido de que el cerebro de su amigo funciona correctamente? Pero tiene usted un tanto a su favor. Mi agente inglés no es ningún estúpido y probablemente no me habría remitido su solicitud a menos que comprendiera que en todo esto había algo grande. —Se volvió hacia Blakely con brusquedad—. ¿Puede probarme la afirmación que acaba de hacer? —le preguntó con toda la autoridad de un emperador romano. Pero Blakely no pareció impresionarse. Rió un poco, se echó atrás su pelo negro y chasqueó los dedos llamando a un sirviente que estaba plantado inmóvil junto a las dobles puertas del salón.

—Concédame cinco minutos, señor Bellamy —sonrió—. Dos de ellos han transcurrido ya. Necesitaré un par más para proporcionarle la prueba y el restante… ¿bastará para que me dé lo que le pido?

—¿Qué es? —graznó Bellamy.

—Diez millones de libras esterlinas —replicó Blakely con frialdad. Ni vio la expresión aparecida en los ojos de ágata del magnate, ni percibió el rumor que se extendió por la sala, procedente de los ejecutivos, los directores, secretarios, etc., que rodeaban al potentado. Pero es que estaba ocupado en instalar la cosa que el sirviente le había traído. Sobre una mesita de mármol había un gabinete pequeño, abierto, dentro del cual aparecía una serie de óvalos de cable eléctrico de un palmo de diámetro cada óvalo, con cuarzo reluciente; en mitad del conjunto se veía una reducida plataforma. La plataforma contenía una jaulita en cuyo interior un hámster mordisqueaba una hoja de lechuga. Blakely se volvió hacia Bellamy que miraba dudoso a la mesita.

—Un truco de prestidigitación —murmuró el tullido con desdén y se dedicó a contemplar al hombre de su derecha—. ¿Se ha examinado el dispositivo?

—Exhaustiva y minuciosamente, señor —fue la respuesta—. Casi lo hemos desmontado pieza por pieza. Ninguno de nuestros técnicos científicos o mecánicos ha podido hallar rastro alguno de truco o de ilusión. Añadiría que ellos tampoco encontraron señales de ningún principio conocido que pudiera hacerles creer que ese aparato es capaz de servir para algo.

—¡Científicos gaznápiros! —espetó Bellamy y clavó sus ojos con energía en Blakely. Había una añoranza en su dura mirada que pocos habían visto y que ninguno de los que la vieron pudo comprender. Pero el hombre delgado no le hacía caso. Dirigía al criado que ahora estaba enchufando un grueso cable conductor a la base del gabinete. Luego volvióse de nuevo a su público, mostrando la inquebrantable confianza en sí mismo que caracteriza a un director de circo.

Las luces del salón eran muy fuertes y Spencer Ridgeway, mirando con fijeza a la mesa, notó de pronto la tensión del esfuerzo en sus ojos. Le parecía que mientras estaba mirando toda la mesita, el aparato, la jaula y lo demás se había movido tres palmos a la

izquierda de donde estaba ahora, temblequeó el conjunto durante un instante y luego desapareció. Era como una «doble imagen», porque la cosa continuaba inmóvil en su propio lugar. Se frotó los ojos y sacudió la cabeza. Mirando cauteloso a su alrededor, advirtió como uno o dos de los otros hombres miraban perplejos a la mesita. Miró también de soslayo a Blakely y vio que él estaba boquiabierto literalmente con los ojos fijos en el lugar ahora vacío. Su rostro carecía de color, luego, de súbito, cerró la boca y se humedeció los labios. Ridgeway captó el temblor de aquel hombre, como abría y cerraba las fauces, para secárselas luego con el pañuelo. Ridgeway se preguntaba si habría algún oscuro principio de óptica relacionado con tan singular aparato, luego sus pensamientos quedaron interrumpidos. Otra vez dueño de sí mismo, Blakely hablaba.

—Voy a enviar a este animal a un minuto dentro del futuro —dijo con claridad—. Sólo pudimos transportar desde Inglaterra este modelo reducido y su potencia tiene límites. —Con una maliciosa exhibición de arrogancia intelectual que hizo que algunos de los presentes le miraran parpadeando, pero que sólo originó una sardónica sonrisa en Bellamy, continuó—: No les aburriré con detalles técnicos. Ustedes no los comprenderían. De cualquier forma, sus *técnicos* científicos y mecánicos quedaron estupefactos. He aquí su prueba, señor Bellamy.

Accionó un conmutador de la base del gabinete. Agachándose giró dos mandos, luego maniobró en un interruptor. El conjunto empezó a girar y pasó a la invisibilidad. Cada par de ojos estaba enfocado en el pequeño animal. Sólo Ridgeway vio como Blakely manipulaba otro conmutador, pero todos contemplaron como reaparecía el conjunto, con un ligero sonido semejante a un taponazo, pero… el hámster y la jaula se habían desvanecido por completo. Blakely pasó su mano por el espacio vacío. Sonrió arrogante.

—La bestia ha saltado a través de sesenta segundos de lo que yo llamaré Tiempo Temporal y está ahora en lo que denomino Tiempo Empírico. El efímero Tiempo Temporal en el que se encuentra enclavado nuestro universo va engranado a un cierto ritmo o paso inmutable. No se le puede disminuir o acelerar por ningún medio conocido por el hombre. He sobrepasado la matriz de nuestro

Continuo Espacio-Tiempo y el hámster vive y sobrevive completamente a su exterior. Su cuerpo físico ha sido deducido de la suma total de átomos de este continuo en este preciso instante. El ligero sonido que oyeron lo causó el aire llenando el vacío que se produjo súbitamente. El aparato se ha ido y dentro de pocos segundos volverá a estar aquí. Han sido cambiadas las velocidades vibratorias que le eran propias, constituyendo ésto el meollo del problema. Ha vivido, durante cerca de sesenta segundos, a un ritmo más rápido, lo que le ha hecho penetrar en su futuro toda esa extensión de tiempo. Haré ahora que inicie su regreso.

Accionó de nuevo el interruptor y tan pronto como el conjunto adquirió rápidamente velocidad, manipuló otro mando.

—Sus velocidades vibratorias han sido de nuevo desaceleradas hasta nuestro ritmo normal y… —se interrumpió y el conjunto paró bruscamente—. Ah, helo ahora aquí.

Al señalar la jaula no había triunfo en su voz. El hámster continuaba donde estuvo antes, mordisqueando alegremente. El silencio en la sala era muy denso. Como si se hallaran en la sala del trono con un monarca, ninguno de los de la corte de Bellamy habló hasta que lo hiciera el magnate. Este se volvió lentamente hacia Ridgeway.

—¿Es eso lo que vio *usted*?

—Vi al espécimen, un ratón blanco, saltar una semana en el futuro —respondió Ridgeway desapasionadamente—. El doctor Blakely posee en Inglaterra un modelo mayor. Aguardamos siete días en su laboratorio y al final de ese tiempo, el ratoncito blanco regresó.

—¡Regresó! —repitió Bellamy—. Regresó… ¿de dónde?

—Estoy convencido que del futuro —dijo Ridgeway muy serio. Ni siquiera en sus sueños más alocados pudo imaginarse a sí mismo efectuando tal afirmación fría y tranquilamente ante un círculo de colegas científicos. Pero en aquellos fantásticos alrededores y ante un individuo como Bellamy, el enorme gigante tullido dueño del mundo, sí era posible.

Los ojos de Bellamy trataron de perforar sus pupilas y ver lo que había dentro, tras ellas. No había llegado a su actual posición de poder por la indecisión. Por eso no perdió más tiempo hablando con Ridgeway y se volvió hacia Blakely.

—¿Es posible, con ese aparato, mandar al animal al pasado? —preguntó.

Blakely se encogió de hombros.

—En el pasado o en el futuro, ¿qué importa eso con tan pequeñas unidades de Tiempo Temporal? ¿Qué prueba podríamos tener…? —Ridgeway vio como sus ojos se vidriaban de pronto y como examinaba salvajemente al gabinete. Bellamy también lo advirtió pero lo ignoró.

—¿Puede ser enviado un *hombre* al futuro? —insistió—, o… —Y su voz casi se redujo a un susurro—, ¿al pasado?

Ridgeway notó como físicamente Blakely se sacudía para recobrar la normalidad. El matemático dedujo que, por muy intranscendente que tratase de aparecer aquel individuo, lo que le rodeaba y la compañía le estaban efectivamente impresionando.

—Con el aparato correcto del tamaño adecuado —dijo Blakely con aspereza mientras hablaba como si estuviese tragando con dificultades—, un hombre podía ser enviado bien al futuro o al pasado. Cuando usted me dé los diez millones de libras construiré tal aparato.

—Tendrá usted sus diez millones —repuso con frialdad Bellamy —, cuando me demuestre que puede enviar a este animal al pasado. Algo me dice que descubrirá que eso es imposible o por lo menos difícil. Haga esto y proporcióneme la prueba y el dinero será suyo.

Ridgeway vio como el rostro de Blakely se aclaraba mágicamente y lo oyó murmurar una áspera risita. Empezó hablar y su voz era sedosa:

—¿Hasta cuánto tiempo en el pasado, señor Bellamy?

Y pareció como si estuviera pendiente de la contestación del millonario. Bellamy volvió la cabeza y señaló a un rostro anónimo entre la masa.

—¿Usted, cómo se llama, cuánto tiempo será?

—Siete minutos, señor —fue la rápida respuesta que como un proyectil salió de labios del profesional y entonces Blakely soltó una carcajada. Se inclinó y ajustó los diales y puso en marcha el aparato.

El hámster inmediatamente desapareció y reapareció de nuevo en esta ocasión siete minutos antes. Agitó la mano hacia Bellamy.

—Ahí tiene la prueba —dijo con indiferencia.

Eso entonces golpeó a Ridgeway con la violencia de un saco terrero. ¡Habían visto al hámster «aparecer» en el pasado! Siete minutos sería lo adecuado. Los siete minutos fueron elegidos arbitrariamente por el hombre desconocido, señalado al azar por su amo de entre la multitud.

Bellamy miró con fijeza a Blakely al igual que un conejo mira a una cobra. Ridgeway se preguntó si el hombre en su alma interna pensaba en brujos y hechiceros y magia negra. Eso duró sólo un segundo y luego sonrió cordial a Blakely.

—Sí, puede usted hacerlo, hombre. Vi venir esa cosa. Usted la colocó ajustando su posición en el espacio. Pero estaba allí siete minutos *antes* que se exigiese que lo estuviera.

Blakely sonreía y sudaba. A Ridgeway se le ocurrió un insólito pensamiento. Aquel tipo tenía en su rostro el aspecto del Aprendiz de Brujo. ¿Estaba manipulando con el destino y el azar? ¿Estaba manoseando osadamente en el mismo armazón del Ser? Pero Ridgeway también había visto «aparecer» al hámster y, como para él o para mí, eso fue el colmo. Porque enviar el animal al futuro, se podía, con un esfuerzo de imaginación explicar como un hecho maravilloso de prestidigitación. Todos habían visto falsos magos escamotear una infinidad de cosas y no logrando por ningún medio encontrar el truco. Pero… aquella bestezuela apareció definitivamente por un instante en el lugar en donde siete minutos antes la reclamase Bellamy para colocarla a la vista. Pero Ridgeway tuvo que apresurarse en reunir sus descarrilados pensamientos porque Bellamy hablaba.

El magnate se volvió al individuo de su izquierda.

—Harley —dijo indiferente—. Haga los preparativos para que se le entreguen sus diez millones. Este modelo permanecerá aquí y usted regresará a Inglaterra con él y me informará cada mes. Y al cabo de un año aguardaré resultados. ¿Acepta usted eso? —Guiñó un ojo hacia Blakely.

Blakely estaba efectuando un esfuerzo agotador para ocultar la alegría que le dominaba después de la rápida decisión del millonario. Su arrogancia, después de todo, pensó Ridgeway, fue una simple fachada. Balbuceó durante un momento y luego asintió con la cabeza.

—Un año bastará.

Bellamy apartó la vista de él y al instante olvidó su existencia como individuo. Continuó dando instrucciones a la secretaria:

—Todas las patentes y procesos serán registrados a mi nombre. El aparato final será de mi propiedad por entero, para usarlo o destruirlo según se me antoje. Los documentos se completarán y firmarán de inmediato y luego usted y esos dos ingleses regresarán a Inglaterra. Y ahora… —Se volvió hacia otro secretario—, dígame cuál es mi próxima cita.

Los tres hombres guardaron absoluto silencio en el coche que les llevó al aeropuerto de Zurich. Cualquiera que fuese el peso de la idea de diez millones de libras esterlinas gravitando sobre ellos o si no tenían nada que decirse, podrían ser las razones que explicaran el silencio. Hasta que no estuvieron seguros en el avión, con los cinturones puestos, no habló Ridgeway.

—Bob, ha vendido su alma al Diablo —dijo tranquilo—. Espero que se dé cuenta. Usted le ha dado esa cosa, con recámara, culata y cañón. Le acaba de entregar el proceso más revolucionario descubierto jamás por el hombre. Y por sólo diez millones.

Blakely sonrió como un muchachito que tuviese algún triunfo escondido.

—Empecemos por el principio, Spencer. ¿De qué otro modo hubiese conseguido la financiación? Y, en cuanto las patentes, etc., no se preocupe. Las leyes de la propiedad intelectual o científica no rigen en los mundos adonde yo voy a ir.

Ridgeway se preguntó si había oído bien. «Los mundos adonde él va a ir», repitió con el ceño fruncido.

—Mire, Bob, ¿qué es todo eso? ¿Hay algo que no me ha dicho acerca de ese… ese proceso infernal? Usted afirmó que el Viaje por el Tiempo era imposible…

—Eso lo dije por los estúpidos —contestó Blakely con una pizca de desdén y sonrió mientras Harley se ponía rígido—. Oh, no se preocupe, Harley. Su jefazo no es estúpido, lo reconozco. Pero como soy el primer hombre en la historia que inventa un proceso para realizar esto, creo que tengo derecho a llamarlo como quiera y a catalogar a las personas como se me antoje. Lo que ocurre es que no me interesa la frase «Viaje por el Tiempo». Suena absurda. No tengo

nombre para la cosa, en realidad. Le garantizo que no parece haber mucha diferencia entre «viajar en el Tiempo» y «visitar» otros períodos del Tiempo. Pero la hay, fíjese bien, la hay. Todo un abismo de diferencias. De hecho, un infinito número de mundos de diferencia.

A través del cerebro de Ridgeway, el cerebro de un puro matemático, un pensamiento destelló durante un instante, ardió, luego se apagó cuando su sentido común le dijo lo absurdo que era aquel concepto. Miró de reojo a Blakely. Un pájaro extraño, seguro. Pero había conseguido algo. Y había obtenido esos diez millones. Ridgeway le escuchó discutir con los abogados allá en la mansión de Lausana, los picapleitos más perspicaces del mundo entero y Ridgeway podía testificar que Blakely salió de aquella reunión con una notable integridad física, apenas unos cuantos arañazos, cosa insignificante considerando las circunstancias.

—Ya sabe —dijo con aire conversacional—, que debería poder comprender esa cosa suya. Después de todo, debe entrañar una buena cantidad de matemáticas. ¿Por qué entonces quedo reducido al nivel de un patán boquiabierto cuando usted realiza esos «conjuros» suyos?

Blakely sonrió.

—Para ser un matemático, Spencer, no tiene usted muy buena imaginación. Porque, hombre, la matemática es el sistema sobre el cual se funda todo el cosmos. Su Dios es un matemático. El mero hecho prosaico de que, en cualquier circunstancia bajo toda clase de condiciones, dos más dos hacen cuatro, siempre y eternamente, es la afirmación más notable y fundamental que se hiciera jamás. La Matemática, mi querido muchacho, son la Verdad y yo estoy preparado para explorar esa Verdad en todas sus ramificaciones y aspectos, en todas sus facetas y sus manifestaciones. Con mis diez millones, seré el primer hombre que abre las puertas de las cámaras secretas del Cosmos.

Harley movió sus hombros irritado y miró con disgusto a Blakely. Un tipo puritano, sus ojos aparecían fríos y sus labios delgados.

—Tendrá que granarse sus diez millones, doctor Blakely —dijo glacial—. Usted se imagina que está construyendo este aparato para sus propios propósitos oscuros. Mis instrucciones son de procurar

que lo construya para un sólo propósito específico.

—¿Y ese es? —Blakely inclinó la cabeza hacia un costado. El avión descendía hacia Orly.

—El señor Bellamy desea regresar a un punto de su vida anterior al accidente que le privó del uso de las piernas —dijo tranquilo Harley—. Es por eso, sólo por eso, que le dio el dinero. El señor Bellamy invierte su fortuna sólo en procesos que traigan beneficios. No hay beneficio en éste… ejem… este invento suyo.

—¡Escúchenle! —exclamó Blakely—. Lo llama mi «invento». Un proceso que desgajará la mismísima estructura del universo y lo compara con la patente de un abrelatas. Oh, esos hombres no tienen nada excepto dinero. Que el cielo me libre de ellos.

Ridgeway rió divertido. Aquella pareja singular iba a estar durante cierto tiempo, reflexionó, encadenados mutuamente con esposas y aretes que serían su prisión, aunque estuvieran hechos de oro. También sería él socio en la aventura y quizás se divirtiese. Durante un segundo una ligera sombra cruzó su alma. Si las palabras ligeras de Blakely eran ciertas, quizás iban a trastear con el armazón del universo material. Quizás iban a hollar lugares en donde los ángeles puede que no se atreviesen a pisar. Se agitó irritado. Eso, claro, era pura superstición.

—De modo que eso es cuanto desea —comentó Blakely—. Después de todo nuestro Creso es tan humano como el resto de nosotros. Tiene compasión de sí mismo en donde yo me imaginé que latería no un corazón sino un metrónomo. Claro que la compasión es por sí mismo. El diccionario de Ben prescinde de la palabra altruismo. Bueno, conseguirá su ambición. Volverá al punto de su vida en donde desea estar y quizás tenga mucha suerte. Yo tengo otros peces que freír.

Ridgeway se había dado cuenta de que Blakely necesitaría de toda su dureza si pensaba engañar al millonario. Estaría también el agente inglés de Bellamy y su personal. Las obras que Bob creara serían descifradas por los espías de Bellamy. Bob encontraría que apenas podía dar un paso sin que el significado de la acción fuese registrado y analizado y posiblemente informado al refugio entre pinos del corazón de Europa. Pero el hombre parecía poseer una suprema confianza en sí mismo, según se desprendía de sus gestos. Habría una batalla, decidió Ridgeway, una batalla entre el cerebro

de Blakely y el enorme poder de Bellamy. ¿Quién ganaría y con quién estaría él, Ridgeway, por último?

II

Durante los meses que siguieron, Spencer Ridgeway alternó entre la sensación de ser el esclavo de un loco y la de sentirse el arbitro de un combate de lucha libre. Había veces en que notaba que su cerebro, lo bastante fuerte en todo lo concerniente a la conciencia, podía resquebrajar alguno de los problemas con los que luchaba. Luego, de nuevo, actuando como lo hizo en la disputa entre Blakely y Harley, la enemistad que pronto se desarrolló entre los dos hombres llegaba a asustarle a veces, porque tenía escasísimas ideas acerca de la actual extensión del poder confiado a Harley como agente del magnate. Era todo en extremo exasperante y había veces en que Ridgeway con amargura lamentaba el haberse visto atraído a todo aquel asunto. En esas ocasiones, daba gracias a las estrellas por su previsión en hacer venir a su esposa al chaletito que había comprado en las afueras de la pequeña ciudad de Helmhurst, Yorkshire. Sin ella y su hogar, a menudo comprendía que se hubiera vuelto loco de atar.

Y, si Ridgeway, como mero coadjutor del proyecto, experimentaba tales sensaciones, era fácil imaginarse como Blakely, mismísimo centro de todo, debía sentir. Pero es que Blakely parecía disfrutar en todos los momentos del día.

Se compró un aserradero abandonado y todos los tabiques interiores fueron derribados. Viguetas de acero reforzaron el armazón. La central de energía o sala de máquinas quedó transformada en una moderna estación eléctrica, pequeña pero capaz de proporcionar la cantidad prodigiosa de electricidad que dijo Blakely necesitar para su proceso. Se contrató personal, ingenieros, físicos, matemáticos, a docenas, con Ridgeway a la cabeza. Ocupando toda una entera pared del aserradero se

construyó y se montó un computador. Había costado dos de los diez millones y las cejas de Harley casi se le escapan por la frente cuando se enteró del importe. Pero no dijo nada y era evidente para Ridgeway que no estaba utilizando todavía el poder del que estaba investido. Permaneció sentado en todas las conferencias, claro; resultaba evidente que comprendía sólo una palabra de cada diez de las que se pronunciaban. Pero allí permanecía, una figura silenciosa y pensativa, alerta en busca de algo… algo que ni Ridgeway ni Blakely podían imaginar. No es que a Blakely le importase. Se encontraba demasiado alto para cosas tan mundanas. Tenía su proyecto y la financiación y eso le bastaba.

El que aun hubiese muy poco que mostrar para explicar el colosal gasto hizo que Ridgeway sonriera, en uno de los pocos momentos en que se permitió estar de buen humor. No sabía lo que esperaba, pero debería desarrollarse como alguna especie de «máquina», alguna clase de mecanismo, de aparato, o algo por el estilo. Pero, según parecía, todo estaba en los planos y en las cintas del computador y en los cerebros de los constructores. Había veces en que Ridgeway sentía que era el centro de una pesadilla y otras en que tenía que obligarse a recordar lo que había visto en aquellos primeros experimentos. Debe de ser cierto, se dijo a sí mismo, debe de ser verdad. Aquel ratón se fue y volvió, aquel hámster en Suiza se fue al pasado y al futuro y regresó. Había habido otros experimentos también. Diversos animales fueron enviados al pasado o al futuro y vueltos a traer, con un modelo mayor del aparato, ahora guardado bajo llave por Blakely en su propia habitación. La cosa tenía que ser cierta, pensaba Ridgeway sombrío; por muy fantástica que pareciese, debía de ser cierta.

Una noche, después de cenar en la casita de Ridgeway, estaban hablando. Fue una de esas raras ocasiones en que Blakely aceptó a cenar con ellos. Normalmente vivía y comía en una habitación en el aserradero, mientras Harley se alojaba en uno de los hoteles de Helmhurst. Acabaron de cenar y Madge estaba lavando los platos. Ridgeway dijo a su esposa con vaguedad lo que sentaba haciendo. Aunque se había casado con un matemático y científico, Madge Ridgeway no compartía ninguno de los intereses de su marido en esas ciencias. El trabajo proporcionaba a Spencer un puesto bien pagado lejos de la universidad; era agradable cabalgar y conducir

por los páramos de Yorkshire y, por tanto, ella se mostraba contenta.

—Bob —dijo Ridgeway de pronto inclinando su copa de coñac para que la luz brillase a través de las tonalidades ámbar del licor —, ¿qué es esto precisamente para usted? ¿Por qué lo hace? Al ritmo en que gasta usted el dinero quedará muy poquito de los diez millones cuando haya terminado. Yo le conozco lo bastante bien para saber que el señuelo de la conquista científica a solas no le basta. Siento que espera sacar algo de todo esto para usted mismo. Ahora, pues, explíquemelo. ¿Qué remuneración piensa conseguir?

Blakely le sonrió. En su rostro había la expresión de un chico travieso encantado por haber efectuado una de sus diabluras.

—Sé lo que le pasa ahora, Spencer —rió—. Usted no ha sido muy dueño de sí últimamente. No tiene el aspecto del hombre que asiste al nacimiento del invento más maravilloso que el genio humano creó jamás. Usted no cree en absoluto en esta cosa, ¿verdad, Spencer?

Ridgeway emitió una seca risa, tensa. Blakely había notado algo que se parecía muchísimo a la verdad. Ridgeway luchaba con ahínco por creer en el proyecto, aun cuando éste se opusiese a todos los instintos que tenía y a cada porción de experiencia científica por la que había pasado. Si eso era así, pensaba a veces atontado, ¿qué diablos lucía aquí en absoluto?

—Todavía no ha contestado a mi pregunta, Bob —dijo con suavidad.

Blakely le miró con fijeza.

—¿Cómo puedo responder a menos que me diga si ha dado con la verdad? Pero, usted es un perro fiel, Spencer, y pasaré por alto eso y le contestaré. Construyo el aparato con dos propósitos. Supongo que tengo que ganarme el dinero que ese ricachón me entregó. Sin él no podría haber movido ni un alfiler. Pero ése no es mi objetivo principal. Créalo o no, Spencer, no busco ni poder ni dinero. Con el aparato podría tener ambas cosas. Piense en eso. Saltando un año hacia adelante y echando un vistazo a la bolsa con sus cotizaciones, a los ganadores de las carreras clásicas, a los resultados de fútbol, bastaría para hacerse multimillonario. Quizás sea cosa insignificante, pero produciría oro a carretadas. ¿Se acuerda de «*Despierta el durmiente*», de Wells? Imagínese depositar

dinero a interés compuesto y saltar quinientos años al futuro. El Graham de Wells poseía todo el mundo entero después de pasar dos siglos de animación suspendida. Claro, eso significaría quedarse en el futuro o en el pasado una vez uno hubiese dado el salto a través de las dimensiones. ¿Quién quiere hacer eso?

—Bellamy —contestó Ridgeway con sequedad—. He hablado con Harley. Está en el White Swan y a veces tomamos alguna copa ocasionalmente. A propósito, ¿sabe usted que dos periodistas de los diarios de Londres llegaron hoy? Sin embargo, no se preocupe por Harley, es hermético como una ostra. Bueno, yo he descubierto por qué Bellamy le respaldó y por qué le quiere a usted… o… a su máquina… deseando con todas sus fuerzas que se construya el aparato.

—Oh —murmuró Blakely—. ¿Y cuál es el motivo?

—Una fragilidad sencillísimamente humana, Bob. El propietario de todos estos millones quiere retroceder en su propia vida hasta el punto en donde se encontraba antes de quedar tullido. Fue al oír eso, creo, cuando comprendí aquel viejo adagio que dice que los millonarios son humanos después de todo, aun cuando parezcan todo lo contrario.

Blakely llenó su pipa despacio y su rostro se mostraba en calma. No había en él ninguna sonrisa.

—Pobre loco idiota —murmuró—. De modo que es eso. Harley dijo algo por el estilo, debí fijarme. Oh, ese tipo está tan loco como una cabra. Quiere jugar con la estructura del Universo y ni siquiera todo su dinero y poder se lo permitirían. Incluso yo no puedo ayudarle ahí.

—Entonces usted habrá tomado su dinero bajo falsas promesas.

—Un infierno que sí —respondió Blakely—. ¿Acaso le di una garantía de ese resultado? Yo emprendí la construcción de esta cosa, por… por… Diablos, he de encontrar un nombre adecuado, supongo… me refiero a mi aparato. Bueno, emprendí la construcción de esta cosa con el dinero que me dio. Él no me dijo lo que quiere. Y hay otro detalle, habló de patentes y tonterías por el estilo. Cuando la cosa esté terminada, Spencer, será mía, toda mía y nadie la utilizará sin que yo la maneje o dé mi consentimiento. Piense en eso. ¡Volver hasta antes de quedar tullido! ¡Bueno!

—¿No sería posible, Bob? —preguntó Ridgeway despacio.

—Pues claro que no —repuso el otro—. Fíjese, Spencer, llegó el momento que le cuente algo acerca de esta cosa. Se trata del Tiempo… —Y de nuevo sonrió—. Usted es matemático y quizás capte parte de las ideas y conceptos. Dije a Bellamy que el Viaje por el Tiempo era una imposibilidad, pero que mi método permitía a un hombre visitar épocas pasadas y futuras. Toda pura charlatanería, claro. Habladurías de vendedor, si lo prefiere. ¿Qué diferencia hay entre Viajar por el Tiempo y visitar períodos del pasado y del futuro? Sólo le demuestra qué tontos pueden ser incluso los hombres más poderosos de la Tierra cuando se desvían de su propio camino.

—Usted no trató de aclarárselo, según me fijé, Bob.

—¿Y por qué tenía que hacerlo? —rezongó Blakely—. Que pague el proyecto. Y si hubiese tratado de decírselo, ¿cree que me habría comprendido y mucho menos creído en mí? Mire, Spencer, se lo diré claro. He llegado a una teoría acerca del Tiempo que encaja con los hechos que me ha sido posible extrapolar. El instante presente es todo lo que tiene una existencia objetiva actual. El instante presente no se mueve. Es del todo estacionario. Con toda probabilidad constituye el único punto del Continuo Espacio-Tiempo que descansa, con permiso de la Relatividad, claro. Bien, hasta ahora. La marea del Tiempo extensible surge a través de ese instante. El paso es el único ajuste en la matriz del Continuo Espacio-Tiempo y resulta constante, como la velocidad de la luz. Ningún poder de la tierra puede alterar ese paso o ritmo. Por mi método espero doblar el conjunto tretradimensional en el que estamos incluidos y por medio de la quinta dimensión trasladarnos hacia atrás y hacia adelante a lo largo de las líneas mundiales de mí mismo. Eso es todo lo que se podrá hacer, viajar cada uno a lo largo de su propia línea mundial. ¿Me entiende?

—Un momento —murmuró Ridgeway—. Hablemos de esa quinta dimensión suya. Como matemático comprendo lo de las dimensiones. Pero, más allá de nuestras tres dimensiones espaciales y la del tiempo, todas las demás son puras abstracciones matemáticas.

—Eso es lo que usted se cree, Spencer —rió Blakely—. Pobres, viejas matemáticas. Les he pisoteado la cabeza, Spencer. Hay un infinito número de dimensiones, Spencer. Se lo aseguro. No me crea

o trate de comprenderme. Sólo crea que sé de lo que me hablo. Esto, Spencer, en caso de que usted no se haya fijado, es un Cosmos infinito. Las hay en su infinidad de Tiempo y espacio, constituyendo un infinito de todo. Sólo eso. Infinito. Piense en ello. Piense la palabra en su cerebro, Spencer. Pruébela y tóquela y huélala. Es cierta. Tiene que ser cierta. Sin un puro infinito literal de Tiempo y Espacio, ¿dónde está usted? ¿Qué vino antes de que *comenzase* la Eternidad? ¿Qué hay *después* de la Eternidad? ¿Qué hay *fuera* del infinito del Espacio? Dígamelo. Me gustaría saberlo.

Ridgeway expelió el aire de su boca y rió. Era preciso que riese, para aliviar la tensión. El rostro de Blakely estaba terriblemente serio.

—Está bien —dijo—. Daré por sentado eso. Yo no soy místico ni metafísico y es la primera vez que me entero de que usted lo sea. Descendamos a los hechos palpables. ¿Qué hay de Bellamy y su salto al pasado?

—Es imposible —contestó llanamente Blakely—. Imposible por siempre jamás. El pasado está hecho de las situaciones resultantes creadas por los actos voluntarios de cada identidad de libre albedrío en existencia en aquel tiempo. Queda firmemente fijo en la matriz del continuo y no hay poder para romperlo y reajustarlo en un nuevo sistema. Queda ahí para siempre, ya lo sabe usted, literalmente para siempre. Cada acto vil que usted hizo jamás en su vida quedó plasmado firmemente en la matriz del pasado del continuo.

—Un momento, un momento —protestó Ridgeway semi de buen humor—. ¿Soy el único que he cometido acciones viles?… Mire, jamás cometí ninguna vileza en mi vida —de pronto soltó una carcajada—. ¿Así que Bellamy no podrá alterar su pasado? Asegúrese de que Harley jamás se entere.

—¡Puaf! —murmuró Blakely—. Si Bellamy entrase en esta habitación y en este instante, se lo diría. Jamás me creería. Esa estúpida noción de viajar por el Tiempo tiene un firme asiento en la imaginación de muchos hombres. Creen que el paso del Tiempo es fluido y podría ser alterado a voluntad, *sí uno pudiese retroceder*. Nadie creería jamás que, una vez se le proporcionasen los medios de volver atrás, no podría alterar el pasado. Recordará usted todo lo que se habló acerca de las paradojas inherentes al hecho, que

demostraron a la mayor parte de los hombres que sería un imposible eterno. Tenemos la clásica paradoja de regresar en el tiempo y matar a su propio antecesor. Esos estúpidos pretendían que si lo hacía en el mismo instante quedaría uno borrado de la existencia. Eso, indica el hecho de que jamás habría nacido uno por invalidar de esa manera todo el continuo del que esa persona había sido centro, como cada individuo es el centro del continuo que él mismo fabrica.

—Bueno, aguarde —intervino Ridgeway—. Ahí le he perdido. ¡El continuo que él fabrica! ¿Qué diablos quiere decir con eso?

—Hemos llegado al Futuro, Spencer —dijo Blakely, sus ojos brillando—. El pasado pasó, quedó fijo para siempre en el sistema de la matriz. Pero el Futuro todavía tiene que suceder, Spencer. En este instante del tiempo resulta estrictamente no existente. Fíjese de este modo. Considere a un número de entidades en este globo y este único instante de Tiempo Temporal. En cada momento de la existencia de todos esos individuos, pongamos por ejemplo, dos mil millones, ¿eh?, hay una elección. Uno no puede escapar a eso. Incluso una elección de si alza el brazo o lo baja, y si mira hacia arriba o hacia abajo. Pero su elección, Spencer, le sirve para construir el Futuro y por la elección de cada instante de cada uno de esos millones de seres voluntarios, con libre albedrío, se está creando un nuevo universo, cronón por cronón, considerando la palabra cronón para indicar un instante de Tiempo Temporal.

Ridgeway se sentía mareado. Era la primera vez que Blakely le revelaba lo que ocurría por su cerebro. Una porción oscura de la teoría que el otro estaba explicando comenzaba a formar en su mente una pequeña indicación de lo que implicaba en sí. Cielos, era lógico, también, decidió de pronto Ridgeway, condenadamente lógico y del todo ineludible.

—Entonces, eso significa —comenzó dudoso—. Eso significa que habrá un infinito número de posibles universos variables, ¿no? Dígame que estoy loco, hombre. ¿Es ahí donde quiere ir a parar?

Blakely se puso en pie y dio una palmada al hombro de Ridgeway.

—Lo captó, Spencer, lo captó a la primera. Ahí es donde voy a parar, a esos infinitos mundos imposibles, todos ellos engranados en la maquinaria de este Continuo de Espacio-Tiempo. Quiero entrar

en esos mundos variables, Spencer. Quiero ver como son. Estoy fascinado por el concepto, Spencer. Estoy sinceramente loco por él, loco de remate. Haría cualquier cosa por conseguir tal posibilidad. Y aquí tenemos a ese cretino dorado de Bellamy preocupado por ser un tullido. ¡Bah!

Ridgeway no le recordó que no era noble desdeñar la «simple» ambición de Bellamy. El cuerpo de Blakely estaba sano y sin lesión alguna. Pero era ya demasiado tarde para eso. Además, la propia cabeza de Ridgeway comenzaba a girar un poco. Se preguntaba si aquella noche podría dormir. Tendría pesadillas, de eso podía estar seguro.

Se despidió de Blakely y entró en la cocina.

Madge había terminado de fregar y estaba acurrucada y satisfecha junto al fuego.

—¿Ya se ha ido? —preguntó ella.

—Sí —contestó Ridgeway. Con aire culpable pensó: «Ese zoquete ni siquiera asomó la cabeza para despedirse y agradecer la cena». En alta voz dijo—: Me pidió que te diese las buenas noches.

—Eres un embustero, Spencer —sonrió ella—. No dijo nada de esa especie. Ya conozco ahora a tu doctor Blakely. ¿De qué hablasteis?

—Ah, ya sabes, del proyecto. Me adelantó una serie de sugestiones asombrosas acerca de cómo el futuro se forma por la elección entre dos acciones a cada instante de la existencia de todos los individuos de libre albedrío…

—Bueno —declaró ella—. Vino esta noche a mi casa con un calcetín que tenía un enorme hoyo. ¿Quién diablos le cuida? Yo no conozco el futuro, querido, pero me voy a la cama. Mi elección en este instante es acostarme. Espero que estés de acuerdo. Soñaré con ese calcetín de Blakely, de eso estoy segura. En toda la noche no pude apartarle los ojos de encima.

Ridgeway sonrió feliz. ¡Vaya esposa que tenía! Se daba cuenta ahora de que no tendría pesadillas. Ella había reducido los problemas del Continuo Espacio-Tiempo y de su Pasado y de su Futuro al simple incidente de un agujero en el calcetín. Aquello comportaba una ironía dado su gran sentido de la desproporción.

La cosa en el gran espacio abierto dentro del aserradero comenzó a surgir. Ridgeway se plantó con Harley mirándola. Un enorme andamiaje de tubos de metal rodeaba el espacio en el que la Lanzadera del Tiempo crecía. Dentro del andamiaje un laberinto de cables y de barras brillantes estaba siendo montado por un ejército de técnicos. Ridgeway se volvió a Harley.

—Bueno, por fin empieza a tomar forma —observó placenteramente.

—Sí —replicó Harley con sequedad—. Han pasado seis meses y es la primera vez que veo algo. ¿Cree usted en todas estas tonterías, doctor Ridgeway?

Ridgeway se puso rígido. Era la primera vez que el taciturno Harley expresaba su opinión tan abierta y directamente.

—¿Y usted no? —contrapreguntó con torpeza.

Harley soltó una fría risa, sin el menor humor.

—¿Acaso parezco de la clase de cretinos capaz de creer una cosa así? Naturalmente, Blakely está loco, loco de atar.

—Entonces su señor Bellamy también está loco —sonrió Ridgeway—. Ha creído en ello hasta el hecho de invertir diez millones de libras, entregándolos a un tipo como el profesor, y una suma así para el señor Bellamy es como dar la mitad de la sangre de su cuerpo.

—Pues claro que Bellamy está loco —repuso Harley con frialdad —. Siempre lo supe. Todos lo sabemos. Cada millonario y hombre poderoso está loco hasta cierto grado. Sepa que es preciso que así sea.

Ridgeway contempló el frío y estrecho rostro de su interlocutor y sintió lástima por él. Si aquel tipo creía en aquello, su vida era peor que una burla.

—Entonces —dijo con suavidad—. Como creo en la cosa literal y actualmente, supongo que también debo de estar loco.

Un encogimiento de hombros fue la única respuesta que obtuvo. Harley miraba hacia arriba a través del fulgor de las potentes luces, con los ojos fijos en una gran plataforma donde Blakely y dos técnicos estaban atareados. Mientras Ridgeway miró al rostro del hombre vio una expresión de viva malevolencia aparecer en sus facciones angulosas. También había una enemistad latente entre los dos hombres, cada cual enormemente distinto de temperamento,

según Ridgeway había captado. Nunca apareció al descubierto, sin embargo, porque Harley era demasiado amante de los secretos para eso y a Blakely no le importaba un rábano la existencia del otro hombre. Reflexionó que debería avisar a Blakely muy en serio acerca de la actitud de aquel individuo. No había duda que los informes regulares llegaban a Lausana, o a Nueva York, o a Tokio, o a donde estuviese el magnate en aquel momento particular.

—Todos estamos locos —dijo Harley con aire siniestro y giró sobre sus talones y se fue bruscamente. Ridgeway se le quedó mirando pensativo. En cualquier momento podrían haber dificultades con aquel tipo. Se lo contó a Blakely cuando se reunieron para tomar café en la pequeña salita de estar de Blakely en el aserradero. Y, claro, Blakely desdeñó todo el asunto.

—Lo único que teme ese pájaro —rezongó—, es que bien yo o su amo descubramos lo mucho que está sisando de los fondos concedidos. La última vez que los contables revisaron los libros la suma ascendía a trescientas mil libras.

—¿Qué? —jadeó Ridgeway—. ¿Quiere usted decir que ha estado robando el dinero?

—Oh, eso en realidad no importa —contestó airoso Blakely—. Por lo que sabemos, así es. Le dejaré un poco más de cuerda. Puedo echarle a la hoguera cuando se me antoje. Oh, claro, eso resulta evidente para la oficina de cuentas. Nominalmente como agente de Bellamy está encargado de las finanzas. Ambos registramos nuestras firmas en el banco al principio. Ahora no tiene que falsificar mi firma cuando posee ese sistema de transferencia de créditos. Llegará el momento para mister Harley y no será nada bueno —soltó una risita y Ridgeway se estremeció, sin ningún motivo que pudo explicarse.

—Otros tres meses y acabaremos, Spencer —continuó Blakely—. ¡Tres meses! Estoy impaciente. Pero debo esperar. Toda la cosa es tan diabólicamente sutil que no se la puede precipitar. Cuando se trata del asunto de perforar un nuevo agujero en el continuo, hay que tener cuidado —de nuevo la sonrisa.

Ridgeway soltó una carcajada.

—Tengo demasiado trabajo con las matemáticas y con ese maldito computador para saber realmente mucho acerca de lo que usted hace. Para mí, me parece como el cascarón de algún insecto

gigante. Ya sé que suena a estúpido, en esta etapa, pero ¿cómo funciona la lanzadera?

—¿Qué cómo funciona? —repitió distraído Blakely como si su pensamiento se encontrase a muchos eones de distancia—. Qué manera más prosaica de decirlo. Pero quizás sea la mejor. Funciona… oh, funciona algo así. Trataré de reducirlo a términos sencillos. Claro que fundamentalmente es electromagnética. Usted conoce que cada material, cada objeto, ejercita una tensión en el tejido del Continuo del Espacio-Tiempo. La fábrica o tejido del Espacio es, de hecho, creada por la mera presencia de la materia que hay en ella. El total de la materia goza de un estado de equilibrio precario por las energías titánicas, de lo que se deduce que, si un poder extra se le aplica en cualquier punto, la tela o tejido del continuo puede doblarse o estirarse tanto que permita el paso por su trama de un objeto que salga del continuo y entre en lo que he llamado Espacio-Tiempo Empírico. Entonces se encontraría en la Quinta Dimensión, fuera del todo de la matriz Espacio-Tiempo de nuestro universo. Todavía hay que resolver por completo un problema de dirección. En el presente yo no sé con mucha claridad si a un objeto disparado dentro de la Quinta Dimensión se le puede obligar a viajar o bien hacia atrás o hacia adelante siguiendo su línea del mundo. Pienso que el Pensamiento puede ser allí la fuerza prevalente, la Idea y la Voluntad. Eso, claro, con respecto al hombre. Si un hombre atraviesa la zona sabrá adonde quiere ir, atrás o adelante. Eso debería bastar.

—Pero aquellos primeros experimentos… los animales…

—Entonces puro trabajo de deducción, Spencer —rió Blakely—. Cada vez que colocaba una de esas criaturas en el modelo yo no tenía la menor idea de si sus cinco minutos serían en el futuro o en el pasado. Fue por pura casualidad que el hámster volvió siete minutos antes cuando Bellamy así lo requirió.

—El filo de una navaja de afeitar como posibilidad, ¿eh? —rió Spencer. No podía por menos que admirar la dureza de aquel hombre. Se arriesgaría a cualquier cosa, Blakely sería capaz de todo. Ridgeway comprendió que podía apostar con seguridad de triunfo a que sería el primer hombre vivo que entrase en aquel creciente cascarón de energías violentas cuando por último estuviera completo.

—Volviendo a Harley… —continuó apremiante—. Sepa usted que no puede dejar que siga esto. Diez millones parecen una fortuna en dinero pero al ritmo que usted los gasta, ni siquiera puede permitirle que se cebe en la cantidad. Fíjese bien, ha cambiado usted, Bob. Recuerdo el momento en que cinco libras significaban la riqueza para usted. Ahora, está usted tan abrumado por los millones que fanfarronea de poder prescindir de un cuarto de millón para satisfacer a un mezquino especulador. Tiene que detener esto, Bob.

—Lo haré, a su tiempo —contestó Blakely y de nuevo apareció en su rostro aquella sonrisa maliciosa y Ridgeway meditó acerca de la cordura de sus palabras. En aquel instante sonó el teléfono y Blakely contestó. Escuchó durante un momento, luego se puso en pie de un salto.

—Dificultades, Spencer —graznó—. Hay una multitud en la puerta principal. Ya conoce usted a Jack Horby, aquel hombretón encargado de los trabajadores. Vaya a por él, sea buen muchacho, y dígale que traiga sus tiparrones a la puerta principal. Yo mismo voy también allí.

—Dificultades —repitió turbado Ridgeway—. ¿Qué dificultades pueden haber?

—Hay tres multitudes a nuestra puerta —sonrió con aspereza Blakely—. Tenemos una masa de periodistas. Hay una masa de policía y por último, pero no inferior a las otras dos, una multitud de «beatniks», llevando pancartas, implorándonos que «Acabemos con la bomba». ¿Es que, diablos, en este pueblo la gente no lee el periódico para decirme lo que ocurre en el mundo exterior?

III

Helmhurst había sido un pueblo bastante pequeño antes de la llegada del Proyecto. Ahora, con los centenares de trabajadores y técnicos participando en los trabajos había crecido hasta adquirir unas mayores proporciones y conseguir alojamiento en la villa resultaba algo así como acertar el premio mayor de la lotería. Pero cuando Blakely, Horby y sus hombres llegaron a la puerta principal, la aldea no se parecía en nada al viejo Helmhurst. Vagamente recordó a Ridgeway una típica escena de domingo por la tarde en Trafalgar Square.

Había allí un policía montado —sólo el cielo podría saber de dónde salió— y varios coches policiales que trajeron agentes de las poblaciones vecinas. Pero la «*piéce de resistence*» de la multitud era el grupito de «beatniks» que se habían tumbado en la calzada, en el lado opuesto de las puertas. Blakely avanzó hacia las rejas y miró por entre los barrotes. Un inspector metió su cara al lado de la del científico.

—¿Quién manda aquí? —espetó.

—Yo —repuso Blakely con idéntica sequedad—. ¿Quién lo pregunta? ¿Y qué sucede aquí? ¿Acaso un hombre en sus posesiones no puede disfrutar de paz y tranquilidad?

Su autoritaria voz ablandó el aspecto del inspector. Miró en su torno intranquilo hacia donde sus hombres trataban de contener a la pequeña multitud de aldeanos.

—Si me permitiera entrar, señor —sugirió—, quizás podríamos aclarar esto.

—No hay nada que aclarar, inspector —gruñó Blakely—. Todo lo que tiene que hacer es despejar a estas… estas personas, apartándolas de mis puertas. Quizás necesite abrirlas en cualquier

momento para permitir la entrada de mercancías.

El inspector echó hacia atrás su gorra y se rascó la cabeza.

—Bueno, señor, no es tan fácil como parece. Mire, estos chicos han venido caminando desde Londres durante los últimos quince días. No hacen nada malo; ni siquiera penetran dentro de la propiedad. Creo que se les ha metido en la cabeza la idea de que en su fábrica se produce material de guerra.

—Tonterías —dijo Blakely—. ¿Qué diablos les ha hecho pensar eso? De cualquier forma, son vagos, molestos, escoria y se interponen en nuestro camino. Échelos… arréstelas… haga lo que quiera con ellos, siempre y cuando desaparezcan de aquí.

El inspector se puso rígido. Aquello era demasiado e incluso la autoridad tiene un límite. Contempló las edificaciones del aserradero, los camiones y la central de energía, los grupos de hombres yendo de aquí para allá, entrando y saliendo por las puertas.

—¿Exactamente, señor, cuál es su negocio aquí? Ninguno en el pueblo parece saber nada en absoluto.

Blakely apenas le hizo caso. Miraba fascinado como el grupo, media docena de jovenzuelos, tumbados en la calzada, ondeaba sus pancartas y gallardetes. La mayor parte de los muchachos usaba barbita en forma de collar y el pelo largo, mientras que las chicas llevaban medias negras y desmesurados suéteres del mismo color. Las pancartas mostraban diversas frases: «Abajo la Bomba» era la más repetida. También se veía la que decía «Detengamos la obra del mal»… «Salvemos el futuro de nuestros hijos», etcétera. Entonces Blakely sonrió y se volvió hacia el inspector con una nueva genialidad.

—Es más simple de lo que me imaginaba —dijo risueño—. Ese rebaño se cree que esto son los Fylingdales o los Aldermaston, eso es todo. Inspector, aquí no fabricamos ninguna bomba de hidrógeno. Por favor, haga comprender a esos críos que este establecimiento constituye un negocio legítimo. Trabajamos en un procedimiento comercial secreto. Por eso ninguno del pueblo está enterado de lo que hacemos. ¿Hay alguna ley contra ello?

—Claro que no, señor —replicó el inspector por entre los barrotes—. Al mismo tiempo, señor, me gustaría entrar, si es posible.

—Oh, de acuerdo —dijo Blakely con indiferencia y con un gesto de cabeza ordenó al portero que abriese. Las verjas se separaron unos pocos centímetros y el policía las cruzó.

—¿Le importa que eche un vistazo, señor? —preguntó con inocencia.

—Claro que me importa —estalló Blakely—. Esto es ultrajante, hombre. ¿Cómo se atreve a entrar aquí así? ¿Tiene usted alguna orden de registro?

—Usted me franqueó el paso, señor —dijo el policía con docilidad y Ridgeway comprendió que había llegado el momento de intervenir. El modo de reaccionar de Blakely no les hacía ningún bien. Dio un paso adelante.

—Permítame que me encargue de esto, Bob —murmuró.

—No hay nada de que encargarse —gruñó Blakely—. Todo lo que tiene que hacer este hombre es salir de aquí y despejar de gente mis puertas.

—Calma, Bob, calma —rió Ridgeway—. Déjemelo a mí. Inspector, si me acompaña lo aclararemos todo.

Blakely inició una protesta, pero demasiado tarde, porque ya Ridgeway y el policía caminaban hacia la puerta del aserradero. Frunció el ceño y los siguió.

—Mire, inspector —explicaba Ridgeway con suavidad—. Esto es un procedimiento comercial nuevo y secreto. Estamos enfrascados en un secreto proceso científico, cuyos detalles no deben trascender. Aquí tengo las autorizaciones del Ministerio de la Guerra, del Ministerio del Interior, del Ministerio de Ciencias, del M.I.5, del Ministerio de Defensa…

Entregó al inspector unos cuantos documentos, que el policía tomó respetuoso entre los dedos y los miró. Desde la puerta, Blakely fijaba en los dos hombres sus hoscos ojos. ¿Qué clase de tonterías estaba tramando de hacer el viejo Spencer?

El inspector se volvió hacia Blakely con un nuevo respeto en su actitud.

—Lamento sinceramente haberle molestado, señor. No tenía la menor idea de todo esto. Bien, saldré y pronto habremos despejado a la multitud. Si alguna vez necesita ayuda señor, cuando sea, avíseme —obsequió al científico con el saludo más ceremonioso del que es capaz un polizonte inglés y con el bastón bajo el brazo cruzó

el patio dando grandes zancadas del más puro estilo militar.

—¿Eso fue todo, Spencer? —saltó Blakely, mirando al montón de grandes y pardos sobres de papel que había en la mesa—. Yo no tenía idea de…

Ridgeway sonrió.

—Vive usted demasiado en las nubes, Bob. Usted no se pensaba en la cantidad de dificultades conque podríamos enfrentarnos al instalar en Inglaterra un establecimiento como éste. ¿Es que no comprende, Bob, que si esas personas de ahí afuera averiguaran lo que trata *usted* de hacer, harían pedazos estas instalaciones y nos quemarían a los dos por brujos? Mire, Bob, de vez en cuando debe bajar de las nubes y ver lo que ocurre en tierra firme.

—Pero… pero… —balbuceó Blakely—. Esa turba de «beatniks» no puede estar aquí, con sus pretensiones, por casualidad. ¿Cree que alguien lo ha descubierto? Me refiero a si algún gobierno extranjero, de tras el Telón de Acero…

—Esa actitud es tan mala como la otra, Bob —apuntó Ridgeway —. Quizá esos jóvenes han confundido este sitio con Fylingdales. Creo que ahí tenía usted razón. De ordinario se muestran bastante descuidados acerca de lo que sucede en realidad. En cuanto a agentes extranjeros, Bob, será mejor que lo olvide.

—Pero esos permisos de los Ministerios —insistió Blakely—. ¿Cómo diablos los consiguió a no ser explicando lo que estamos haciendo? —Avanzó rápido y agarró a Ridgeway por las solapas de su chaqueta. Sus ojos se clavaron fieros en los de su colaborador—. No habrá revelado nada, ¿verdad? Porque si lo ha hecho, Spencer, Dios me perdone, er… creo que sería capaz de matarle.

Ridgeway se libertó y se alisó la americana.

—Le creo capaz, Bob —dijo tranquilo—. Le creo muy capaz, Bob. Pero no, no le he dicho nada a nadie sobre nuestro trabajo. ¿Cree que lo haría, aunque quisiera? No tengo ganas en absoluto de que me recluyan en ningún manicomio. Estos permisos son inocentes autorizaciones para permitirnos extraer oro de las aguas del mar. Léalos usted mismo. Hice que los sellaran y firmaran unos cuantos subsecretarios novatos, con la misma facilidad como habría obtenido una licencia para poseer un televisor.

—¿Oro del agua del mar? —repitió Blakely y su rostro se distendió con una enorme carcajada—. ¡En los páramos de

Yorkshire! ¡A muchos kilómetros de cualquier mar! Bien, Spencer, esto me demuestra de una vez para siempre y mejor que con sus palabras, que tiene confianza en mí. Por fin está a mi lado. Creí que era usted un perro tozudo, interesado tan sólo en esas locas matemáticas que tenemos entre manos. Pero ahora que sé que usted y yo andamos juntos en el negocio, lo que me reconforta, Spencer, las cosas irán mejor en adelante.

Ridgeway le miró con curiosidad un par de segundos. Los ojos de Blakely siempre tenían un brillo salvaje, pero ahora este fulgor parecía mucho más fiero. Estaba a punto de hablar cuando una sombra pasó por la ventana y la figura de Harley apareció.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber. Se le veía algo alborotado, pero al mismo tiempo constreñido a aparecer frío y distante, como era su costumbre—. Por poco me arrolla la turba en la puerta. Quizás será mejor que emitamos pases como se suele hacer en las instalaciones secretas de guerra.

Había una punzada de sarcasmo en su delgado rostro y Ridgeway se le quedó mirando pensativo. Si la historia de las especulaciones de aquel hombre era cierta sólo podría haber una explicación. El individuo debía creer totalmente en que lo que hacía Blakely era cierto. Planeaba huir al Pasado o al Futuro con su botín. Porque en ninguna parte del mundo conocido estaría a salvo de cualquier hombre que tuviese el poder de Ben Bellamy. Durante un instante, de nuevo, Ridgeway experimentó la vieja sensación de que aquello no era real, de que estaba soñando o quizás arrullando algún romanticismo imposible. Tocó los permisos que estaban sobre la mesa. ¡Oro del agua del mar! Ese quimérico proyecto era sin duda más factible que el imposible intento de Blakely. ¿Lo era?

Ridgeway sabía que le sería muy fácil a Blakely mantener en secreto el hecho de que la Lanzadera del Tiempo estaba casi terminada. En un proyecto de aquella índole era en realidad el único hombre que sabría cuando se terminaba alguna etapa. Harley recorrió el aserradero husmeándolo todo, pero Ridgeway sabía que allí no había nada que pudiese comprender en realidad. El propio Ridgeway estaba casi por completo a oscuras acerca de lo que podía faltar para terminar la lanzadera.

Se encontraba plantado en el aserradero, una tarde, mirando a la cosa que brillaba y relucía allá arriba. De unos catorce metros de

altura, parecía realmente el caparazón de algún insecto terrible y por un instante Ridgeway sintió un estremecimiento. Los cables y barras y espigones reflejaban la luz de una manera inmaterial, como si esa luz procediera realmente de cualquier otra mítica dimensión. Notó un ligero toque en su hombro y se volvió con rapidez. Blakely estaba a su lado, una suave sonrisa iluminando su rostro.

—Se terminó, Spencer.

—¡Terminada! —repitió estúpidamente Ridgeway—. ¡Terminada! ¿Quiere usted decir que ahora puede…?

—Aún sigo experimentando, Spencer, aún sigo experimentando. La cosa está terminada según la mecánica que obtuve de ese computador y de las cabezas de ustedes, los matemáticos. Sólo la aplicación práctica espera a que efectuemos los experimentos pertinentes. ¿Tiene libre la noche?

—¿Para qué? —preguntó Ridgeway y se dio cuenta de que la pregunta era estúpida, pero que trataba de ganar tiempo. El final del trabajo se había producido demasiado súbito. De pronto le aterró que aquella cosa de arriba fuese el aparato misterioso que habían estado construyendo todos aquellos meses y que ahora estaba… o debería estarlo, preparado para las tareas que le designara Blakely.

—Usted y yo, Spencer —anunció con solemnidad Blakely—, nos quedaremos aquí esta noche para poner en funcionamiento nuestra Lanzadera. ¿Qué le parece?

Ridgeway dudaba. Todos los trabajos y experimentos habían sido realizados en espera de este preciso momento. ¿Por qué ahora se echaba atrás? Enderezó los hombros y rió mirando a Blakely.

—Pues claro que estoy dispuesto. ¿Qué será lo que hagamos primero?

Un vaga sombra cruzó por el rostro de Blakely.

—Oh, claro, realizaremos con animales los primeros experimentos. El aparato está diseñado para transportar a un hombre, pero…

Entonces Ridgeway se dio cuenta de que su amigo tenía miedo. El gran cínico de Bob Blakely tenía un pánico cerval al monstruo que había creado. Y eso hizo que Ridgeway, de pronto, se sintiera mejor. No era el único en tener miedo.

Blakely y sus técnicos habían trabajado en el proyecto durante muchas noches con anterioridad y así esta velada en particular no llamaría la atención. Pero, de todas maneras, adoptó precauciones extraordinarias. Se aseguró que Harley estuviera durmiendo en su habitación del hotel; los técnicos, de servicio normal, recibieron permiso para irse a sus casas; se ordenó a los vigilantes que permanecieran en sus puestos de las puertas. Eran sólo él, Ridgeway y una jaula pequeña quienes se adentraron en el aserradero y una vez dentro cerraron con llave las puertas.

En la base de la vasta lanzadera había un tablero de mandos con pequeñas luces piloto encendidas y Blakely se instaló ante él de inmediato.

—Suba la jaula en seguida, Spencer —murmuró—. Rover será nuestro primer sujeto de experimentación con este modelo. ¿Qué prefiere, Pasado o Futuro?

Ante tal prosaicismo, Ridgeway soltó una carcajada nerviosa, mientras depositaba la jaula encima de una mesita. El perrito olisqueó y lloriqueó. Spencer abrió la jaula y lo dejó salir, sujetándole por la correa.

Ridgeway estaba en contra de los experimentos con animales. Sentía una innata compasión hacia las bestias, que se traducía en respeto por los seres irracionales, inferiores al hombre. Además, había visto a Blakely utilizar a muchos animales en sus experimentos y el hecho de que ninguno de ellos hubiera sufrido el menor daño, hizo que acallara sus protestas, aun inconcretas, y aceptara el empleo de aquel can.

Pero es que si, aquella noche, no empleaban a Rover, ¿con qué… o con quién irían a experimentar?

Blakely tomó en brazos al perrito y se encaminó a la escalera de mano que ascendía por el costado de la lanzadera. Mientras subía se volvió a mirar a Ridgeway por entre la oscuridad, reinante pese al fulgor o brillo que provenía del interior del aparato.

En medio de los laberintos de bobinas, cables, arcos, etc., que formaban las entrañas de la Lanzadera propiamente dicha, había una especie de plataforma, destinada al sujeto, humano o irracional, que actuaría de conejillo de indias.

Ridgeway contempló como Blakely colocaba al perrito en la plataforma y ataba la correa a una anilla preparada ex profeso.

Luego, el científico inventor descendió por la escalera.

El perro lloriqueó allá arriba, envuelto en jirones de oscuridad, apenas distinguible aunque recibiese de lleno parte del extraño fulgor natural de la máquina.

Blakely avanzó hasta el panel de mandos y encendió una luz.

—Vamos a ver qué ocurre —murmuró—. Nos daremos prisa, Spencer. Ese lloriqueo maldito me está poniendo nervioso.

Accionó una palanca y un indicador cobró vida mientras la energía eléctrica circulaba por diversos cables.

—Serán precisos unos pocos minutos para que la potencia vaya subiendo —dijo Blakely, mientras sus dedos iban de palanca en palanca, de interruptor en interruptor.

Spencer Ridgeway alzó la vista para mirar hacia arriba y el pánico le dominó.

¡Porque ante sus asombrados ojos la masa enorme de la Lanzadera del Tiempo se había desvanecido!

¡Desvanecido por completo!

En donde había estado, una casi inmaterial masa de cables y barras, se veía sólo el espacio vacío y pendiendo del aire, como si estuviera volando, aunque sin avanzar ni retroceder, estaba el perrito, ya sin lloriquear, ya sin husmear, sino pareciendo ahora transpuesto de terror ante la extraña situación en que se veía.

Ridgeway miró hacia Blakely, pero su amigo no podía devolverle la mirada. Tenía el rostro serio y firmemente encajado, mostrando la dureza de sus rasgos. Los nudillos aparecían blancos mientras sus manos aferraban dos grandes conmutadores manuales.

—Bob —murmuró Ridgeway—. ¿Qué es esto? ¿Qué sucede? ¿Dónde está la Lanzadera? ¿Se ha perdido en el Pasado o en el Futuro? En los modelos más pequeños…

—Cállese, Spencer —gruñó Bob—. Tengo demasiado trabajo para perder el tiempo con explicaciones. Acuérdese de los modelos. La Lanzadera sigue estando aquí. He aumentado la potencia eléctrica hasta hacerla girar sobre sus cojinetes a tanta velocidad que es imposible verla. Esos cojinetes me costaron a mí… o a Bellamy… dos millones de libras esterlinas, Spencer. Son de puro diamante, hasta el último milímetro. Ya terminó la primera etapa. Siga mirando, Spencer.

Cuando las dos palancas más grandes descendieron se oyó un

chasquido potente desde lo alto y la Lanzadera reapareció. Completamente de súbito y sin la menor espectacularidad volvía a estar en su sitio.

¡Pero el perro había desaparecido!

La plataforma estaba vacía y la Lanzadera se encontraba igual que antes de que la atravesara aquella descomunal oleada de energía eléctrica.

—Rover se halla a quinientos años en el Futuro, Spencer —murmuró exultante Blakely—. Esto ha funcionado como un conjuro. La potencia fue acumulándose como yo planeé hasta conseguir la velocidad que necesitaba. Cuando detuve el aparato, la inercia energética que me hacía falta perforó un agujero o dobló el tejido, si así lo prefiere, de nuestro Continuo Espacio-Tiempo para que nuestro Rover pudiera llegar, vivir y respirar, según espero, en el espacio que estará aquí dentro de medio milenio.

En la mente de Ridgeway acumuláronse todas las objeciones a la idea que habían estado gastándose durante mucho tiempo en su cerebro. ¿Y si el espacio que llenaba ahora la Lanzadera estaba ocupado en el tiempo en que llegara el perrito? Supongamos que el suelo se hubiera levantado y la ladera de una colina llenaba el espacio ahora plano. Los átomos del pobre can quedarían incrustados en los átomos de la ladera a impulsos de la fuerza titánica producida por la energía necesaria para atravesar el Continuo Espacio-Tiempo.

Supóngase, por otra parte, que la tierra hubiera descendido en esos cinco siglos y que Rover se hallara muy alto, en pleno aire, sin soporte alguno… Supóngase…

—¿Cuánto tiempo va a mantenerlo allí? —preguntó con una voz espesa a Blakely. Ahora temblaba con violencia. Todo aquel asunto parecíale demasiado enorme. Le abrumaba.

—Sólo diez minutos de Tiempo Temporal —contestó Blakely y él también se secó el sudor de la cara—. Entonces le haré volver. Será interesante ver cómo se encuentra después de haber contemplado el mundo del año 2500. No es que confíe en que nos lo pueda contar, claro. Tendrá que ir un hombre, Spencer. ¿Le gustaría?

Eso rompió la tensión.

Ridgeway soltó una carcajada ante la proposición. Le hacía gracia pensar que Blakely estaba dispuesto a ceder a otro hombre el

honor de ser el primero en intentar la aventura. Se acercó al cuadro de mandos.

—Comprendo lo de esa oleada de energía —dijo, tratando de aparentar calma—. Vi girar tan de prisa a la Lanzadera que pareció desvanecerse. Pero la inercia ha debido ser tremenda. Es increíble que usted lograra detenerla tan súbita e instantáneamente. Eso es imposible tanto en física como en mecánica.

—Sabiendo cómo hacerlo, no es difícil siquiera —rió Blakely—. Obtuve de Bellamy los diez millones. No existen planos acerca de ese proceso, Spencer, todo lo que hay está aquí dentro —y se dio unas palmaditas en el cráneo y sonrió diabólicamente.

Ninguno de los dos advirtió la oscura sombra que salió de un rincón y comenzó a deslizarse centímetro a centímetro siguiendo el contorno de las paredes de la gran sala en cuyo centro parecía pender fantasmal la Lanzadera, flotando inmóvil en el aire, vacía, congelada.

La figura se acercó más y más y en su mano relucía una pistola automática. Luego, de repente, Ridgeway percibió el sonido de una respiración y se volvió con celeridad. Vio el rostro de un hombre muy cerca del suyo y con una velocidad muy poco inferior a la de sus días de jugador de *rugby*, se lanzó contra el intruso, agarrándole la mano que empuñaba el arma. Se oyó un solo disparo, producido por el brusco movimiento de la pistola, una maldición o dos y el individuo quedó yaciendo inmóvil, con Ridgeway sentado sobre su pecho.

Desde cerca del cuadro de mandos, Blakely se le quedó mirando sin el menor apasionamiento. Luego lentamente se extendió por su rostro una taciturna sonrisa.

—A quien los dioses desean destruir, primero lo vuelven loco —citó—. ¿Quién cree usted que es este tipo?

—La pistola es americana —contestó Ridgeway tras examinarla —. Este tipo es un espía, naturalmente, un agente secreto. La culpa es del grupo de manifestantes que se presentó aquí hace unos tres meses. Hicieron que los periódicos se ocuparan de nosotros. De otro modo esa gente nada habría sabido de nuestra existencia.

—No sea niño, Spencer —dijo Blakely con irritación—. ¿Cree usted que se necesita un reportaje de aventuras en los periódicos para llamar la atención de ciertas entidades sobre nuestro proyecto?

¿Es que de verdad se supone usted que todos los agentes en funciones no se enteraron de nuestro viaje a Lausana? ¡Cómo si fuera posible construir un computador que vale dos millones de libras sin llamar la atención! No, este fulano sabía que preparábamos algo. Sin embargo, apostaría que ignora la índole de nuestro trabajo. Pero no quiero correr riesgos. Será nuestro espécimen, Spencer.

—¡No irá usted a enviarle adonde sea con la Lanzadera!

—¿Y por qué no? Ha entrado ilegalmente en nuestra propiedad; ha empleado incluso violencia para entrar. Va armado. Hubiera matado a uno de nosotros o a ambos, a no ser por la rapidez de usted… y, a propósito, gracias. No, creo que nuestro amigo tendrá el honor de ser el primer hombre en efectuar el intento. ¿Recobra el conocimiento?

Con precaución, revólver en mano, Ridgeway se levantó. Volvió a agacharse y sacudió el cuerpo de aquel individuo. No hubo movimiento, ni tampoco palabras. Se arrodilló, con el corazón latiéndole desbocado. Dominó la repulsión que le embargaba y dio la vuelta al individuo de manera que descansara sobre su espalda. El hombre quedó inerte, inmóvil, su pecho sin subir ni bajar. De su boca le salía una espuma azulada.

—Está muerto —murmuró Ridgeway—. Se ha tragado una de esas condenadas cápsulas de cianuro. Ahora no podremos saber quién le envió. Ahora nunca…

—Ahora nos hemos quedado sin espécimen —gruñó Blakely—. Bueno, dejémosle de momento, Spencer. Tengo trabajo que hacer. Según el cronómetro el perro ha estado fuera nueve minutos y medio. Necesito ese medio minuto para que la potencia se vaya acumulando. Allá va. —Se puso a trabajar afanoso en los conmutadores, palancas, interruptores y esta vez Ridgeway, olvidándose del muerto, miró lo que ocurría fascinado.

La Lanzadera se movió. Giró despacio y adquirió velocidad. Giró tan de prisa que se convirtió en un turbión, en una bruma y luego en nada. La manecilla del cronómetro cruzó una línea y las manos de Blakely devolvieron ciertas palancas a su posición normal, frenando el conjunto giratorio. La Lanzadera reapareció como un fantasma que se materializara en el vacío. Hubo un ligero chasquido. La materialización se hizo sólida. Ambos hombres se

quedaron mirando transpuestos la plataforma interior de la Lanzadera. En donde debiera estar el perrito había… Los cerebros de los dos hombres carecían de imágenes que abarcaran la cosa que se veía allí. Aquello no tenía lugar ni en todos los mundos posibles de las imaginaciones más fecundas.

El brazo de Ridgeway alzó el revólver y apuntó con el máximo cuidado. El disparo debía dar en el blanco a la primera vez.

En este mundo no había sitio para aquella cosa.

IV

Los disparos dieron en el blanco, pero no eran necesarios, porque la cosa dentro de la Lanzadera no vivía. Mejor dicho, como Ridgeway vio cuando alzó la vista, las dos cosas dentro de la Lanzadera no vivían. Del perro que yacía inerte dentro de la boca de la otra cosa se podía afirmar que estaba muerto. El perro había sido un miembro de su propio mundo familiar y confortable. Había vivido y podía morir. Y, cosa lo bastante prosaica, había muerto. Pero la otra cosa… dominó su repulsión y siguió a Blakely por la escalera. Recobró el equilibrio en la pasarela de allá arriba y se plantó junto a Blakely, ambos mirando al interior de la Lanzadera.

—Dios mío —murmuró Blakely—. ¿Qué es esto, en nombre de la cordura?

Era una cabeza, lo que resultaba lo único claramente identificable. Un asombroso color verde era el tinte general, tenía unos dos metros de longitud, desde el cuello cortado hasta el morro que, cubierto por una especie de tentáculos verdes que aún se agitaban, se parecía toscamente a lo que en un ser humano habría sido nariz u hocico. Parecía no haber ojos, por lo menos propiamente esos órganos, pero sobresaliendo del follaje verde de la parte superior de la cabeza había varios tallos que terminaban en blancos nudos redondos. El animal muerto estaba dentro de la boca de aquella enorme cabeza, pero no se veía rastro de dientes. Sin embargo, era con toda evidencia una boca y Ridgeway se estremeció convulsivamente ante la idea del tamaño que alcanzaría todo el monstruo a juzgar por su testa. Una masa de líquido verde espeso como un jarabe seguía manando del cuello cortado. Blakely murmuró:

—Écheme una mano, Spencer; tenemos que bajar esa cosa al

suelo.

Ridgeway le miró inexpresivo. ¡Bajar esta… esta… cosa al suelo! La cabeza de un monstruo que no tenía lugar en su universo. Pero luego, por ser un científico supo que lo que Bob pedía era muy necesario. Aquello era algo del todo nuevo; único. Aquella cosa debía de ser examinada, medida, realizada, meditada y discutida.

Media hora más tarde flotaba en un gran depósito de cristal lleno de alcohol del laboratorio y ambos jadeaban con fuerza mirándola. Tenían las ropas manchadas con el verde licor, que olía a infiernos, sus manos estaban cubiertas de ese líquido pegajoso y andaban cortos de aliento, pero incluso Ridgeway compartía la fiera exultación que evidentemente poseía por completo a Blakely.

—Hemos cometido un error, Spencer —murmuró Blakely con aire de triunfo—. Cometimos uno de esos errores afortunados por los que la Ciencia avanza a pasos agigantados. Por este error mis teorías han alcanzado su correcta demostración, aunque al principio creamos que ha sido una torpeza fantasmal.

—Ese pobre animal —murmuró Ridgeway—. Lo arrojamos allí… donde… cuando, en algún lugar, en algún tiempo… y esta cosa también estaba presta para tragárselo. Para el perro ha debido ser una pesadilla, aun cuando la cortada cabeza de la cosa será una pesadilla para nosotros. Usted lo llama un afortunado error, Bob. Confieso que se me escapa donde está la fortuna.

—Piense, Spencer, piense —rió Blakely—. Lanzamos a nuestro espécimen fuera de nuestro propio Espacio-Tiempo y por un error lo apartamos de su propia línea mundial, lo sacamos de nuestras dimensiones, metiéndole en la Quinta, en la Sexta, o, sólo el cielo sabe a qué dimensión llegó, cuándo o dónde. La cosa es tremenda, hace que la mente vacile. Me siento como Galileo, o Colón. Hombre, he visto realizarse mis teorías. El alcance de mi Lanzadera es incluso más estupendo de lo que yo imaginé jamás.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Ridgeway cansino—. Supongo que usted sabe de lo que habla. Confieso que yo no. Pero lo que comprendo es que usted ha construido una verdadera máquina infernal. Esta Lanzadera suya es la mayor amenaza que la mente del hombre haya creado jamás.

La boca de Blakely se abrió cómicamente y miró a Ridgeway con un profundo e increíble asombro.

—¿Verdad que está usted bromeando, Spencer?

Ridgeway le devolvió la mirada con firmeza.

—Conocemos este universo de cuatro dimensiones —anunció con solemnidad—. Estamos aquí en nuestra casa y familiarizados con ello. Usted, Bob, ha abierto una puerta al Infierno. Usted… o nosotros, supongo, mandamos a esa pobre bestia fuera, como nuestro embajador. No sabemos dónde o cuándo fue. Estoy de acuerdo con usted de que llegó a alguna parte y a algún tiempo por entero fuera de nuestro Continuo, completamente al exterior de cualquiera de las más frenéticas imaginaciones del hombre más loco. Seguro de que usted se da cuenta de que sus consecuencias son algo a lo que no podemos enfrentarnos. El hombre tiene que seguir el mismo sendero que ese perro. Bob, un hombre tiene que permitirse ser lanzado a través de esa brecha en el tejido del Espacio-Tiempo. ¿Quién será ese hombre y dónde y cuando aterrizará? ¿Será usted, yo, o Bellamy?

Blakely suspiró y soltó una risita.

—Un agudo sentido común, ¿eh, Spencer? —rió—. Sí, acaba de exponer el caso perfectamente bien, clara y sucintamente, como hubiera esperado de usted. Pero sigo manteniendo que esto es un puro triunfo. Esto hace que valga la pena todo el proyecto. Estos son *resultados*, Spencer, *resultados*. En cuanto al peligro, ¡bah!, no hay nada de eso. Todo lo que haremos será trabajar con más cuidado y aferrarnos a las matemáticas, Spencer, lo que constituye su especialidad. Yo mismo iré, para probarle que todo va bien. No se olvide que cuando me vaya, seguiré al mando. Mi cerebro, el cerebro de un científico humano, la cosa más grande del universo, estará al mando. A mí no se me arrojará fuera de nuestro continuo, Spencer. Mi voluntad y mi mente serán las que dirijan. La Geodesia tenía aquí un defecto, Spencer. Mire, ¿qué se puede sacar extrayendo a un perro, a una mera bestia, de la línea de su mundo? Pero la línea del mundo de un hombre es algo completamente distinto. Aguarde, Spencer, iré y volveré con una narración que daría vergüenza al propio barón de Munchausen y, sin embargo, mi relato será cierto.

—Se irá ahora, Bob —sugirió Ridgeway suavemente y sintió una cruel alegría al ver el pequeño tic convulsivo de los hombros de Blakely.

—No sea idiota, Spencer —contestó el otro—. No pienso en el suicidio. Todavía hay que hacer mucho trabajo, Spencer; quedan largas horas de tarea, antes de que yo me vaya. Cuando lo haga, pretendo regresar, entero e intacto.

Ridgeway le dirigió una mueca como sonrisa y dio media vuelta. La visión de la cabeza del monstruo verde ya le producía náuseas intolerables. Regresaron al cobertizo principal y ambos se acercaron al panel de instrumentos. Blakely rió con cinismo mientras con su pie tocaba el cadáver del intruso.

—Nos habíamos olvidado de este individuo, Spencer. Bueno, seguimos teniendo el lugar más conveniente… o el tiempo… en el que esconder nuestros cadáveres. Como efecto colateral, viejo amigo, tengo resuelto el problema de todos los asesinos; tenemos sitio en donde esconder el cadáver, un lugar en donde nadie en la tierra lo encontrará jamás. Écheme una mano con este espía y nos desembarazaremos de él.

Ridgeway volvió a sentir la oscura mano del terror agobiándole mientras alzaban el cuerpo del muerto, ascendían con él la escalera y recorrían la pasarela. El hombre restó yaciendo inerte en la plataforma y se le quedaron mirando su cara cadavérica.

Ridgeway puso una mano en el brazo de Blakely.

—¿Quién cree que lo envió?

Blakely se encogió de hombros.

—Oriente, Occidente, intereses financieros… ¿Quién sabe? Al principio creí que sería uno de los espías de Bellamy, pero el arma y luego las cápsulas de cianuro descartaron esa idea. Bellamy no necesita actos así. Sus espías están ya con nosotros en el Proyecto, probablemente hablamos con ellos cada día de trabajo. No, estoy seguro de que este tipo era político. Pero eso no importa ya. Está muerto, tiene el honor póstumo de ser el primer ser humano que es enviado fuera de su propio Continuo. Bajemos, Spencer.

—¿Es preciso que lo hagamos? —preguntó Ridgeway dudoso, mirando al cadáver extendido en el suelo de la plataforma.

—¿Y qué podríamos hacer si no? —preguntó Blakely con ligereza—. Le diré una cosa. No podemos correr el riesgo de mezclarnos en investigaciones acerca de este pájaro. Quienes le enviaron le consideraban prescindible. Él mismo también lo pensaba, porque por eso tomó la cápsula suicida. Si desaparece no

habrá investigaciones, simplemente otro le seguirá. Eso demuestra que alguien, en alguna parte, tiene por lo menos un indicio de que intentamos aquí algo grande y parece como si estén decididos a no pararse ante nada por descubrir lo que es. Después de esto tomaremos más precauciones, viejo amigo.

La energía creció en los cables de la Lanzadera y ésta se movió. Giró más de prisa, y más de prisa y luego… Disminuyó Blakely frunció el ceño y corrió hacia la escalerilla. Descendió preocupado.

—Esas balas de usted, Spencer —gruñó al bajar—. Han estropeado la estructura de la Lanzadera. Tenemos trabajo que hacer antes de poder desembarazarnos de esa criatura. Dios, precisamente en este momento. Y no nos puede ayudar nadie. Nos empleará toda la noche, Spencer. Espero que Madge no le aguarde despierta hasta que regrese.

Ridgeway rió con aire cansino.

—Madge se lo espera literalmente casi todo. Bueno, ¿dónde empezamos?

La pálida luz del alba se adentraba por las altas ventanas del viejo aserradero antes de que hubieran terminado su tarea. Cansados y molestos los dos hombres descendieron por la escalera. Blakely se quedó mirando a la Lanzadera.

—Tendremos que arriesgarlo, Spencer. Es casi de día y el primer turno no tardará en venir. No podemos permanecer aquí mucho más tiempo.

—¿Cree que funcionará? —jadeó Ridgeway. Acalorado, sucio y cansado, sus ropas todavía manchadas con la sangre verde de la cabeza del monstruo, la sensación de pesadilla estaba ahora en su apogeo dentro de su personalidad y habían habido momentos durante las largas horas en que incluso objetó a su propia cordura. Sólo el zumbar vibrante de los conductores de energía eléctrica le recordó ahora los hechos a los que se enfrentaba, después de todo, un mecanismo científico en el que estaban operando y que, por muy raros que fuesen sus efectos, seguía siendo sólo una construcción de metal, fibra de vidrio y cuarzo. En su cansada confusión vital incluso se olvidó del intruso verde.

—Funcionará, Spencer —afirmó Blakely ceñudo mientras manipulaba interruptores y la Lanzadera giraba, de prisa, más de prisa y luego tan rápida que desaparecía. Era cierto que había

todavía una avería en alguna parte, como indicaba un sonido vacilante, un traqueteo insólito. Siempre, antes del defecto, la máquina funcionó sin ruido excepto por el del aire al llenar el vacío que se producía.

Los blancos nudillos de Blakely destacaron al accionar los dos últimos conmutadores, se oyó el taponazo normal y reapareció la Lanzadera, esta vez con la plataforma vacía. Los dos mostraron signos de alivio. Ridgeway se quedó mirando a aquella zona libre ahora del cadáver.

—¿Dónde habrá ido? —susurró—. La Lanzadera emitía un sonido, lo que no es perfecto. ¿Nos veremos sufriendo algún defecto?

El rostro colorado de Blakely se sonrió como un demonio.

—Sigue habiendo un defecto —dijo—. Lo he lanzado a unos cuantos miles de años en el futuro. Esa avería puede mandarle a un millón de años en su lugar. O quizás le disparó dentro de la dimensión noventa y nueve. Elija usted. No lo sabemos, todavía seguimos experimentando.

Se produjo un frío viento procedente de la puerta más próxima, que se abrió y dio paso a una figura. Se volvieron y se quedaron mirando a Harley. Aquel hombre llevaba una pistola en la mano y avanzó firme y se les enfrentó. Blakely sonrió a Ridgeway.

—Se está convirtiendo una epidemia —dijo—. ¿De dónde salen todas esas pistolas? Buenos días, Harley.

—Póngase a trabajar —ladró Harley—. Me marcho ahora. Me enviará a trescientos años dentro del futuro y tiene que hacerlo en este instante.

Ridgeway abrió la boca para hablar y entonces se detuvo. Fue su propio cerebro lo que le detuvo casi tanto como la fiera mirada de Bob. Iba a decir que la Lanzadera estaba averiada, ¿no? Pero no estaba averiada. Aquel espía muerto había desaparecido, ¿no? Y Harley… era Harley y empuñaba una pistola.

—Sé que me enviará —continuó ceñudo Harley—. Usted quiere un voluntario. Tiene usted demasiado miedo para probarlo por sí mismo, ¿verdad?

—Bueno —comenzó Blakely con engañosa suavidad—. Había pensado en ser el primer hombre en probar mi aparato. Claro, si usted desea aceptar tal honor… Ya sabe, Harley, casi lo había

adivinado. Supongo que tendrá hechos todos sus planes y preparativos.

Harley rió, la risa metálica del hombre que sólo ríe superficialmente.

—A trescientos años a partir de ahora, Blakely, y así poseeré todo el planeta. En cada ciudad clave del mundo hay depósitos bancarios a mi nombre. No creo que él pueda entonces detenerme. Tengo una especie de rehén de nombres. En trescientos años… en tres segundos… estaré allí para esconderme. Ese bastardo pensó que subvencionaba la Lanzadora para sus propios propósitos. Creyó que sería el primero en ir. Bueno, hombre, a trabajar. Parece como si yo en realidad no necesitase esto, ¿verdad? Se guardó la pistola en el bolsillo y fue hasta el pie de la escalera. Blakely le sonrió y se encaminó hasta el panel.

—Dé mis recuerdos al siglo XXIV, Harley —murmuró con una carcajada. Ridgeway le cogió del brazo.

—Esto es una asesinato, hombre —susurró—. Con la Lanzadera en su presente condición…

Blakely sacudió la cabeza y se libró de la mano de su amigo.

—Se trata de un experimento científico, Spencer —dijo con evidente mala intención—. El señor Harley quiere que lo hagamos. Insiste incluso a punta de pistola. Seríamos muy estúpidos si dudáramos. ¿Está preparado ahí arriba, Harley? —La voz de Harley les llegó desde la masa de cables y espigones.

—¿Qué es lo que están hablando ahí abajo? —gritó—. ¿Están seguros de que todo va bien? Si no lo es… cielos, aquí hay algo malo. Voy a bajar.

—Demasiado tarde, amigo mío —gritó Blakely exultante mientras la Lanzadera adquiría velocidad. Fascinado Ridgeway vio a Harley allí de pie, las manos alzadas como si quisiese protegerse de algo peligroso. El rostro del individuo mostraba un puro terror y la Lanzadera aceleró hasta el punto de desvanecerse. Cuando las manos de Blakely colocaron en su sitio a los dos últimos conmutadores pasó un simple microsegundo en el que Ridgeway podía ver lo que ocurría.

El cuerpo de Harley pareció cambiar de forma. Sus líneas parecieron fundirse una con otra. Se hizo alto, luego pequeño, su figura vibró y se agitó y se retorció como arrancada de todo

parecido con un cuerpo humano. Pero el rostro permaneció allí durante aquel microsegundo infinitamente largo y tenía una expresión fija que Ridgeway comprendió que recordaría hasta el día de su muerte. En la cara del Harley que desaparecía había una expresión impuesta por todas las formas de terror y de repulsión asquerosa y de odio que hayan podido barrer jamás a la humanidad. En aquel microsegundo Ridgeway vio al Miedo con toda su repugnante agonía impreso en aquella cara, una vez humana y ahora arrancada de todo parecido con la humanidad.

El zumbido de tono alto murió para convertirse en un doliente silencio y el aire del cobertizo pareció enfriarse. Ni Ridgeway ni Blakely pudieron hablar durante un rato. Blakely dio la espalda al panel y avanzó firme hacia el cuartito que estaba en un rincón del cobertizo. En trance, Ridgeway permaneció donde se hallaba, tratando de mantener en blanco su mente. Luego oyó la voz de Blakely.

—Venga aquí, Spencer. Después de eso necesitamos beber algo. —Ridgeway entró en la habitación del científico. Blakely le tendió una taza de café caliente y mientras Ridgeway la tenía entre sus torpes manos, colocó en su interior una buena ración de *whisky*—. Bébaselo, Spencer. Parece como si lo necesitara.

—¿Qué es lo que le ha puesto, Bob? —susurró Ridgeway como si tuviera miedo de su propia voz—. ¿Dónde ha ido? ¿Qué le ocurrió mientras se efectuaba la translación? Dios mío, Bob, le hemos matado. Hemos *matado a un hombre*. Somos *asesinos*.

Blakely apuró su taza y se secó los labios. Con cuidado llenó y encendió su pipa.

—Hay que mirar todo esto desde un punto de vista destacado, viejo amigo —dijo poniendo en sus palabras la máxima atención—. Somos científicos y lo que importa son los resultados. Debemos ser fríos y claros e implacables en esto, Spencer. Han habido científicos que se han inoculado cultivos virulentos para poder experimentar los efectos en beneficio de la humanidad. Otros científicos experimentaron con animales vivos. Hay científicos que quedan siempre por encima de la ley moral, Spencer. Lo que importa son los resultados.

—¿Era científico Harley? —preguntó con aspereza Ridgeway—. ¿Se prestó voluntario para ser conejillo de indias en su maldita Lanzadera? ¿Y efectuamos el primer intento *usted o yo*? Habla de moral. Rechazo eso con todas mis fuerzas. Somos *asesinos*, Bob. Tenemos que enfrentarnos a la verdad y tratar de vivir con ella. Si puede, es que es usted un hombre más duro que yo.

—No debe tomárselo así, Spencer —arguyó Blakely con paciencia ilógica, al igual que discutiría con un niño—. Harley nos obligó a hacérselo. Era un ladrón, un granuja y trataba de huir. La Lanzadera era su escotilla de escape y, no se olvide de esa pistola, viejo amigo. Sabe usted que fue en defensa propia. Y sólo incidentalmente se convirtió en conejito de indias, después de todo. Harley no sentía el menor interés por la propia Lanzadera o por el tremendo impacto que va a causar en la humanidad. Vio en ella sólo un aparato. Albergó en su pecho esta loca idea de entrar en el futuro y «ser dueño de la tierra» sólo para demostrar lo loco y megalómano que era.

Ridgeway se relajó. El alcohol caliente circulaba por su cuerpo y ya la persuasividad de Blakely causaba efectos. Después de todo, Bob tenía razón. ¿Acaso él, Ridgeway, se habría dejado matar por Harley antes de no acceder a lo que le pedía?

—Pero… —comenzó, dudando en las palabras—… usted vio el aspecto que tenía cuando… cuando pasaba. Ha muerto, Bob, ha muerto de alguna forma inimaginablemente terrible, roto en mil pedazos, estrellado en la trama del Cosmos como si fuese una mancha.

—Debería usted dedicarse a la poesía, Spencer —contestó el otro con sequedad—. Está bien, fue así. Él mismo lo eligió. Se ha ido, dónde o cuándo, no lo sabemos. Pero me ha enseñado muchas cosas. Cuando la Lanzadera esté reparada comenzaremos con un asiento más firme. Y la Lanzadera necesita ser reparada de inmediato, Spencer. Idealmente no hay momento que perder. No habrá sueño para nosotros ni al término de esta noche. Debemos trabajar hasta que todo el aparato recupere su normalidad. Eso significa trabajo continuado durante todo el turno. Será mejor que telefoneé a Madge y la prepare.

Ridgeway se frotó los ojos y encendió un cigarrillo. Sabía a trapos quemados y lo arrojó y lo pisoteó.

—¿A qué viene tanta prisa? Llevamos adelanto con respecto al plan. Teníamos todo un año y sólo hemos empleado nueve meses.

Blakely sonrió y sacó del bolsillo una hoja de papel.

—Un boletín de la oficina de Relaciones Públicas, Spencer. Harley lo tuvo antes que yo. Bellamy aterrizó en el aeropuerto de Londres anoche. Me sorprende que no esté aquí ya.

A la fría luz gris del alba el primer turno se puso a trabajar. El propio Blakely e incluso Ridgeway trabajaban ahora en la pasarela. Partes de la estructura actual de la Lanzadera tenían que ser renovadas, los cojinetes de diamante debían de ser reajustados y el trabajo emplearía casi toda aquella mañana. Se sirvió la comida de la cantina y Ridgeway consumía una gran cantidad, sin duda para compensar la fatiga. Se habían cambiado de ropa y las prendas manchadas de verde que habían usado la noche antes estaban encerradas en el laboratorio con aquella monstruosa cabeza verde dentro del tanque de alcohol. Nadie excepto ellos mismos debían verla.

—¿Todo va bien con Madge? —preguntó Blakely mientras hicieron una pausa para fumar y beber a primera hora de la tarde.

Ridgeway elaboró un prodigioso bostezo.

—Oh, con Madge va bien. Sabía que cuando me uní a usted en esto sería un trabajo bastante loco. Gracias a Dios que no sabe hasta qué punto alcanza esta locura. Ya casi hemos terminado, Bob. ¿Ha pensado en lo que seguirá?

Blakely guardó un meditativo silencio durante un rato y luego hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

—Lo he pensado, Spencer, vaya que sí. No se me aparta de la cabeza desde las últimas seis o siete horas. Y, lo reconozco con toda nobleza, tengo un miedo mortal.

Una respuesta burlona saltó de los labios de Ridgeway pero la reprimió. ¿Por qué iba a burlarse de Blakely cuando él estaba también acobardado con toda su alma ante la idea de lo que sucedería cuando hubiera terminado las reparaciones de la Lanzadera? No dijo nada, sino que siguió fumando malhumorado.

El turno se fue y volvieron a quedarse solos. En la soledad del cobertizo con la monstruosa Lanzadera brillando por encima de ellos, junto al panel, como hormigas ante el cascarón gigantesco de algún maligno rey de los insectos. Se sentaron cansados y se la

quedaron mirando. Durante un momento, Ridgeway se preguntó si Blakely lamentaba haber llegado a inventar aquel proceso fantasmal, se preguntaba si Bob comenzaba a considerarlo como una idea peregrina, absurda, odiosa, que no merecía la existencia.

De pronto Blakely habló.

—Se acabó la época de la experimentación con animales, Spencer. Tiene que ser un hombre. Y lo que hemos visto, después de la cosa verde, después de Harley, indica que tiene que ser uno de nosotros, Spencer. Uno de los dos ha de colocarse en la Lanzadera y ver lo que ocurre, sufriéndolo con serenidad. ¿Se ofrece usted voluntario?

Ridgeway se estremeció violentamente y se alejó del panel lo bastante como si pensase que la distancia física le salvaría de una terrible elección. Blakely soltó una carcajada, pero sin la vieja arrogancia propia de él. Tenía demasiado miedo.

—¿Qué es lo que le ha retrasado tanto? —murmuró—. Anoche llegó al aeropuerto de Londres, esta mañana debería haber aparecido a nuestra puerta, llamando con su energía habitual.

—¿Por qué está tan seguro de que vendrá? —preguntó Ridgeway, aferrándose a aquellas palabras como si estuviese ahogándose y fueran un clavo ardiente. Si Bellamy no venía podrían aplazar la prueba—. Después de todo, un hombre con las relaciones de Bellamy debe de estar volando continuamente por todo el planeta. Quizás ha estado en Inglaterra varias veces desde que le visitamos en Lausana.

Blakely sonrió.

—Eso no resultará, Spencer. Bellamy no ha estado en Inglaterra ni una sola vez en los últimos nueve meses. Ha venido a*vernos*, Spencer. El hecho de que anoche viniese Harley lo demuestra. Sabía. Trataba de escapar.

—Por Dios —gritó Ridgeway—, no me vuelva a mencionar otra vez a ese hombre. Trato de olvidarle. Sé que nunca lo lograré, pero sigo intentándolo.

—Tenemos que decidirnos, Spencer —continuó inexorable Blakely, ignorando la salida de Ridgeway—. Uno de nosotros ha de probar la Lanzadera, hoy, ahora, en este mismo instante. Debe de estar todo en orden perfecto cuando llegue Bellamy. Hay que asegurarse de eso. Conozco la casta del individuo. Viene a cobrar su

libra de carne, Spencer, una libra de carne que le cuesta diez millones de libras. Tiene que estar todo preparado para recibirle. ¿Cómo efectuamos la elección?

—¿Y por qué tenemos que elegir? —preguntó Ridgeway con torpeza. Mantuvo sus ojos apartados de aquella masa impresionante de la Lanzadera. Había habido un tiempo en que la cosa fue una curiosidad científica, un aparato, una extrapolación meramente inteligente del arrollador talento científico de la época. Ahora, había adquirido una malevolencia siniestra. Pendía allí, siendo la misma puerta del propio Infierno. Y el alma de Ridgeway parecía retirarse atemorizada de la máquina—. ¿Por qué tenemos que elegir?

—Oh, es preciso elegir, Spencer, de eso hay que estar seguro. Tiene que ser uno de nosotros dos. No hay ninguna otra persona. Ahora que ha desaparecido Harley, sólo usted y yo sabemos realmente para qué se ha construido la Lanzadera. Imagínese que pidiéramos, incluso obligásemos, a uno del personal a ser conejillo de indias. Telefonearían a la policía y nos recluirían como lunáticos peligrosos.

—¿Por qué no esperamos hasta que él llegue y se lo entregamos? —preguntó Ridgeway con desespero. Pensaba en Madge durmiendo sola en su casita. Levantándose en este instante, entraría el periódico y la leche. Las tareas ordinarias cotidianas que parecían a un millón de años de luz de distancia y a un millón de millones de universos lejos de la cosa macabra que pendía aquí, en las pálidas luces del alba.

—Usted no conoce a Bellamy como yo —murmuró Blakely pensativo—. Antes de que abordase a su gente en Inglaterra estudié todo lo que se conocía o se había escrito acerca del individuo desde el primer día en que logró llamar la atención de los periodistas. Bellamy no es un hombre que arriesgue nada, viejo amigo. Esta Lanzadera tiene que estar perfecta antes de que la compre. Tiene que ser por lo menos un cien por cien capaz de hacer lo que yo dije que haría.

—Pero usted mismo afirmó —intervino ansioso Ridgeway—, que aún cuando le llevase a su propio pasado no podría *entrar* en el pasado, no podría alterarlo, que quedaba fijo de una vez para siempre a la matriz temporal del Continuo Espacio-Tiempo. Después

de lo que usted vio que le pasaba al perro, luego a Harvey, ¿cómo puede…?

—Tendrá que dejar todo eso, Spencer —dijo Blakely con brusquedad mientras bajaba del taburete—. Cuando llegue Bellamy tendrá que mantener la boca cerrada sobre todas esas cosas. Si dice algo que yo considere que puede ser sabotaje, lo negaré por entero y le catalogaré de mentiroso.

Ridgeway le miró y vio un nuevo Blakely. Sus ojos relucían brillantes y la boca se le movía. Un nuevo temor se apoderó del corazón de Ridgeway. ¿Se encontraba aquí encerrado con un loco? Un loco en el sentido normal que era, no simplemente un lunático al estilo de los científicos y en particular de los científicos con genio, sino un loco real y verdadero. Luchó por calmarse. Se encontraba metido en todo el jaleo. Era demasiado tarde para retirarse. Blakely y él eran amigos después de todo, lo habían sido durante años. Aquel hombre no era malo, era el producto lógico de un genio científico que conquistó lo inconquistable en su campo particular. Tenía que olvidar al perro y a Harley. Enderezó los hombros y elaboró una sonrisa forzada.

—Bien, ¿cómo efectuamos la elección? Yo no me presento voluntario y creo que usted tampoco. ¿Lo echamos a suertes?

—Es la única cosa que podemos hacer. Lo haremos con cerillas. El que saque la corta va y el de la larga se queda maniobrando el panel. ¿Piensa que es capaz de operarlo?

Ridgeway soltó una áspera carcajada.

—No renuncie con tanta facilidad, Bob. Yo nunca tuve suerte en esta clase de cosas. No creo que tenga que manipular el panel. ¿Dónde están las cerillas?

—Aquí —dijo Blakely y alzó un puño desde el que sobresalían las puntas de dos cerillas. Ridgeway se mostró receloso y asombrado. Eso había sido rápido. Simplemente había hecho una sugerencia. Pero se encogió de hombros y extendió la mano. Sacó el fósforo y apenas tuvo valor para mirarlo. Luego… la sangre se le agolpó en los oídos y la carne se le puso de gallina. Miró fascinado al rostro de Blakely y trató de descubrir qué yacía tras aquella sonrisa. ¿Era de puro alivio o de triunfo? ¿Se alegraba Blakely de que la carga hubiese caído sobre él o se alegraba simplemente de haber engañado con tanta limpieza a Spencer? ¿Le había engañado?

Con un impulso abrió el puño todavía cerrado de Bob, pero era demasiado tarde. Su contenido acababa de desaparecer. Lanzó un grito áspero y atacó al otro.

El fuerte sonar del teléfono cortó la pelea y les dejó a ambos congelados, como petrificados, durante un instante. Blakely caminó hasta el escritorio y cogió el aparato. Escuchó, dijo:

—Bien —volvió a colgar el instrumento y se volvió cara a Ridgeway—. La pequeña farsa terminó, Spencer. —Sonrió—. No es necesario que usted o yo seamos los conejillos de indias. Nuestro conejillo de indias se encuentra en la puerta exterior ahora mismo, dentro de un Rolls-Royce especialmente fabricado para acomodar su silla de ruedas. También hay seis limosinas fuera, Spencer, y sólo el cielo sabe cuánta cantidad de periodistas y aficionados a las curiosidades. No ocurre todos los días que un magnate de su categoría visite a una de sus empresas menos provechosas. Ben Bellamy se nos plantará en el centro, Spencer. Despeje de su aspecto ese aire de miedo. Tenemos que saludar a este individuo como dos triunfadores que están preparados para entregar la mercancía por la que él pagó diez millones de libras esterlinas.

V

Había una multitud fuera de las puertas mayor todavía que la que se reunió cuando los manifestantes se tumbaron en la calzada y tuvieron que ser despejados por aquel curioso inspector. El individuo volvía a estar allí, según vio Ridgeway, y en esta ocasión se mostraba ansioso de exhibir su respeto hacia el Titán que le honraba presentándose en su distrito. Había un grupo notable de periodistas tratando de forzar las puertas y Ridgeway se dio cuenta de que habían estado sitiando el recinto durante semanas y sólo las órdenes directas de Blakely a la oficina de Relaciones Públicas impidió que se les proporcionase la menor información de lo que estaba sucediendo. Se podía imaginar uno los titulares ahora que podría tenerse constancia de la visita de Bellamy.

Blakely ordenó que las puertas se abriesen lo bastante sólo para permitir que entraran los coches. Llamó al inspector y le dijo:

—Inspector, es cosa suya mantener fuera a toda esa gente. Le aseguro a usted que al señor Bellamy no le gusta verse rodeado por la turba. No respondo de ningún desconocido que trate de cruzar estas verjas.

—Hago lo que puedo, señor —fue la réplica desesperada—. He convocado a todos los hombres disponibles en muchos kilómetros a la redonda. Les mantendremos fuera.

—Será mejor que lo hagan —contestó Blakely ceñudo mientras se dirigía hacia el coche de vanguardia que ya había penetrado por las puertas. Dentro, se podía ver la silla de ruedas de Bellamy y las figuras de otros dos hombres. El vehículo se detuvo en el patio y los demás hicieron lo propio. Un aullido de cólera vino del exterior y varias figuras comenzaron a trepar por las verjas de hierro sólo para ser descendidas violentamente por los policías. Blakely sonrió—:

Por lo menos eso nos asegura la primera página de los periódicos, Spencer —observó—. Quizás la necesitemos.

La puerta del Rolls-Royce se abrió y una especie de plataforma se extendió automáticamente y se posó en el suelo. Emergió la silla de ruedas y una vez más Blakely se enfrentó a Ben Bellamy.

El magnate miraba fríamente a Blakely y los dos hombres, uno a cada lado suyo, contemplaban amenazadores a los dos científicos.

—Nos volvemos a encontrar, doctor Blakely —graznó Bellamy —. Ha llegado a mis oídos que trataba usted de engañarme. Su aparato está terminado, según comprendo. ¿Dónde está Harley, mi hombre?

—Harley desapareció, señor Bellamy —dijo con suavidad Blakely—. Como usted sabe bien, estaba perfectamente enterado de que su hombre robaba mi proyecto sistemáticamente desde el principio. Me temo que no puedo decirle dónde ha ido. No dejó ninguna dirección.

—No se insolente con el jefe —rezongó uno de los guardaespaldas y Blakely soltó una risa tensa. Se volvió a Ridgeway.

—Igual que en una película de Hollywood, Spencer —sonrió—. Señor Bellamy, le pido que refrene la impulsividad de sus… ejem… secuaces. No me gusta que se me diga lo que debo o no debo hacer.

Bellamy continuó mirándole fríamente durante un momento, pero nada dijo. Hizo un signo y los dos hombres se colocaron detrás de la silla y la hicieron girar en redondo encaminándola hacia los cobertizos. Por encima del hombro lanzó las palabras:

—Lléveme a la Lanzadera, Blakely.

Una impresionada multitud de trabajadores, personal de oficinas y técnicos flanquearon la entrada del multimillonario al cobertizo de la Lanzadera. Permanecieron muy quietos mientras los coches comenzaban a vaciarse y silenciosos hombres vestidos de negro salían con carteras y maletas. Siguieron a Blakely y a Ridgeway al cobertizo y las grandes puertas se cerraron. Por un instante hubo un balbuceo de voces porque el alto personal conocía al visitante y todos comprendían que algo grande estaba teniendo lugar.

Ridgeway sintió un enorme frío al advertir las tácticas de su visitante. La silla de ruedas se detuvo junto al panel y los hombres se dispersaron. Delante de cada puerta de salida del cobertizo se plantaron dos de ellos, las manos en los bolsillos de la americana y

sin expresión alguna en los rostros. No fue preciso que a Ridgeway le dijesen que tenían un arma en las manos, una pistola escondida en el bolsillo. Pensó en aquel inspector allá afuera, aquel soberano idiota que había hecho reverencias y se arrastró por los suelos ante este pistolero de oro y sus esbirros. Miró con añoranza al teléfono de la mesa.

—Calma, Spencer —susurró Blakely—. Mantenga la expresión firme. Mandamos aquí, no importa lo que piense Creso. Déjemelo a mí.

—Doctor Blakely —les llegó la voz de Bellamy—. ¿La Lanzadera está terminada y preparada para usarla? ¿Ha sido probada, naturalmente, de manera concienzuda?

—Varias veces —dijo Blakely con indiferencia—. Con animales y una con un hombre.

—¡Con un hombre! —Pareció que excepcionalmente la calma gigantesca del magnate se había visto perturbada—. ¿Qué hombre?

—Jamás lo supe —contestó Blakely sonriendo—. Era un intruso, un ladrón, un espía. Entró aquí con una pistola y cuando lo redujimos a la impotencia se suicidó empleando una de esas pintorescas cápsulas de cianuro que se nos han hecho tan familiares desde los juicios de Nuremberg. Creo que vino de detrás del Telón de Acero.

Bellamy no dijo nada, pero Ridgeway sintió de algún modo oscuro que la seguridad de aquel hombre comenzaba a vacilar. El magnate siguió mirando con fijeza y fascinado a la Lanzadera, inmóvil.

—Al principio pensé que era uno de sus esbirros —continuó placenteramente Blakely—. Pero el arma y la cápsula me convencieron de lo contrario. Podrá usted ser muchas cosas, señor Bellamy, pero no es tan tosco.

Entonces Bellamy soltó una carcajada, una risa fría que provocó escalofríos en la columna vertebral de Ridgeway.

—Es usted un diablo muy agudo, Blakely —murmuró el hombre —. Mis espías me han contado cada movimiento que hizo usted. Destituí a Harley desde la primera semana en que me enteré de lo que hacía. Él no me preocupa. Cualquier hombre lo bastante listo para robarme, merece el botín. De todas maneras, ha dejado de interesarme. Ahora, veamos, ¿qué pasó a ese espía muerto?

¿Adónde fue?

—Lo envié a un millar de años en el futuro, señor Bellamy —contestó Blakely con suavidad—. Si las civilizaciones han sobrevivido tanto tiempo, imagínese la sorpresa de los ciudadanos de esa época cuando se materialice ese bribón en medio de ellos.

—Pues esta noche… la probaremos de nuevo —anunció Bellamy con sequedad—. Yo he venido aquí preparado para mi… ejem… viaje, pero antes de que entre en esa Lanzadera, debo ver cómo lo hace un hombre vivo, cómo viaja hacia atrás dentro de su propio pasado y regresa, sano y salvo. Usted hará ese experimento esta noche.

Spencer Ridgeway se relajó del rígido terror en el que había estado sumido desde que comenzara aquel extraño juego entre dos personalidades tan potentes. Bellamy se mostraba evidentemente muy precavido, tanto como para no correr el riesgo enorme de utilizar en persona la Lanzadera antes de haberla visto funcionar con un hombre y enterarse de lo que había pasado a ese individuo durante y después del traslado. Miró con fijeza a su alrededor, a los individuos del séquito que Bellamy trajo consigo. ¿Cuál de estos infortunados sería el conejillo de indias?

Blakely se pasó la lengua por los labios y avanzó hasta la silla de ruedas.

—Naturalmente que usted exige esta prueba, señor Bellamy —dijo con educación—. Comprenderá que cuando se llega a un envío preciso y a un retorno preciso, se necesita una gran cantidad de cálculos matemáticos. He ordenado que preparen el computador y mis técnicos están alerta. Si me da los detalles del hombre que tiene que ir, ajustaré el proceso y lo pondré en movimiento.

Bellamy se colocó un par de gafas sobre la nariz y miró una tarjeta que tenía en la mano.

—Cuerpo y silla de ruedas juntas pesan cuatrocientas libras. Mi edad actual es de 58 años. Quiero regresar a la edad de 28 años. Esto es todo lo más preciso que puedo proporcionarle. ¿Basta?

—Cuatrocientas libras —repitió Blakely turbado—. ¿Pero cómo puede usted y esa silla pesar doscientas libras?

—Debajo del asiento —contestó Bellamy con una ligera sonrisa —, hay planchas de oro macizo. No pretendo regresar a mi vida a la edad de 28 años sin recursos. A los 28, Blakely, yo era un contable

que luchaba con el ansia de ascender. Me agradaba esquiar. Aquel año fui a Chamonix y éste es el resultado. Cuando empiece de nuevo no tendré rota la cadera y habré dejado de ser un contable ambicioso. Ese oro me servirá para empezar. Parece usted sorprendido. A mí me resulta obvio. ¿Cree usted que me llevaría dinero conmigo, billetes de esta fecha? ¿o diamantes? El oro es lo único que me sirve. Los diamantes son demasiado arriesgado… el mercado de esas piedras resulta delicadísimo. Ahora, póngase a la tarea, hombre.

Blakely seguía dudando.

—Los detalles que me ha dado son suyos, señor Bellamy —dijo con firmeza—. ¿Qué hay de la prueba? ¿Dónde está su hombre? Para probar con él necesitaré sus detalles. Si me dice quien es…

Bellamy emitió una breve sonrisa.

—Debe de ser uno de ustedes dos quien haga la prueba. Usted, Blakely, o usted, Ridgeway. Como Blakely no puede ser, puesto que es el individuo que comprende más perfectamente la Lanzadera y sus peculiaridades, tengo entendido que el doctor Ridgeway es bastante más teórico en esto, en especial es el teórico matemático. Así que, será Ridgeway.

Ridgeway oyó las palabras como si las percibiese en una pesadilla. Quería alejarse de aquel maldito lugar. Se humedeció los labios y se mantuvo rígido. ¿Qué iba a decir? ¿Acaso de todas maneras no tenía que pasar por la prueba? Pero no por la coacción. Y era evidente que eso se pretendía. Bellamy lo miraba sonriente.

—¿El doctor Ridgeway se ofrece para hacerme este pequeño servicio? —preguntó educadamente. Ridgeway supo que era la educación del jefe de los gangsters a su víctima. Trató de reír y las palabras se le atascaron en la garganta. Miró frenético a su alrededor, al gran cobertizo y vio las sombrías figuras en cada umbral, hombres con las manos derechas en los bolsillos de la americana. En el escalofrío de su terror, Spencer Ridgeway notó que se requería de él un esfuerzo supremo. Después de todo, en compañía de Bob, había iniciado este asunto. Blakely creía implícitamente en la cosa, de otro modo no pensaría en enviarle. Miró a Blakely y pudo leer las emociones que le cruzaban por la mente. Primero alegría, alegría por no ser él quien tuviera que efectuar la primera prueba. Triunfo, ya que Bellamy evidentemente

creía haber estado lo suficiente preparado para tomar parte en esta aventura. Alivio, por como Blakely leyó en el rostro de Ridgeway y se dio cuenta de que no iba a resistirse.

—Claro —replicó a Bellamy, tratando de que su voz no sonase demasiado áspera—. Estaré encantado. Será una experiencia visitar otra vez mi pasado. —Esas palabras singulares habían sido pronunciadas y su piel fría pareció ponerse en carne de gallina. La Lanzadera se cernía allá arriba en las sombras, una telaraña reluciente de amenazas. ¿Qué pensaría Madge de todo esto? Bueno, si algo le pasaba quedaría bien provista. Los científicos suelen correr con frecuencia riesgos graves. Por un lado su carácter frenéticamente le aseguraba que un matemático no debía enfrentarse a un caso tan sinceramente terrible como ésta. Ya le parecía ser demasiado tarde. No había nada que pudiera hacer, excepto poner buena cara.

Blakely se le acercó más.

—No le pasará nada, Spencer —murmuró—. Se lo juro. Tome estas tizas y cuando usted… cuando usted… llegue… marque la posición de sus pies. Cuando se presente el momento de volver, coloque los pies en esas marcas. ¿Dónde y cuándo desea ir?

Ridgeway soltó una risita. ¿No parecía una locura? ¿Dónde y cuándo desearía ir en su propio pasado? Pero, en realidad, lo sabía. Su mente subconsciente debía haber estado ya solucionando este problema.

—Londres, jardines del Embankment, a las tres de la tarde del lunes 20 de mayo de 1939 —dijo con viveza—. Ahí es donde y cuando quiero ir. ¿Puede hacerlo?

Blakely asintió y avanzaron hacia el computador de la esquina del local.

—Yo no puedo decirle lo que lamento que sea usted, Spencer —murmuró Blakely cuando se plantaron delante del murmullante aparato—. Mire, ese bestia es lógicamente correcto. Yo soy el único hasta ahora que comprende lo bastante de la Lanzadera para hacerla funcionar y asegurar un perfecto retorno.

—Usted lo siente —murmuró Ridgeway—. ¿Qué cree que experimento yo?

—Se preparaba usted para ir cuando lo decidimos antes de su llegada —destacó Blakely—. ¿Me cree usted si le doy mi palabra,

que por lo que sé, estará tan a salvo ahí arriba como yo ante los mandos? Todo depende de lo que hagamos ahora.

—A salvo —murmuró Ridgeway, humedeciéndose los resecos labios—. A salvo tras ese perro y aquella cosa verde y luego con lo que le ocurrió a Harley…

—Eso no le pasará a usted, viejo amigo —anunció Blakely con firmeza—. Ahora, al trabajo. Jardines del Embankment, Londres, a las tres de la tarde, lunes, 20 de mayo de 1939, ¿eh? Eso va a exigir un cálculo bastante riguroso. ¿Está preparado?

Ridgeway emitió una áspera risa.

—¿Así que el condenado tiene que erigir su propio cadalso?

—Eso es algo que usted puede hacer mejor que yo, Spencer —contestó Blakely con suavidad. Ridgeway vio que trataba de controlar la situación que le ocupaba y durante un momento una triste envidia le recorrió ante la enorme satisfacción que su amigo debía estar sintiendo al ver inminente la primera prueba real de su amada Lanzadera. Pero cuadró los hombros, rechinó los dientes y se sentó en el taburetito de delante del panel de suministro de datos.

Les costó unos quince minutos proporcionar los datos y fueron cinco segundos más tarde cuando las cifras salieron perforadas en las cintas metálicas. Blakely las tomó y regresaron al panel de la Lanzadera.

—Estamos preparados, señor Bellamy —anunció con suavidad.

—Ya se ha perdido bastante tiempo —respondió el multimillonario y miró con fijeza a Ridgeway—. Parece asustado, doctor Ridgeway. ¿Tiene alguna duda acerca de esto?

Ridgeway hizo un esfuerzo supremo. La risa que apareció en sus labios trataba de demostrar una confianza indiferente. No le importó mucho tener éxito, pero necesitaba intentarlo para bien de Blakely y de él mismo.

—¿Y por qué iba a tener dudas? —preguntó—. La Lanzadera es perfecta. Si usted está preparado para ir, yo también.

El rostro del hombre en la silla de ruedas era más inescrutable que nunca, cuando se volvió a Blakely.

Como un hombre con una horrible pesadilla, Spencer Ridgeway se dejó llevar hasta el pie de la ligera escalera metálica.

—Si esto le sirve de algún consuelo, Spencer —murmuró Blakely a su lado—. Diré que es la cosa más valiente que he visto jamás

hacer a un hombre. Después será usted mi socio en esta empresa.

—¡Valiente! —murmuró Ridgeway con cinismo—. Con todo este rebaño de gangsters cerca. Y si me negase, firmaría mi sentencia de muerte tanto como lo hago al aceptar el experimento. Yo sólo espero que el cielo a donde voy a ir valga la pena y compense a la Ciencia y al Mundo.

—No se olvide, viejo —dijo Blakely muy serio cuando Ridgeway se plantó en la plataforma—. En cuanto usted llegue, marque con tiza en torno a sus pies en donde se encuentre. Hemos ajustado los relojes. Voy a enviarle veinticuatro años al pasado suyo, Spencer. Estará allí quince minutos. Catorce minutos a partir de ahora, y entonces debe de encontrarse con los pies dentro de las marcas de tiza. El ir y volver no representará ningún movimiento para usted, pero de todas formas le ruego que permanezca tan quieto como le sea posible. La translación actual tardará unos dos segundos. Contenga el aliento tan pronto como vea que la Lanzadera empieza a girar. Le veré dentro de un cuarto de hora.

Las fantasmales espirales de la gigantesca Lanzadera brillaban a su alrededor. A través de los cables y de las barras podía ver, abajo, en el suelo, a la figura regordeta de Blakely, debido a la perspectiva, que ya estaba colocando en su sitio el primero de los conmutadores de energía. La Lanzadera comenzó a girar, completamente en silencio. El terror de Ridgeway le inundó como una especie de diluvio y ansió desesperado salir de entre aquel laberinto de cables delicados y saltar hasta el suelo. Para escapar, por cualquier medio posible de aquella horrible condena que caía sobre él, hubiera sido capaz de todo. Por su cerebro corrieron tímidos recuerdos del perro muerto en aquella brutal cabeza verde, inmortal horror en el rostro de Harley cuando su cuerpo se disolvía en una caricatura de forma humana. Cada músculo de Ridgeway le dolía con la tensión del enorme control que ejercía sobre sí mismo. Y entonces… como si se encontrase flotando en medio del aire sin que nada le rodease…

La plataforma seguía allí a sus pies y la notaba firme. Pero la Lanzadera se había ido, desvanecido por completo. No tuvo tiempo de pensar en esto sino contener su aliento y entonces, allá abajo, vio cómo Bob empujaba el último de los dos grandes conmutadores. Nunca vio el regreso a la visibilidad de la Lanzadera porque, mientras perdía su inercia instantáneamente y descansaba, el

cobertizo desapareció de su alrededor y se encontró solo, al descubierto, sin la plataforma, plantado rígido en la nada y con sus pulmones amenazando estallar por el esfuerzo de contener la respiración.

Estaba al aire libre, pero no en tierra y cielo. Todo era gris, o mejor, monocromo. Sin rasgos y vacío. No había tierra, ni cielo, ni nubes, ni sol. De alguna forma oscura, recordando parte de las charlas que tuvo con Blakely sobre esto, se dio cuenta de que se encontraba en el intersticio entre su propio Continuo de Espacio-Tiempo y aquella región ignota del Cosmos solamente conocida, si es que se la conocía, con el nombre de Quinta Dimensión.

Oyó el tintinear de las campanillas de los tranvías en aquel instante y sorprendido se permitió un suspiro. Luego se produjo un pequeño sobresalto y quizás cayó media pulgada y se encontró plantado en la acera de los jardines del Embankment. Le rodeaba gente, paseando o sentándose en los bancos. Muchas palomas revoloteaban o picoteaban en torno a la parte en donde se encontraba, mientras la gente les echaba grano y migajas de pan para que comieran. El sol era cálido y confortante y todo el zumbido atareado del poblado Londres continuó sonando a su alrededor.

Aspiró una profunda bocanada de aire con satisfacción y alivio. Después de todo, la cosa resultó bien. Lo había conseguido. Había aterrizado en su propio pasado, veinticuatro años atrás. ¿Pero cómo sabía que eran veinticuatro años? El sonar de los tranvías constituyó una prueba. No habían tranvías en el Embankment de 1963. Miró con fijeza a su alrededor. Las mujeres se vestían de modo distinto, claro. Era 1939, de eso estaba seguro. Luego la primera realidad de lo que le había pasado cayó sobre él con tan gran violencia que por poco se desploma allá donde estaba en pie. La Lanzadera de Blakely era un éxito completo. El hombre había hecho lo que dijo que haría. Él, Ridgeway, había regresado a su propio pasado de veinticuatro años atrás, ileso. ¡La tiza! Soltó una risita y sacando una barra, se agachó y marcó la posición de sus pies en donde estaba plantado. Se enderezó, quedándose mirando a los ojos de un completo desconocido.

El hombre era un vagabundo, vestido con ropas indescriptibles, con la barba crecida en un rostro sucio.

—Hola, amigo —dijo el hombre—. ¿Qué es lo que pretende? No se permite escribir sobre la acera. Hará que le persigan los policías. ¿Se encuentra bien? Tiene usted un aspecto bastante raro. ¿Le ocurre algo, joven?

¡Joven! Ridgeway oyó las palabras con alegría. ¡Joven! Entonces hizo una pausa. En 1963 tenía 49 años. En 1939 tenía 25. ¿O los había *tenido*? Ahora se encontraba aquí, en 1939 y manifiestamente poseía sólo veinticinco años de edad. Una mirada a sus manos se lo dijo. Miró frenético el rostro del vagabundo. Tenía que librarse de aquel individuo.

—Perfectamente bien, gracias —rió y se metió la mano en el bolsillo—. Gracias por preguntármelo. Tome, beba a mi salud, ¿quiere?

—Cáscaras, toda una media corona —sonrió el vagabundo mientras tomaba la moneda—. Es usted un caballero, amigo, y no me equivoco. Me alegraré de beber a su salud. Hasta la vista, hermano. No haga que los policías le vean jugando con esa tiza. —Se fue arrastrando los pies y Ridgeway comenzó a caminar despacio hasta una balaustrada de piedra que rodeaba uno de los macizos florales.

El jardín estaba del todo lleno. Había gente por doquier, algunos caminaban y otros estaban plantados y hablando, u ocupando todos los asientos. Se sentó en la piedra con los ojos fijos en las marcas de tiza de sus pies. Consultó su reloj. Habían pasado sólo dos minutos. Le quedaban doce más.

Su mente regresó al cobertizo de Yorkshire, allá en el futuro, en 1963. Pudo imaginarse el rostro ansioso de Blakely mientras estudiaba su reloj; podía ver el rostro áspero e inescrutable de Bellamy, y las duras caras inexpresivas de sus secuaces. La vacía Lanzadera se cernería en la semioscuridad de la parte superior del cobertizo. ¡Doce minutos! Ahora sólo quedaban ya once.

Soltó una risa muda dentro de sí. No tendría tiempo para hacer ninguna de las cosas que quizás pretendieran realizar otros hombres. No podría ir a una oficina postal o a un banco y abrirse una cuenta a interés compuesto a su nombre con todo el dinero que llevaba encima. Eso serviría para labrarle una pequeña fortuna en 1963. Pero evidentemente no hizo nada por el estilo en 1939, porque en 1963 no tenía con certeza… no tendría ninguna fortuna

(¿cómo diablos pueden expresarse cosas así?). Le era fácil comprar acciones… no, a las tres de la tarde ya estaba cerrada la bolsa, ¿no era cierto? De todas maneras, no le interesaba ninguna cosa de esas.

Una idea le asaltó. Esto era 1939. Después de Munich. Por delante yacía la agonía de 1939. Aquellos primeros meses asustados, luego la maldita guerra, la caída de Francia y el esclavizamiento de Europa. La batalla de Inglaterra, la invasión, el Día D, Hiroshima… contuvo el aliento. ¿Qué iba hacer? ¿Debió dirigirse a Downing Street y ver al Primer Ministro… que entonces era Chamberlain… no era cierto? Quizás debería ir a uno de los periódicos nacionales y contarles su historia. Antes de 1935, digamos, le habrían tomado por loco. Pero en 1939, después de Munich, quizás le tomaran en serio. Claro, sabía que no había la menor posibilidad de llegar a ninguna parte cercana al más ínfimo de los Secretarios del Primer Ministro, menos aún al editor de un periódico nacional. Además, tampoco había venido aquí a eso. No tenía porqué hacerlo. Consultó su reloj. Le quedaban sólo diez minutos. Ya debería estar a punto de regresar. Era un momento en su vida que jamás olvidaría.

Sí, allí estaba ella, caminando despacio por la acera, mirando a las palomas que picoteaban en torno a sus pies. Él la contempló fascinado. Era Madge, de eso estaba seguro, pero una Madge cambiada e ir reconocible. Pequeña y esbelta, vestida con las ropas singulares de 1939, parecía una desconocida por entero. Medio se levantó de su banco de piedra y luego volvió a dejarse caer sentado. Pero supo en aquel instante que toda su vida había cambiado desde aquel momento.

Una sombra como una nube cruzó por su mente. Notó que estaba mirando a aquella hermosa muchacha por primera vez y sin embargo le parecía conocerla de toda la vida. Aquella chica le era desconocida y sin embargo sabía todo cuanto se podía saber de ella. Se supuso que aquello era amor a primera vista, el flechazo. Volvería a su clase en la Universidad de Londres y se metería de nuevo con los libros de matemáticas, pero toda su vida acababa de quedar cambiada por este momento. Ella llegó a su altura y él se puso en pie de un salto. A través de su mente se movió un fantasma. De algún modo raro sabía ya lo que iba a decir. ¿Pero cómo podía saberlo? Todavía no había dicho nada y su mente estaba blanca por

completo de palabras que encajasen en la ocasión.

—Hola —jadeó mientras ella le pasaba por delante y la vio detenerse y sonreírle. Resultaba muy banal, pero así había sido, ¿no es cierto? Un retazo de memoria cruzó por su mente y en un instante fantasmal supo lo que iba a contestarle ella.

—Hola —murmuró animosa—. Ya me preguntaba cuándo tendría usted valor suficiente para hablarme. ¿Tiene sitio para mí?

Con cierta torpeza la condujo hasta la balaustra de piedra y se sentaron juntos, ella riendo y él abrumado. De modo que la muchacha le había visto antes y aquí, en los jardines del Embankment. No era eso extraño, porque siempre solía pasear por ahí en su tiempo libre, al igual que la mujer. Ella se había fijado ya en él. ¿Por qué no recordaba haberla visto antes? ¿Era que le quedaba bastante de su ser de 1963 como para borrar los recuerdos de su ser de 1939? ¿Habían dos como él? Eso era una profunda tontería. Se llamaba Spencer Ridgeway, estudiante de la universidad de Londres, ¿no? ¿Cómo podrían haber dos iguales a su persona? ¿Y qué era este estúpido pensamiento acerca de 1963? Una fecha bastante rara la que había saltado a su mente.

—Hace calor hoy, ¿no? —dijo ella y él asentía con torpeza. No encontraba palabras que decir, su mente giraba atorbellinada, con una velocidad vertiginosa. Apenas se daba cuenta de la presencia de la mujer a su lado.

—¿Cree usted que habrá guerra? —preguntó ella con delicadeza —. Ese Hitler debe de ser bastante raro. Tiene gracia la adoración que sienten hacia él los alemanes, ¿verdad? No me imagino que ninguno de nosotros adore al viejo Chamberlain con su paraguas, ¿y usted?

—Oh, habrá guerra, sin duda —balbuceó y ella se le quedó mirando—. Estoy seguro —concluyó él casi arrepentido.

—Bueno, supongo que tiene usted razón —murmuró ella juiciosa—. Es algo que no podemos evitar, ¿verdad? Las chicas de la oficina siguen diciendo que Hitler no se atreverá a atacar al Imperio Británico, pero…

—No nos atacará —dijo Ridgeway con torpeza—. Es demasiado listo para eso. No, somos nosotros quienes le declararemos la guerra.

—Todo un profeta, ¿no es verdad? —La muchacha sonrió—.

Debería escribir los horóscopos de los periódicos. Mire, jamás me han interesado mucho en realidad. La astrología, la numerología y esa clase de cosas. Predecir el porvenir. ¿No sería fascinante que uno pudiese decir lo que va a ocurrir en el futuro?

Una mano fría pareció apretarle el corazón. Esta conversación, tan diferente y casual, tan ordinaria, se había acercado mucho al corazón sangrante de todo el asunto. Un brillo frenético apareció en sus ojos, un peso oneroso pareció descender sobre sus hombros. Ella le tocaba en el brazo.

—Mire allí —dijo riendo—. Igual que Robinson Crusoe, dos huellas de tiza. Alguien ha estado jugando.

La miró torpe y luchó por estirar la manga de su americana y ver la esfera de su reloj de pulsera. Dio un golpe al brazo de su vecino, que murmuró por lo bajo. Pero Ridgeway no le oyó. Había un rugido en sus oídos y la sangre cruzaba sus venas con fuerza torrencial. ¡Habían pasado catorce minutos desde que entrara en la Lanzadera! Forcejeó por ponerse en pie y fue hasta las huellas marcadas. Colocó los pies en ellas y por un momento que le pareció una eternidad contuvo el aliento. ¿Debería volver o quedarse? ¿Debería permanecer aquí y vivir otra vez estos veinticuatro años? Una nube envolvió su mente y supo al instante que aquello era imposible. Si se quedaba, algo trataba de decirle, su personalidad de 1963 se vería absorbida en su ser de 1939 y el hombre de 1963 se desvanecería junto con el esquema de las cosas, desaparecería hasta que reapareciese veinticuatro años más tarde en el curso normal de un ser predestinado.

Permaneció plantado en las marcas de tiza y miró hacia atrás a Madge. Pero ella también se había levantado y le agitaba la mano con ligereza.

—Bueno, adiós —le decía y sus palabras parecían llegarle a los oídos como desde larguísima distancia—. Aquí viene mi amiga. ¿Nos veremos mañana?

Ella le dio la espalda y se alejó y él añoró perseguirla. Había mucho trecho desde 1939 a 1963. Pero su cerebro vacilaba y supo que existía allí algo que debería recordar.

Ah, sí, debía mantenerse rígido, tenía que contener el aliento. Su último sonido fue el mismo que su primero, el tintinear de uno de los viejos tranvías. El murmullo de las palomas se desvaneció, el sol

se fue y las nubes y los árboles. La fantasmagoría desapareció de su alrededor y él se halló de nuevo en lo gris, en el espacio incoloro entre los universos.

La Lanzadera se detuvo con brusquedad y él exhaló el aliento con violencia. Blakely le aguardaba en la pasarela, su rostro destellando con anticipación y triunfo. Como un torrente de agua rugiente, su voz entró por los oídos de Ridgeway y eso fue demasiado para él.

Sus ánimos cedieron antes de que hubiese terminado tan aniquiladora experiencia. El sudor le corría por el cuerpo y temblaba con todos sus músculos mientras daba un paso vacilante de la plataforma a la pasarela. Fueron sólo los brazos de Blakely quienes le impidieron caer sin sentido los casi quince metros de altura que le separaban del suelo de cemento.

VI

Madge Ridgeway había estado en los aserraderos sólo una vez antes, nueve meses atrás cuando se inició el proyecto. Así que apenas la conocían los porteros y fue sólo por casualidad que se tropezó con Wilfred Marks, el hombre de Relaciones Públicas y que permitió su entrada. Marks se encontraba en la puerta hablando por la mirilla a un grupo de reporteros del exterior.

Ella había dejado el coche en los alrededores de una densa turba que sitiaba las verjas del aserradero. Tenía una ansiedad tan grande que pareció darle fuerzas permitiéndola abrirse paso a codazos y violentamente a través de la multitud. Rostros coléricos se volvieron hacia ella y oyó maldiciones mientras continuaba avanzando. Sin la menor ceremonia se coló por entre dos periodistas y se enfrentó a Marks.

—Señor Marks —jadeó—. Déjeme entrar en seguida. Estoy muy preocupada por Spencer. No le he visto desde ayer por la mañana.

Wilfred Marks le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—No tiene porque preocuparse, señora Ridgeway. El doctor Ridgeway y el doctor Blakely han estado encerrados en la sala de la Lanzadera durante toda la noche. Algo que es del mayor secreto. Pero se encuentran bien. Se les ha enviado la comida de la cantina…

—Necesito verle en seguida —dijo Madge, su alivio comportándola algo de tranquilidad—. Tengo que verle, para sentirme más conforme. Yo no sé qué trabajo están haciendo aquí y a veces tengo algo de miedo. Me telefoneó, pero hace ya varias horas.

—Me temo que eso será del todo imposible, señora Ridgeway —dijo Marks—. Mire, acérquese a la puerta y la haré pasar. —Alzó la

voz y llamó a un policía—. Acompañe a esta señora, ¿quiere? Es del personal.

Al instante Madge se encontró con que un periodista la cogía por los brazos. Otros vinieron sobre ella desde todas partes.

—¿Cuál es la historia, señora?

—¿Por qué ha venido aquí Ben Bellamy?

—¿Están fabricando un arma secreta?

—¿Es verdad lo del rumor que indica que un espía del Telón de Acero logró entrar?

—Sólo una declaración, señorita, algo para mi periódico.

Para cuando logró llegar a la puerta acompañada por un corpulento gigante, Madge se sentía como si hubiese recibido una paliza. Cuando por último logró pasar por entre las verjas en medio de un aullido de cólera frustrada de la multitud, se sacudió el pelo y trató de recobrar el aliento.

Marks la aguardaba y condujo a la portería, la hizo entrar a la caseta y la señaló un taburete.

—Ahora, mire, señora Ridgeway —dijo—. Debe creerme cuando le digo que su marido se encuentra bien. En realidad es un trabajo del mayor secreto lo que se está haciendo aquí. Ni siquiera yo, y estoy al cargo de la publicidad y las Relaciones Públicas, conozco lo que hay dentro del cobertizo. ¡Publicidad! Bueno, lo tenemos todo menos eso. Pero supongo que ahora seremos un pozo de noticias, después de la llegada de Bellamy.

—¿Bellamy?, no comprendo —repuso Madge, respirando agitada —. He oído hablar de Bellamy; es quien financia el asunto. Pero ¿qué hay de él?

—Por eso la dejé entrar, señora Ridgeway —contestó Marks—. Por eso no me atrevo a molestarles ahí adentro. Tenemos al señor Ridgeway, a su esposo, hablando con el importantísimo y grande Bellamy. Ahora puede darse cuenta de que todo va bien. No han habido llamadas telefónicas de dentro y deben de haber desconectado porque si les llamamos no responden. Siguen las pruebas secretas, diría yo. De hecho, es la primera vez que Bellamy ha estado aquí.

—Eso son tonterías —dijo Madge Ridgeway y se puso en pie, el aliento recuperado, su ansiedad mucho más disipada pero igualmente decidida a ver a Spencer de inmediato—. Voy a entrar

ahí adentro ahora, señor Marks. No trate de detenerme. ¡Persona importante! Mi marido Spencer es la única persona importante en ese viejo aserradero, por lo que a mí respecta.

—Yo no me atrevo a dejarla pasar, señora Ridgeway —imploró Marks. Se estremeció involuntariamente mientras recordaba aquellos hombres de rostro siniestro con las manos en los bolsillos de la americana que rodearon las silla de ruedas cuando ésta desapareció dentro del aserradero—. Mire, digo, señora Ridgeway, vuelva…

Saltó tras ella, pero era ya demasiado tarde. La mujer cruzaba el patio por entre los grupos de trabajadores y técnicos que aún estaban hablando y mirando hacia las blancas ventanas del aserradero. Llegó a la puerta principal antes de que Marks la alcanzase y entonces se enfrentó a una barrera mucho más persuasiva que la diplomacia del encargado de Relaciones Públicas. Esta barrera la constituyó un hombre alto con el rostro petrificado en una expresión dura y que le cerró el paso sin decir palabra.

—Déjeme entrar, por favor, necesito hacerlo… —dijo ella imperiosa, pero no hubo cambio en la cara inexpresiva del individuo.

—Va contra las órdenes, señora —fue el sonido que salió de los estrechos labios—. No se permite la entrada a nadie. Órdenes, señora, lo siento.

—Absolutas tonterías —exclamó Madge y pasó junto a él y puso la mano en el pomo.

—Atrás —dijo el guardia con sequedad—. Tengo órdenes y son claras. No soy responsable de lo que pueda pasar si…

Pero la mujer no le hizo el menor caso y trató de girar el pomo. Luego se volvió hacia él con frialdad:

—La llave, por favor.

Entonces llegó Marks jadeando.

—Señora Ridgeway —murmuró—. Debe creerme, es realmente imposible.

—Diga a ese rufián que me entregue la llave de la puerta —ordenó ella con la máxima frialdad—. Y basta de tonterías en este caso. Voy a entrar, así que será mejor que ambos lo comprendan.

Marks se plantó jadeando, mirando de ella al guardia. Este dejó caer sus hombros y lanzó una sonrisa enfermiza.

—Mire —dijo Marks al vigilante—, esta señora es la esposa de uno de nuestros altos empleados; del encargado del lugar. Quizás, si usted no la deja entrar, el señor Bellamy se enoje. En Inglaterra no estamos acostumbrados a los métodos que utiliza el señor Bellamy, sépalo usted.

—Mis órdenes… —comenzó el individuo, pero habló muy despacio y por fin su rostro delgado tuvo expresión, una expresión de duda.

—La llave, hombre —repitió Madge—. No tengo todo el día para esperar. Su señor Bellamy puede creerse dueño del lugar y de todo lo demás, pero mi marido no le pertenece. La llave.

De mala gana y despacio el hombre sacó la llave del bolsillo y se la entregó. Marks volvió a suspirar y la vio abrir la puerta y desaparecer dentro. Regresó a la verja de entrada para prepararse para la explosión que tendría lugar dentro del aserradero.

Madge Ridgeway se quedó inmóvil apenas dio unos cuantos pasos dentro del recinto. Se sintió momentáneamente abatida por el silencio y la fantasmal solemnidad del lugar. Nadie parecía reparar en ella y sus ojos comenzaron a recorrer el gran cobertizo, fijándose en los guardias en cada puerta, luego en el grupo del centro, junto al iluminado panel de instrumentos… Entonces sus ojos se vieron atraídos por una visión fantasmal de aquella monstruosa telaraña que colgaba entre las escaleras y las pasarelas. Era la primera vez que veía la Lanzadera.

Su visión la dejó aterrorizada. De inmediato, la seguridad y el vigor parecieron disiparse de su personalidad y se sintió muy pequeña y muy sola. No había rastro de Spencer y por más que esforzó los ojos registrando toda aquella cosa y los rostros de las figuras presentes, nada pudo ver. No se encontraba a la vista. Empezó a correr hacia adelante y luego se detuvo cuando vio al individuo de frente al panel mover los brazos. Advirtió que era Blakely y que manipulaba diversos interruptores. Madge alzó los ojos ante aquel enorme caparazón de cables y espigones y vio que ahora se movía. Giraba despacio, como la Lanzadera de una rueda anticuada. Giró más y más de prisa y entonces… como una bocanadita de humo en medio de un vendaval, desapareció. La mujer se detuvo sorprendida. ¿Qué era todo esto y dónde… por qué… se había desvanecido?

Trató de gritar, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Vio como Blakely extendía el brazo de pronto y colocaba en su sitio dos grandes interruptores. Y la Lanzadera volvió. Muy en silencio y sin espectacularidad, tornó a estar en su sitio. Pero esta vez no se la veía vacía. En esta ocasión, había una figura humana plantada, las piernas juntas y los brazos pendiendo de sus costados. Su alivio fue como una oleada de bienestar recorriendo todo su ser al advertir que era Spencer. Como si la hubiesen soltado de una trampa, ella se adelantó corriendo, llamándole.

Blakely se le anticipó y comenzó a subir por la escalera. Le vio extender el brazo y coger a Spencer mientras su marido se tambaleaba saliendo de la Lanzadera. Estaba lastimado, quizás herido. ¿Adónde había ido? ¿Por qué apareció de pronto dentro de la Lanzadera? No había puerta ni ninguna otra abertura… aquella cosa pendió del aire como un huso monstruoso ampliado fuera de toda proporción.

Fascinada vio cómo Blakely ayudaba a bajar a su marido por la escalera y luego se adelantó. Se enfrentó a Blakely, los ojos llameantes.

—¿Qué le ha pasado? ¿Dónde ha estado? ¿Qué es lo que le ha hecho?

Blakely la miró, la fiera alegría de su cara desvaneciéndose.

—¿Qué hace usted aquí? No debería haber entrado. ¿Quién la dejó pasar?

—Yo misma —exclamó ella—. Vamos, déjeme que me lo lleve. Doctor Blakely, si algo le ha pasado, haré que le castiguen. Está inconsciente. ¿Qué clase de diabólico trabajo hacen ustedes aquí?

—Su marido era mi socio, Madge —murmuró Blakely—. Y estoy orgulloso de decirle que ha sido el primer hombre que ha utilizado la Lanzadera… y regresado vivo.

—¡Regresado vivo! —Le miró horrorizada—. ¡La Lanzadera! Esa gran cosa de ahí arriba. ¿Qué es? ¿Y por qué no tenía que volver vivo? ¿Adónde fue?

Se acercó a la silla de ruedas y Bellamy miró con frialdad a la mujer.

—Supongo que es usted la esposa de Ridgeway —dijo el millonario con tono glacial—. No sé cómo ha entrado. Pero ya está dentro. Tiene usted mucha suerte, señora. Sí… su marido… si se

cumplen ciertas condiciones, usted y él serán poseedores hoy de un millón de libras.

—Un millón de libras… oh, aquí están todos locos —exclamó ella—. Déjeme verle. Cuanto antes le saque de este manicomio y le lleve a un médico, mejor. Les prevengo a todos, millonarios o pobretones…

—No tiene porque preocuparse, Madge —rió Blakely—. Spencer está ya recobrando el conocimiento. Todo fue una impresión terrible para él.

—Pudo haber matado a cualquier hombre… usted no tiene idea. Mire, fíjese cómo vuelve en sí.

La mujer se arrodilló y colocó la cabeza de Spencer sobre su rodilla. El hombre estaba pálido y su rostro húmedo, pero cuando abrió los ojos había alegría en ellos, una alegría que la impresionó quizás más que lo que lo hiciera su estado inconsciente. Spencer luchó por sentarse y la cogió por los brazos.

—Madge, querida mía, tuve éxito. He estado allí y he vuelto. Madge, tuve miedo de perderte para siempre después de esos pocos minutos en que nos conocimos por primera vez en el año 39. Luego, un minuto más tarde, llegaste. Madge, ¿recuerdas ese primer día en el Embankment? Recapacita, ¿no te acuerdas nada de dos huellas marcadas con tiza en la acera?

Ella le miró con aire trágico, las lágrimas agolpándosele en los ojos.

—Spencer —murmuró—. Estás loco. ¿De qué tonterías me hablas? ¡Huellas marcadas con tiza! Spencer, dímelo, ¿a qué viene todo esto? ¿Dónde estuviste antes de que te viese aparecer en esa Lanzadera? ¿Es alguna especie de juego de magia? Y yo que creí que Blakely y tú trabajabais en algún invento científico.

—Lo hacíamos, Madge, lo hacíamos —dijo él, los ojos llameando mientras luchaba por ponerse en pie. Miró a su alrededor, a Madge, a Blakely y al rostro áspero de Bellamy medio agazapado en su silla de ruedas, las manos aferradas a los brazos del asiento—. Todo es verdad —gritó—. Todo es verdad. Ahora estoy en 1963 y acabo de venir de 1939. Era joven, tan joven como lo fui en el 39. Y te conocí, Madge, te vi por primera vez. ¿No te acuerdas de aquel cálido día de mayo en los jardines del Embankment?

Ella se había plantado mirándole con atención. Conocía muy

bien a su marido y era del todo imposible que por muy trastornado que estuviese dijera tantas tonterías como las que estaba escuchando.

—Spencer —dijo tranquila—. Ponte la americana y te llevaré a casa. Has sufrido alguna experiencia que parece haberte impresionado profundamente. Un sueño reparador te dejará en buen estado. Después, hablaremos.

—Ahí es donde se equivoca, señora Ridgeway —le llegó la voz de Bellamy—. Vamos a hablar aquí y ahora. Blakely, tiene una habitación en algún lugar de este almacén. Nos iremos a ella y discutiremos del asunto. Usted, yo y el doctor Ridgeway. Necesito aprender mucho antes de ocupar su lugar dentro de ese aparato.

—Claro, señor Bellamy —dijo Blakely con suavidad. Pensaba que vivía su día de triunfo. Esta era su oportunidad. Y tenía que darle las gracias al querido Spencer. Ahora, después de que se fuese Bellamy, él, Blakely en persona, apenas podría aguardar a efectuar experimentos con la Lanzadera. Comenzó a abrir la marcha hacia el rincón más lejano del cobertizo, pero Madge Ridgeway se le interpuso.

—Insisto en llevarme a casa a Spencer —dijo con fiereza—. Todos ustedes, grandes chiflados, pueden pensar en sus chismecitos científicos o en su gabinete de prestidigitación. Él es mi marido y trato de que se ponga bien. ¿Es que acaso ustedes no tienen la menor consideración hacia un ser humano? Échenle una mirada y se darán cuenta de que acaba de sufrir alguna especie de terrible conmoción.

—Madge, Madge —rió Spencer Ridgeway—. Todo va bien. Estoy mejor que nunca. Y por primera vez desde que empezó el proyecto, soy feliz. Si pudieses saber lo que ocurrió. Quiero contarlo. Quiero decir todo lo que ocurrió mientras estuve… estuve fuera. Cuando haya pasado, volveré a casa y ambos descansaremos. Ahora, vete tú, sé buena chica. Te acompañaré en cuanto me sea posible. Utilizaré el coche de Bob, si tú te llevas el nuestro.

—Spencer Ridgeway —repuso ella—. Eres el hombre más exasperante. No me marcharé de este maldito lugar a menos que vengas conmigo.

—¿Entonces se nos unirá la señora Ridgeway? —Era la fría voz del millonario que hablaba desde su silla de ruedas y le hacía gestos

a la mujer para seguir adelante. Blakely empezó a andar; no quería que Madge se enterase de lo de la Lanzadera. Pero se encogió de hombros. Ahora la cosa se le escapaba de las manos. De todos modos, el proyecto ya había salido de su etapa experimental. Era un Hecho; un Hecho científico, triunfador, destellante, probado más allá de toda duda, probado hasta el máximo. Cuanto antes se enterase el mundo de esta proeza, mejor. Él sería rico y famoso. Los muchachos de Cambridge y los viejos burros de la Real Sociedad le vitorearían como un segundo Newton cuando el trabajo de este día hubiera terminado.

Ablandada, Madge entró en el dormitorio-sala de estar que era el hogar de Blakely. Los tres hombres la siguieron, Blakely y Ridgeway balbuceando alegres… sólo Bellamy se mostraba frío y distante, como siempre.

Blakely sirvió bebidas y Spencer Ridgeway, el estólido, el matemático poco emotivo, alzó su vaso con un grito.

—Brindemos —casi cantó—. Un brindis por la Lanzadera, la Lanzadera que librará a la humanidad de las argollas de hierro del Tiempo. La Lanzadera que ahora, por fin, dejará libre al hombre del Tiempo y del Espacio, de todas las dimensiones y de todas las formas. ¡Por la Lanzadera!

Sólo Madge no bebió y dejó su vaso intacto.

—Parece como si soy yo la única que no conoce nada acerca de esta tan preciosa Lanzadera —dijo con frialdad—. Antes de que empecemos, ¿no sería más indicado que alguien me contase de qué va todo este asunto?

—Perdóneme, señora Ridgeway —anunció Bellamy con su fría voz—. Pero usted está aquí por compromiso. Todo este proyecto, este aserradero, me pertenecen por entero. La Lanzadera es mía. Yo pagué a su marido y a Blakely para que la construyeran.

Madge se volvió a Blakely y Spencer.

—¿Es verdad?

—Bueno, en cierto modo —le contestó su marido. Durante un momento vio cómo Blakely dudaba y un relámpago de cólera apareció en sus ojos. Luego él también soltó una carcajadita y la sonrió.

—En cierto modo, Madge —corroboró—, se puede decir que esto es verdad.

—Es cierto bajo todos los aspectos, Blakely —intervino con agudeza Bellamy—. Le di a usted diez millones para que construyese esta Lanzadera. ¿Lo ha olvidado?

—Diez millones —jadeó Madge Ridgeway y por primera vez desde que había entrado en el edificio se sintió abrumada—. ¡Diez millones! —Miró a su marido.

—Ahora, doctor Ridgeway, por favor —continuó el millonario, satisfecho por último de verse al mando de la situación—. Me gustaría oír su historia. Del éxito del traslado me siento probablemente seguro. Usted desapareció de dentro de esa Lanzadera. Uno de mis hombres, una persona de mi confianza, entró mientras usted estaba fuera. Y luego, quince minutos más tarde regresó usted. Acaba de decir… pero le dejaré que me convenza.

—Señor Bellamy —habló Ridgeway con franqueza—, le confesaré ahora mismo que hasta hoy sólo creía a medias en este aparato. No crea que por trabajar con Bob y aceptar su dinero yo renunciaba a ejercer por mi parte algo de crítica. Si pensara usted como la mente de un científico, comprendería lo que quiero decir. Cada fibra de mi ser, cada célula de mi cerebro, me decían que esta cosa monstruosa era imposible. Para mí, lo que intentábamos era trastear con la estructura de todo Ser, es decir, con el Cosmos, lo que era, y siempre será, un mundo sin fin. En teoría, trasponer un objeto de un período de tiempo a otro debería de ser posible. O bien se cree que el Tiempo Pasado está muerto y que no existe y que el Futuro todavía no se ha formado, y que el instante del Presente Eterno es todo lo que tiene existencia objetiva. O también se puede creer, como yo, siendo un hombre con formación religiosa, que todo el Tiempo Pasado y todo el Tiempo Futuro existen eternamente en el cerebro del Ser Supremo…

—Doctor Ridgeway —intervino Bellamy con sorprendente educación para un hombre de su categoría—, me perdonará, pero no me interesan ni pizca sus teorías esotéricas sobre el Tiempo. Tengo mis propias ideas acerca del Pasado, Presente y Futuro. Todo lo que me preocupa es la posibilidad de hacer lo que yo pretendo con esa Lanzadera. Presumo que sabe usted lo que es. Entonces, aténgase a los hechos, hombre.

Ridgeway soltó una fácil risa. Aquel magnate ya no podía

asustarle.

—Tendrá que ser a mi manera, señor. Usted me vio desaparecer. A los dos segundos había regresado a 1939, con el cerebro y el cuerpo que tenía en aquel año. Poseía 25 años de edad y me encontraba en el Embankment del Londres de 1939.

—¿Encontró prueba de eso? —preguntó Bellamy con rapidez—. ¿Quizás un periódico con la fecha?

—Sabe usted bien —rió Ridgeway—, que nunca se me habría ocurrido algo por el estilo. El tintinear de los viejos tranvías me pareció bastante prueba. Y la forma de vestir de la gente. Oh, Madge, si te hubieses visto como yo te vi vestida y del modo en que te peinabas… —Se detuvo, la miró con fijeza y luego soltó una fresca risotada—. Casi no puedo creerlo. Hace cinco minutos estaba con la Tú que vivió en 1939 y ahora me encuentro con la versión 1963 de tu propia persona.

Llevándose la mano a la boca, Madge miró a su marido con ojos desorbitados. O el pobre muchacho estaba loco de remate, o, quizás… o, no, no podía ser posible.

—De modo que tiene usted una certeza razonable de haber visitado 1939 —intervino Bellamy con suavidad y paciencia—. Bueno, Ridgeway, háble de su mente, de su yo. Compréndame, debo saber que Usted se encontró en 1939. ¿Era el mismo que veo ahora, el hombre de 1963 o era el joven de 1939, sin… «recuerdos»… es el término que se me ocurre, de los años que habían transcurrido desde 1939? No será preciso que le diga que esto es de la máxima importancia para mí.

—Sí, sí, claro, lo comprendo —contestó Ridgeway y se llevó la mano a la cabeza—. Trataré de pensar. Mire, estuve sólo catorce minutos. En realidad no lo bastante para responder a su pregunta. Pero, no, aguarde un momento, *puedo* decírselo.

Aspiró una profunda bocanada de aire y miró a los dos hombres. Tomó un sorbo de *whisky* de su vaso y sonrió a Blakely.

—Todo fue bien, Bob, funcionó como un conjuro —dirigiéndose a Bellamy, habló con una severidad nueva y mayor. Dijo solemnemente—: Cuando llegué por primera vez, seguía siendo el individuo que estuvo dentro de la Lanzadera. El cuerpo era de un joven de 1939, pero la mente del hombre de 1963. Lo recuerdo… bueno, no puedo decirle mucho acerca de eso, pero supongo que

tenía en mi memoria todas las cosas que me habían sucedido en el transcurso de esos veinticuatro años. Ya se sabe cómo es, la suma total de todas las experiencias son lo que hacen una personalidad. Incluso si esa persona no se da continuamente cuenta de cada momento de esas experiencias. Digámoslo de otra forma, hay una biblioteca pero no es preciso recordar cada palabra de los libros existentes. Sí, definitivamente diré que el cerebro y el ego eran los mismos que tengo ahora. Parece ser que el alma sigue siendo la misma en todas las etapas y edades.

Bellamy le miró pensativo.

—¿Juraría eso, Ridgeway? —preguntó con súbita y fiera exigencia—. Le envié porque es un hombre de buena voluntad, un hombre honrado hasta la excepción, un hombre que dice la verdad tan automáticamente como respira. Eso casi basta. ¿Hay alguna cosa más?

Fascinado, Ridgeway advirtió que estaba contemplando la mismísima alma de aquel hombre de hielo, de acero y de oro, y viendo allí el alma profundamente torturada de un tullido, de un medio hombre, de una caricatura de humano. Su propio espíritu se llenó de compasión y miró de reojo a Blakely. Para su profunda confusión, vio algo casi increíble. Blakely miraba también al millonario con los mismos ojos de Ridgeway, apareciendo en su mirada una nueva expresión más blanda.

—Sí, hay más —dijo despacio—. Estuve sólo catorce minutos, como dije. Pero rápidamente, sin darme cuenta, la mente de 1963 se vio abrumada por la actual mente juvenil de 1939. La acumulación de las experiencias de veinticuatro años comenzó a desvanecerse, como la niebla bajo el sol. Apenas lo comprendí, se lo aseguro. No sé lo que pasaba dentro o fuera de mi mente, lo mismo que le ocurre a cualquier persona en cada minuto de su existencia. Incluso en aquel cuarto de hora escaso, señor Bellamy ¡el hombre de 1963 cedía ante el hombre de 1939!

Entonces en el rostro de Bellamy apareció una expresión desesperada. En un hombre de menos poder se le habría llamado angustia. Pero también había otra cosa, el algo que había alzado a aquel pobre tullido desde sus propias miserias hasta aquel puesto de poder y riqueza, una determinación azorada, la convicción de que quizás lograría imponer su voluntad… fuera como fuera.

—Bueno —el hombre expiró el aliento despacio—. Un último riesgo que superar. Me enfrentaría a cualquiera, a cualquier cosa en absoluto, si puedo estar seguro de que poseeré mis recuerdos presentes cuando vuelva. No dejaré nada al Destino. Lo quebrantaré. No iré a Suiza y no me romperé la cadera por segunda vez, Ridgeway. —Se inclinó hacia adelante—. Usted no me lo ha dicho todo. Hay cosas que no me ha contado. Hay medios, debe de haber medios, para llevarse allí algo que le prevenga a uno de lo que ocurrirá si con su propia fuerza de voluntad no dispone de otro modo —dio un golpe en el brazo de la silla de ruedas—. Aquí hay oro. —Soltó una risa áspera—. Aquí hay archivos de todos los tratos y negocios de la bolsa inglesa y de las demás bolsas del mundo y una historia de lo que ocurrió en cualquier lugar de la tierra en ese lapso de tiempo. Todo, todo carece de valor, si no puedo recordar lo que yo, Ben Bellamy, a la edad de veintiocho años en 1930 debería evitar. —Les miró a todos. Dijo—: Una cosa quizás se ha pasado por alto, Blakely. Es que si tengo éxito y cambia mi propia vida cuando regrese al Tiempo Pasado y la vuelve a vivir, entonces todo el mundo quedará cambiado y este mundo que ahora estamos sufriendo nunca *habrá tenido lugar*.

En la habitación reinó un profundo silencio y Ridgeway pudo percibir el tic tac del reloj de pulsera de Madge. Así que el millonario había deducido la cosa que ellos jamás soñaron que pudiera comprender. Fue un solemne momento y Blakely reaccionó con viveza. Se puso en pie de un salto y se quedó mirando frenético a Bellamy. Luego se volvió a Ridgeway.

—¿Qué fue, hombre, qué fue entonces lo que le hizo volver? Si comenzaba a olvidar al hombre de 1963, ¿cómo pudo recordar que tenía que volver?

Ridgeway rió a la ligera y extendió una mano y cogió la diestra temblorosa de su esposa. Madge Ridgeway estaba completamente atontada. Aquellos tres hombres respetables, uno de ellos el propietario, quizás, de la cuarta parte del globo, discutían fría y sistemáticamente algo que para ella parecía magia negra, brujería, nigromancia. Es decir, si entendía bien lo que se hablaba. Miró la mano de su marido que apretaba la suya.

—Aquí interviene Madge —rió Ridgeway—. Me dijo que mirase a dos raras huellas marcadas con tiza en la acera. Entonces recordé.

—Se volvió a su esposa—. Cariño, yo no quería huir de ti, allá en 1939, pero pude hacerlo porque sabía que estabas esperándome aquí, en 1963.

Bellamy emitió un gran suspiro y se relajó en su silla de ruedas.

—Puede hacerse —dijo con fiereza—. Habrá modos. Me llevaré registros, documentos, recordatorios. Me obligaré a recordar y cuando vuelva a ser joven… y esté entero… toda mi fuerza de voluntad se concentrará en construir un futuro enteramente nuevo para mí, un futuro en el que permaneceré intacto, física y mentalmente. Si tengo éxito, este presente actual quedará anulado. *Nunca habrá ocurrido.* —De pronto se volvió a Blakely—. ¿Querrá usted correr este riesgo?

Bob Blakely se humedeció los labios y se frotó las manos. Ben Bellamy no era el único poseedor de una voluntad de hierro.

—Correré el riesgo —dijo con suavidad—, si usted, Bellamy, quiere aceptar también su propio riesgo dónde y cuándo tome tierra. Mi Lanzadera no es tan segura como la comunicación telefónica. Han habido cosas… pero se lo enseñaré. Le veré por fin como hombre, Bellamy, y no como una institución, un monolito de poder y riqueza e inhumanidad. Mi propio espíritu humano exige que le dé la oportunidad de rehabilitarse. Venga conmigo al Laboratorio.

La Lanzadera se cernía silenciosa y fantasmal sobre ellos mientras Blakely les guiaba a través del espacio de detrás de su vivienda al laboratorio. Con la mano en el pomo de la puerta se volvió y Bellamy dejó de girar las ruedas de su silla.

—Han venido cosas por la Lanzadera —dijo Blakely en voz baja —, cosas que no eran ni del Pasado ni del Futuro de este mundo, sino de mundos extraños, de dimensiones exteriores más allá de cualquier imaginación de cualquier hombre. Una de esas se la enseñaré. Si Ridgeway o yo nos equivocamos en una décima en nuestros cálculos, Bellamy, o si el computador se avería en algún transistor, podría usted verse lanzado a un mundo en donde quizá hubiera esto. Madge, espérese usted. Spencer, sujétela.

Entraron y hubo silencio. Luego de la garganta de Madge escapó un fuerte grito. Spencer la agitó con fuerza y trató de tranquilizarla. Como una estatua de piedra Bellamy permaneció sentado en su silla, los ojos fijos en la monstruosa cabeza verde que estaba dentro

del depósito de vidrio, nadando en alcohol. Ridgeway no advirtió el menor rastro de expresión en aquella cara granítica.

VII

La cabeza verde pendía casi inmóvil en el alcohol del tanque, el perro muerto todavía entre sus fauces. El hecho de que aquella cabeza careciese de ojos visibles no disminuía su horror. Por lo menos eso debía ser, aunque el efecto resultaba contrario. La gran cabeza era tan monstruosa y horrible como cuando Blakely y Ridgeway la vieron por primera vez.

—Envié al perro por la Lanzadera —dijo Blakely sombrío—. Debió producirse un error minúsculo en los cálculos. La estructura del Universo se vio abrumada por una titánica pérdida de energía cosa que ocurre cuando la Lanzadera pierde al instante su inercia. El perro debió escaparse por el hiperespacio y caer en un pliegue de las matrices de los años delante de su presente, a lo largo de su propia línea mundial. En lugar de eso, emergió en un universo enteramente extraño, coexistente con el nuestro en aquel preciso instante y… esa cosa le esperaba.

—¿Qué es? —preguntó Bellamy con aspereza.

—La cabeza de una bestia monstruosa completamente apartada de nuestras existencias —replicó con franqueza Blakely—. Todavía no la hemos examinado adecuadamente, pero mi opinión es que se trata de una criatura intermedia entre el animal y los vegetales. Suena a imposible, pero creo que así es. Por su tamaño sólo se puede deducir la grandeza de toda la criatura entera. Estando viva debió medir de longitud tanto como los grandes saurios que hace millones de años dominaban el planeta en que vivimos.

Bellamy quedó pensativo, mirando la cabeza en el tanque. Ridgeway trataba de tranquilizar a Madge, que se había sentado gimiendo para sí.

—¿Qué le pasó? —Ladró el millonario—. Dice usted que sólo

apareció la cabeza. ¿Dónde está el resto del cuerpo?

—Todavía en su propio Continuo de Espacio-Tiempo —contestó rápidamente Blakely—, muerto, sin cabeza. Mire, señor Bellamy, el universo del que vino esa criatura se encuentra en lo que es para nosotros la Quinta Dimensión. Vivimos un mundo de tres dimensiones de espacio y una de duración, o tiempo temporal. El perro atravesó las líneas mundiales y penetró en lo que era la Quinta Dimensión. Al regresar, la cabeza de esta criatura fue segada de su cuello por el mero hecho de ser arrastrada de su universo al nuestro. El corte que cruza el pescuezo tiene carácter de sección diametral. ¿Le resulta familiar ese concepto?

—En lo más mínimo —contestó Bellamy—. Pero entiendo un poco. Eso es lo que pasó. ¿Por qué entonces, no le volvió a suceder a Ridgeway? Regresó sano y salvo.

—Las matemáticas resultaron perfectas en su caso —dijo Blakely sonriendo—. Cada día conocemos mejor esta cosa. Ahora, cuando enviamos a Harley al futuro…

—Harley —repitió Bellamy—. ¿Ha utilizado la Lanzadera?

—Nos obligó a enviarle a punta de pistola —sonrió Blakely—. Hicimos lo mejor que pudimos por salvarle, pero había una o dos cosas averiadas. Bien la energía de mi Lanzadera no suficiente todavía para el salto que exigía… trescientos años, o quizás en nuestro pánico las coordinadas geodésicas resultaron equivocadas lamentablemente. Si usted hubiese visto a Harley, señor Bellamy…

Soltó una risita para sí y Spencer Ridgeway notó como hielo en su corazón.

Bellamy miraba a Blakely fascinado. Era evidente que un tremendo y nuevo respeto crecía en el millonario por aquel científico que, al principio y durante mucho tiempo, despreciara.

—Cuéntemelo —dijo ansioso.

Blakely chasqueó los labios.

—Mi propia opinión es que se vio envuelto desesperanzadamente en ese flujo transdimensional. Su cuerpo se enredó en tantos planos coexistentes de dimensión que literalmente quedó rebanado en pedazos. Ante mis ojos sus rasgos parecían fluir y retorcerse como si fuesen de plástico y una mano gigante los estrujara…

—Por Dios, Bob —murmuró Ridgeway—. Madge ya tiene

bastante, debió usted…

—Mantenga callada a su esposa, Ridgeway —ordenó Bellamy sin volver la cabeza—. No debería estar aquí para escucharlo. Fue ella quien insistió. Blakely, usted habló del poder de la Lanzadera. ¿Cuáles son sus límites?

Blakely se encogió de hombros.

—Me resulta imposible saberlo, sin una serie infinita de experimentos. De una cosa estoy del todo seguro y es que, con experimentación y más experiencia, tales accidentes, como el de esta cosa y el que le pasó a Harley, podrían descartarse.

—Cuando yo vaya no deben haber errores —dijo Bellamy ceñudo—. Tienen ustedes que revisar y volver a revisar sus cálculos cien veces antes de que entre en esa Lanzadera. Dígame, ¿qué le ocurriría a un hombre si volviese al Pasado hasta un punto anterior a su nacimiento? Usted habla de líneas mundiales. Tal y como lo entiendo, antes de que naciera su línea mundial no tendría existencia.

—Tiene toda la razón, señor —sonrió Blakely—. Resulta un punto interesante. El individuo debe salir de alguna parte y de algún momento, ¿no es cierto? Probaremos eso alguna vez.

—¿Y qué si fuese al futuro hasta un punto en donde él ya no tenía que estar vivo? —continuó Bellamy.

—Ya le dije lo que le pasó a Harley —contestó Blakely, con cierto deleite—. Quizás fuese que en esos trescientos años dentro del Futuro su alma ya no tenía que estar viva y su línea mundial quedaba rota. Así que el Continuo de Espacio-Tiempo lo rechazaría profundamente y le devolvería al flujo interdimensional. Cielos, buena idea. Spencer, tenemos que estudiarlo con mayor detenimiento. Es interesante. Una pega también, pero las pegas están hechas para ser resueltas.

Bellamy le miraba con mucha fijeza. Los ojos de Blakely parecían iluminados y su rostro estaba rojo y congestionado. Sufría una terrible tensión mental, según comprendió Ridgeway.

—Persiste una última sospecha acuciante —dijo Bellamy con agudeza—. Afirman que correrán el riesgo a que, cuando yo vuelva, altere mi propia línea mundial de forma que se produzca una pequeña desviación en todo el Continuo de Espacio-Tiempo… según lo llaman ustedes… del que formo parte, de manera que, al

alterarse, este mundo es en el que ahora existimos los cuatro, pueda quedar aniquilado o como si nunca hubiese existido, borrándose el esquema total de las cosas.

Blakely le sonrió.

—He de reconocerle, señor Bellamy, que comprende los asuntos. Jamás soñé… pero, no importa. La cosa es que, usted no*tiene* que ir. Es usted quien quiere correr el riesgo.

—Me parece que esto se va a resolver con un forcejeo entre usted y yo —dijo Bellamy con frialdad—. Trato de hacer que este universo deje de existir. Y ahora, ¿qué dice usted?

Blakely dejó de sonreír.

—Resulta todavía un poco vago para mí, pero sí le diré una cosa. Estoy convencido de que en lo referente al Tiempo Pasado temporal hay una fuerza llamada Destino que queda por encima de todo. Le aseguraré, también, Bellamy, para ser sincero con usted, como usted lo ha sido conmigo, que volverá a su pasado antes del momento en que se rompió la cadera. Puede llevarse notas, recordatorios, avisos, puede volcar toda su potente fuerza de voluntad contra la cosa, pero revivirá cada momento de la vida que ha vivido, exactamente tal y cómo transcurrió. Se romperá otra vez la cadera y se convertirá también de nuevo en un titán de las finanzas. Su pasado así se ha vivido, Bellamy, vivido y experimentado, de una vez para siempre. Queda fijo, petrificado, sellado por toda una eternidad en la matriz que contiene a la Totalidad de los Seres. Ahora, ¿quiere volver?

En estos momentos Ridgeway comenzó a sentir un nuevo respeto hacia aquel enigmático colega suyo. Estaba exponiendo con claridad su idea ante el tenaz antagonista. No había evasión ni mentiras, ni equívocos. Ridgeway sabía que Bob acababa de exponer a Bellamy exactamente la filosofía del Tiempo que se había formulado en su propio cerebro. Si Bellamy regresaba lo haría contra todo posible aviso preventorio que se le hubiera expuesto con nobleza.

Bellamy soltó una carcajada y con un sobresalto Ridgeway comprendió que, por primera vez, oía reír a aquel hombre.

—Había pensado —dijo el magnate—, que Ridgeway era el único hombre honrado de ustedes dos. Pero veo ahora que también es usted honesto, Blakely. Al oír lo que acaba de decir, otro hombre

de menos categoría que la mía habría abandonado sus propósitos. Pero yo respeto su conocimiento de la materia, tan abstruso y extranjero a mi propia mente. Comprendo que es usted genuino en lo que dice. Y sin embargo siento que se equivoca. No habrá, ni puede haberla, prueba actual en ningún sentido. Confío en la afirmación de Ridgeway de que fue el hombre de 1963 cuando emergió en 1939. Eso es verdad, Ridgeway, ¿no es cierto?

—Le doy mi palabra —contestó Ridgeway.

—La acepto —afirmó Bellamy, sus ojos posándose en el horror verdoso del tanque—. Aún así, reconozco que hay riesgos. Pero toda mi vida me enfrenté con los riesgos. Y ha sido por correr riesgos por los que uno sobrevive y triunfa. Correré cualquier riesgo… —Su voz se hundió hasta adquirir una súbita ferocidad—… para escapar de esta prisión en la que transcurre mi vida de tullido. Blakely, iré. Ya pueden usted y Ridgeway preparar el camino, calcular las cifras, estudiar el sendero… o como quiera llamarle en su jerga científica. Aguardaré. Me quedaré aquí hasta que vengan por mí. Me quedaré y contemplaré esa cosa en el tanque. Eso endurecerá mi resolución e impedirá que me desmorone. —Soltó la carcajada más humana y cálida que los demás oyeron en su vida—. Soy humano, como ustedes, sépanlo bien. Lo que hago es una gran aventura. Voy a ver a mi Pasado y, a diferencia de usted, doctor Ridgeway, no pienso regresar.

—Ese pobre diablo —rió Blakely cuando estuvieron una vez más en la sala de la Lanzadera—. El hombre todopoderoso, el titán de las finanzas, un hipocondríaco. Lástima que esté condenado al fracaso.

—Por Dios —le interrumpió Ridgeway—. Trate de ser humano en este asunto. Esa risa suya parece como la risa del diablo.

—Es la risa de un diablo —dijo Madge Ridgeway y miró a su marido—. Y tú, también, Spencer, estás tan metido en esto como él. Lo que hacen ustedes es un crimen, es desafiar al Creador. No es que tengan más posibilidades que el Diablo en persona para trastornar los planes de la Creación. Estas tonterías que decían todos ahí dentro… sobre volver y cambiar el curso de la vida para que este mundo no haya existido jamás. Nunca oí mayores infantilismos en toda mi existencia.

Ridgeway miró de Blakely sonriente y tranquilo a su esposa.

—Eso es lo que tú piensas, Madge —dijo con docilidad—. Pero yo he vuelto, te lo juro. Sin embargo, no intenté cambiar el mundo… —Hizo una pausa y se dio un puñetazo en la palma de la mano—. Bob —dijo—. Cuando regresé a mi Tiempo Pasado di media corona a un vagabundo. En otras palabras, he dejado allí un objeto que posiblemente no podía existir. Pero el mundo no ha cambiado, por lo menos en la parte en que vivimos.

—Esa es una cosa interesante, Spencer —contestó Blakely entusiasmado—. Allá en 1939 comienza a circular una media corona fabricada en, digamos, en 1960 o 1961. El vagabundo se la gastará en una taberna. El tabernero le dará el cambio. ¿Quién se fija en la fecha de una moneda? Voy a tratar de adivinar lo que pasó. O bien se perdió la moneda, cayó en un sumidero o en el río. O quizás se encuentre en la vitrina de algún numismático que la considere un error valiosísimo. Quizá valga centenares de libras para él, pero puede que prefiera guardar para sí la gloria de poseerla. Sin embargo, resulta algo raro, ¿verdad? Hace que uno se dé cuenta que cuando vuelve a su propio pasado tiene que tener muchísimo cuidado.

—Oh, ustedes dos me ponen la carne de gallina —exclamó Madge Ridgeway furiosa, dándose cuenta de que no les causaba la mayor impresión—. Me voy a casa, ¿vienes conmigo, Spencer?

—Querida, ahora no puedo ir —dijo él con una sonrisa—. Tenemos que hacer cosas muy importantes. Ya oíste lo que habló Bellamy ahí dentro. Bob y yo tenemos que tener mucho cuidado para no cometer errores, por lo menos en su caso.

—Pues yo no voy a ir a casa sola —afirmó ella con llaneza.

—Entonces no le queda más remedio que aguardar, ¿verdad? —intervino Blakely y ella se volvió hacia él con fiereza.

—No se meta en esto —le espetó—. Spencer es mi marido y su lugar está a mi lado. En bien de su propia alma quiero que deje este lugar conmigo y que nunca, nunca vuelva.

—Eso es del todo imposible, Madge —contestó Blakely animoso —. Spencer y yo somos los únicos que conocemos la Lanzadera, qué es y qué hace, excepto, claro, Bellamy. Usted misma parece haber cerrado su mente contra cualquier creencia en el aparato. Una vez enviemos a Bellamy, he de colocar a Spencer en mi puesto para que

aprenda a manejar la Lanzadera. Yo mismo, quien la inventó, todavía no la he usado. Y eso es algo que hay que remediar muy pronto.

Ella le miró temblando de rabia y se cogió del brazo de su marido.

—Spencer, te lo pido por última vez, ¿vienes conmigo?

—Lo siento, querida, pero no puedo, por lo menos ahora. Dame unas cuantas horas y te seguiré. Tienes que comprender, Madge querida, lo importante que es esto. Ahora que lo he experimentado siento que no puedo apartar de mi vista la Lanzadera. Piensa, Madge, podemos penetrar en ella, volver al día de nuestra boda. Luego reviviríamos de nuevo toda nuestra vida juntos, evitando quizás los errores…

Blakely les miraba a ambos con una sonrisa cínica. Madge emitió un grito colérico y se precipitó hacia la gran puerta.

—Te dejaré con tu locura —dijo por encima del hombro. Pero antes de que llegase a abrir, él estaba a su lado.

—Por lo menos te acompañaré hasta la salida —dijo muy sereno —. Luego iré a por ti lo antes que pueda.

—Como si me importase —contestó ella con airada indiferencia.

Tardaron varios minutos antes de que se les permitiese salir. El vigilante tuvo que comprobar con Bellamy, que estaba en el laboratorio, y tenía que darle la autorización; cuando regresó, su propio rostro era casi tan verde como la monstruosidad que había visto al entrar dentro del tanque. Parecía a punto de enfermar y los dejó salir sin decir palabra.

Una vez en el patio se dieron cuenta de un fuerte ruido. Sonaba como el aullido de infinidad de bestias salvajes. Las verjas y la puerta de entrada que cercaban el recinto del aserradero aparecían convertidos en una masa sólida de gente. Metían la cabeza por entre los barrotes, algunos subían por las verjas y todos hablaban, gritaban, gruñían. No se oía a la policía por ninguna parte, pero Spencer Ridgeway sí percibía unas cuantas figuras de color caqui tratando de abrirse paso a través de la turba. Marks se encontraba en la puerta principal retorciéndose las manos desesperado.

—No podrá salir hoy, señor Ridgeway —dijo pesaroso—. Se necesitará un helicóptero para salir ahora de este lugar. La policía acaba de renunciar y el ejército ha intervenido ya. Habrán tumultos

antes de que pase mucho tiempo. Mire, señor, ¿qué es lo que pasa ahí dentro? Circulan toda serie de relatos fantásticos relacionados con ese individuo millonario, bueno… ¿Qué se hace ahí dentro?

—Sólo un experimento científico, Marks —sonrió Ridgeway—. Si se lo explicase, no lo entendería. Esa gente tendrá que marcharse. Aquí no hay nada para ellos. Es una interferencia ilegal que bloquea nuestra salida con sus cuerpos y sus gritos. ¿Quién es el oficial al mando de las tropas ahí afuera?

Necesitó cinco minutos para asegurarse que ni siquiera el ejército podía ayudarles. El capitán al mando del destacamento le dijo por teléfono que era imposible hacer retroceder a la multitud para que alguien pudiera marcharse.

—No sé lo que les pasa, señor —dijo la voz del oficial—. Flotan toda clase de extraños rumores… brujería, misas negras, etc. Diga, ¿no ocurrirá nada malo ahí adentro, verdad?

—¿Cree usted que el señor Ben Bellamy se interesaría en la brujería? —preguntó riendo Ridgeway—. Los Departamentos del Gobierno nos han dado el visto bueno, como supongo que le habrá dicho el señor Marks. Si no puede sacarnos, tendremos que permanecer dentro hasta que pueda hacerlo, ¿no es verdad?

Colgó el teléfono y se volvió con una sonrisa a su esposa.

—Bueno, Madge, es inútil. Esa multitud de ahí afuera haría pedazos a quienquiera que tratase de salir. Te tomarían por una bruja y a mí por un hechicero.

—Y en lo que respecta a ti, Spencer Ridgeway —dijo ella con animosidad—, no se equivocarían de mucho, ¿verdad? ¿Qué voy hacer? No puedo, no quiero quedarme aquí con vosotros dos, locos. Y luego están esos terribles guardaespaldas del señor Bellamy. Spencer, ¿estoy soñando? Dime, ¿ocurre todo esto en realidad? Creo que sufro una pesadilla y que pronto despertaré en casita y con todo siguiendo su curso normal, como antes de que comenzase este asunto.

—El mundo, en realidad el propio universo —la contestó muy serio su esposo—, no volverán a ser los mismos después de estos pocos meses de trabajo, Madge. Tendrás que quedarte. Marks se ocupará de ti, ¿no es verdad, Wilfred? Hay habitaciones para dormir detrás de la cantina. Lleve a una de ellas a la señora Ridgeway, por favor.

—Pues claro que no —saltó Madge antes de que el infortunado Marks pudiese responder—. Si tengo que quedarme aquí, estaré a tu lado, Spencer. No te perderé de vista hasta que hayas vuelto a casa, habiendo abandonado este lugar profano.

—Creo que lo prefiero así —reconoció Spencer; trató de cogerla por el brazo. Pero ella se apartó de su mano y caminó hacia las puertas principales del cobertizo. Un nuevo aullido de la multitud saludó su partida y Marks volvió a meterse en la portería y cerró con doble llave la puerta.

Blakely se encontraba ante el computador cuando regresaron y el científico se volvió a mirarles.

—No se ha ido todavía, Madge —dijo animoso y ella no le respondió. El propio Ridgeway explicó a Blakely la situación en las entradas y Blakely soltó una feliz risita.

—Ahora —dijo triunfante— conseguiremos la publicidad que nos hace falta. Ahora, nuestro amigo Wilfred comenzará a ganarse el sueldo. Mañana por la mañana nuestros nombres ocuparán los titulares en todo el mundo, Spencer. Mañana todo el planeta nos conocerá y sabrá lo que hacemos. La multitud, que usted dijo que está fuera ahora, no es nada comparada con el gentío que nos sitiará después de esto.

Madge soltó una acre risa pero nada dijo. Se sentó en uno de los taburetes y les miró con exasperación.

Blakely y Ridgeway se plantaron delante del computador.

—Spencer —dijo Blakely—, esto tiene que ser bueno. Como su viaje, Bellamy positivamente debe llegar a su propio puesto, en este juego de dimensiones, en este mundo y en este planeta, en el tiempo que pide. No puede haber ni la más mínima posibilidad de error. Tenemos que comprobar y volver a comprobar las coordinadas geodésicas hasta que estemos seguros al cien por cien.

—¿De pronto se ha vuelto moral, Bob? —rezongó Ridgeway—. Ya sabe, yo mismo me hice a la idea de que previamente trataba de colocar a Bellamy en la Lanzadera y que fuese a donde cayese por casualidad, ya que eso no le importaba a usted en lo más mínimo. ¿Por qué ese arranque súbito de moralidad?

Blakely se frotó la nariz.

—Ahora que la cosa se ha demostrado cierta —dijo lenta y pensativamente—, encuentro que toda mi actitud y orientación

cambian. Mi Lanzadera es algo tan sinceramente tremendo y conmocionador que incluso yo, que la creé, siendo el único ser vivo que conoce sus principios, empiezo a tenerle miedo. No se olvide, Spencer, soy un mortal como usted y como cualquier hijo de vecino. Sabe que no soy religioso, a diferencia de su persona. No creo en su Dios personal. Pero, como científico, sé que este Cosmos no se inició por casualidad. Debe haber Algo fuera de él. Y nosotros, según cree usted, estamos trasteando con algo que no debiéramos conocer. Dígame, ¿tiene usted fe?

—Un poco tarde para pensamientos de esa clase, Bob —contestó Ridgeway juicioso—. Pero tranquilícese. Como dije, soy un hombre creyente. Le aseguro esto: existe un Dios, pero no hay secretos en la naturaleza que Él nos retenga. Todo en nuestra esfera de ser está allí para que lo descubramos, con el tiempo y por nuestro propio raciocinio. Ningún hombre jamás dañó a Dios, Bob; ningún hombre robó nunca al Creador uno de sus secretos.

—Eso es aceptable para este mundo, Spencer —dijo Blakely y de pronto Ridgeway supo que su amigo tenía algo más que un poco de miedo. La cosa era interesante. Y daba a aquella monstruosa Lanzadera, cerniéndose allí en la semioscuridad del cobertizo, un aspecto nuevo y todavía más siniestro—. ¿Pero qué hay de otros mundos? —Blakely trataba de escabullirse—. ¿Qué hay de otras dimensiones, los otros universos…?

—También forman parte total de la Creación donde quieran que estén —sonrió Spencer—. Este es sólo Uno de los muchos, Dios es el Único y todo. Él hace los muchos. Hay sólo un Cosmos. Los griegos utilizaban esa palabra para describir el Total, todo lo que *existe*. Así que tranquilícese. Su Lanzadera forma tanta parte de la naturaleza universal del hombre como la luz eléctrica o el motor de combustión interna. Como esos aparatos, dentro de pocos años será un chisme científico vulgar y corriente, conocido por todo el mundo.

—Cielo santo, ha cambiado usted —estalló Blakely—. Algo ha ocurrido, Spencer. Antes… se mostraba escéptico. Ni siquiera creía en esta cosa lo bastante para tenerle miedo. Luego usted volvió… Spencer, ¿qué sintió? —Su voz era suplicante. Ridgeway soltó una risita porque le gustaba la curiosidad de Bob, aquella sensación de curiosidad aprensiva de un ser vivo interrogando a un «espíritu

departido» dentro de una sesión de espiritismo y preguntándole qué era la muerte y qué había tras de esa muerte.

—Quizás he cambiado —sonrió—. Pero no se olvide, tenemos un trabajo que hacer. Hemos de proporcionar a Bellamy su oportunidad.

—Sí, eso supongo —contestó Blakely con docilidad y se volvieron ambos al computador—. Claro que es perder el tiempo. Ese pobre diablo piensa que escapará de su silla de ruedas. Todo lo que confío que consiga es que no recuerde nada cuando regrese, que todos sus inteligentes memorándums y notas de aviso, etc., queden anulados de alguna manera extraña. Porque, le diré esto, Spencer, y creo que es verdad hasta en la última partícula de mi ser… el Pasado experimentado ya no se puede cambiar. Está ajustado como un diseño en la mismísima matriz del Universo. Todo lo que el hombre tiene que hacer es mirar de vivir otra vez su propia vida. En realidad, claro, no es así. Maldición, ¿cómo podría explicarlo? No hay dos Ben Bellamy. El Bellamy de 1963 no se cambia de sitio con el joven Bellamy de 1930. Se funden en uno solo, el único que siempre hubo. Él no revivirá su vida. Meramente fusionará su presente personalidad en la ya existente personalidad anterior de él mismo, en 1930. Fuego del infierno, es la cosa más difícil de expresar con que me tropecé jamás. Y tendremos que inventar un idioma para discutirlo. Si su Dios es misericordioso, procurará que Bellamy llegue al pasado sin el menor retazo de memoria del sí mismo en 1963. Imagínese lo que ocurriría de otra forma… —Hizo una pausa—. Dios mío —murmuró—. Mire, fíjese que le enviamos al pasado y que vuelve a revivir su vida. Llega esta fecha y todo esto vuelve a ocurrir. Y se repite. Y torna a repetirse. Por toda la eternidad.

Blakely dejó de apretar botones y le miró de una manera muy singular. Dirigió una ojeada a Madge que permanecía sentada rígida, vuelta de espaldas, en el taburetito. Locos frenéticos, enredadores, fueron las palabras que les dirigió. La cosa Tiempo tenía un número infinito de facetas, ¿no es verdad? Quizás había un Infierno, después de todo, y puede que fuera el Infierno de Ben Bellamy, ese tiovivo sin fin de vidas completamente idénticas. ¿Pero no era cierto que, presumiendo la existencia del Infierno, ningún hombre iba allí excepto por sus propias acciones?

—Es inútil que eludamos la cuestión, Bob —dijo—. Bellamy irá. Creo que habrá meditado en cada posibilidad de este asunto. Es un hombre inteligente, ya lo sabe usted, por mucho que piense usted que le desprecia. Tiene algo además de dinero. No se llega donde él siendo un necio. Olvídese de la metafísica, Bob. Su Lanzadera es, como dije, una parte del equipo científico. Enrique VIII le habría cortado a usted la cabeza por hechicero si le hubiese mostrado un aparato de televisión funcionando. No hay nada esotérico en su Lanzadera, Bob. Esta hecha de materia y opera por leyes muy conocidas e inmutables del universo. ¿Qué otra cosa sino podía ser?

—Reconozco, Spencer —gruñó Blakely—, que jamás vi un hombre tan cambiado como usted. Está bien, allá va. No nos queda más remedio. Entrará en el proyecto. De todas maneras, si tratásemos de oponernos, piense en lo que nos podrían hacer sus matones a sueldo.

—¿No se le ha ocurrido pensar —dijo Ridgeway con una sonrisa —, en lo que querrán hacernos *después* que Bellamy se haya ido?

Blakely se estremeció.

—Dice usted las cosas más dulces, Spencer. Pero no tenemos nada que preocuparnos por eso. Arreglé todas las cosas mientras estaba usted… ejem… ¿cómo diablos lo diría? Supongo que habrá que aceptar la única frase que existe en realidad. El buen H.G. ya lo bautizó… mientras estuvo usted viajando por el Tiempo.

Estaban agotados en cuerpo y cerebro antes de tener todas las coordinadas absolutamente a su satisfacción. No había la menor posibilidad de error, por ínfimo que fuese o se considerase. Cada uno había trabajado de manera independiente, revisando después sus conclusiones. Cada uno proporcionó los datos al computador y luego se tomó el trabajo de revisar los cálculos del propio computador. Después, todo estuvo listo.

Bellamy hizo rodar su silla hasta el pie de la escalera y tendió la mano a Ridgeway.

—Doctor Ridgeway —dijo—. Le estaría agradecido si me hace el favor de ayudarme a subir por esta escalera. Dos de mis hombres subirán hasta arriba esta enojosa silla de ruedas. Después, será la última vez que usted, y yo también, volvamos a ver tan maldito

chisme infernal.

Ridgeway se adelantó. Tomó a Bellamy en sus brazos mientras contemplaba como dos de los guardaespaldas subían la silla por la escalera y la llevaban a lo largo de la pasarela. Un raro pensamiento cruzó por la mente de Ridgeway. Tenía entre los brazos a un hombre que valía… ¿había alguien que supiera cuántos millones poseía Bellamy?

—Esa silla —dijo a Blakely—. ¿Piensa llevársela a su pasado?

—El pobre infeliz no puede prescindir de ella —sonrió Blakely —. Además, está forrada con planchas de oro. Es casi la única cosa que podrá llevarse, si uno lo piensa bien.

Ridgeway miró de reojo al enorme cobertizo tenebroso. Los guardaespaldas junto a las puertas parecían inquietos. Vio cómo uno o dos sacaban sus pistolas. Evidentemente no les habían indicado lo que ocurriría. Comenzaban a preguntarse si todo transcurría con arreglo a los planes del jefe. Una fría aprensión se apoderó de él rápidamente al ver las armas. Quedó disipada por el sonido de la voz de Bellamy. Procedía del interior de la Lanzadera, se oía muy fuerte en el silencio.

—Estoy preparado y aguardo —dijo—. Muchachos, ahí abajo, no hagáis nada contra estos hombres. Lo que realizo es por mi propia voluntad y se han tomado las debidas precauciones. Ninguno de vosotros me volverá a ver. Mis agentes os pagarán muy bien. Ahora, Blakely, Ridgeway, espero.

Los dos hombres apenas podían hablar. El momento les parecía solemne a ambos. Porque para Ridgeway también tenía el sabor de un misterio soñado. Notaba cómo si su cuerpo hubiese dejado de ser material y todo su organismo era una pausa condensada en su mente. Como en un sueño, vio cómo Bob pasaba sus ojos por las filas de diales preajustados, luego comenzaba la rutina de colocar en su posición adecuada los primeros conmutadores. Fascinado contempló cómo la Lanzadera iniciaba sus giros.

Al principio creyó que algo iba mal con el mecanismo que gobernaba las revoluciones de la Lanzadera en sus cojinetes de diamante. A sus oídos llegó un sonido gigantesco como una explosión. Otros ruidos acompañaron al enorme chasquido, miles de voces bramando, gritos, aullidos, golpes. Asombrado y sobresaltado miró a Madge, pero ella continuaba sentada en el taburete,

acurrucada y aterrada por aquella figura enigmática de la silla de ruedas, que parecía sentada en el trono de algún magnífico ídolo primitivo rodeado por la masa giratoria de la Lanzadera.

Las puertas cedieron cuando la Lanzadera desapareció y entonces escucharon los primeros disparos. Blakely lanzó una sola mirada hacia atrás y de nuevo reanudó su concentración en los mandos. Ridgeway se quedó plantado de espaldas a Blakely y mirando cómo las grandes puertas cedían por la presión de la airada multitud del exterior. Algunos de los guardaespaldas se vieron presas del pánico y dispararon sus pistolas. Varios de los jefes de la turba cayeron y los que empujaban por detrás pisotearon sus cuerpos, aullando ahora más enajenados. Pero no fueron los disparos, ni siquiera la caída de sus jefes, lo que detuvo inmovilizando a la multitud, mientras acallaba aquel estrépito ruidoso y quedaba todo reducido al silencio de una catedral. Era el hecho de que Blakely había colocado finalmente en su puesto los dos grandes conmutadores y la Lanzadera por último acababa de desaparecer.

Alzando los ojos Ridgeway vio la figura de Bellamy en su silla, un poco deformada por la altura y la distancia, pero todavía con el aspecto de un ídolo en su altar. Desde donde estaba Ridgeway no podía distinguir la expresión de su cara. La gente tras él guardaba el máximo silencio ahora y supo que todos miraban fascinados aquella escena extraña. Aguardó y vio cómo Bob movía los brazos. Se oyó un sonido metálico cuando los interruptores de freno encajaron, un chasquido sonoro y la Lanzadera reapareció. Luego la gente volvió a encontrar voz. Un nuevo y más escalofriante rugido de rabia inundó el cobertizo. Ridgeway levantó los ojos y la Lanzadera estaba vacía.

Bellamy, en su dorada silla de ruedas, había desaparecido tan completamente como si un mago hubiese agitado ante él una varita mágica.

El propio Ridgeway había estado en esa Lanzadera unas cuantas horas antes, pero no tenía experiencia de la situación fantasmal de ver a un hombre vivo desvanecerse dentro del aparato. Con Harley la cosa fue distinta. Por Dios, sí, con Harley la cosa fue distinta.

Vio a los guardaespaldas girar en redondo y rodear el panel de instrumentos. Algunas de sus armas seguían apuntando a la multitud, pero dos o tres encañonaban con frialdad a Blakely y

Ridgeway. A través del ruido se oía una voz estridente reclamando silencio. Un hombre joven vestido de caqui, pistola en mano, se abría paso a codazos por entre la multitud. Era el oficial al mando del destacamento militar.

—Despejaremos este lugar rápidamente —bramó—. Mis hombres tienen órdenes de disparar sobre sus cabezas si no salen de inmediato del edificio. Este sitio queda bajo la ley marcial. La policía está fuera y procurará que abandonen la zona. Mi sargento la respaldará. Esto no tiene gracia. Lo digo de verdad. Se trata de un tumulto y así será tratado.

Aún pistola en mano, se secó la frente con la otra bocamanga y luego se volvió ceñudo hacia el panel. Poniéndose en jarras miró con frialdad a Blakely y Ridgeway.

—Y ahora les llega el turno a ustedes dos. Empiezo a pensar que han sido los causantes de bastante jaleo por aquí. Les llevaré arrestados hasta que descubramos dónde está el señor Ben Bellamy. Porque les aseguro que, de acuerdo con la información que acaba de recibirse del Departamento de Guerra, si no le encontramos, la estructura financiera y comercial de todo el mundo se encuentra al borde del colapso. Vengan, ustedes dos, díganme, ¿qué han hecho con él?

VIII

La habitación que quedaba debajo del banquillo de los acusados en el Tribunal Criminal Central de Old Bailey no es el apartamento más encantador del mundo, pero Robert Blakely parecía encontrarlo bastante cómodo. Ridgeway le miró ceñudo y malhumorado. Durante las últimas semanas, Blakely había hecho exhibición de un descuido en sus modales que llegó a irritar a Ridgeway. Habían momentos en que se sentía furioso. Su ansiedad febril por Madge era quizás el peor sufrimiento de todos. Blakely le había asegurado en varias ocasiones que la acusación principal, asesinato o rapto de Bellamy, desaparecería con el tiempo. No le quedaba más remedio que confiar en Bob. Pero en lo referente a Madge, se sentía en un estado constante de ansiedad. La había visto una vez desde que los arrestaron y los metieron en las celdas de Bradford. Después les trasladaron a Londres y ya no pudo volverla a ver.

Era como un horrible sueño. Todo el complicado proceso de la ley cayó sobre ellos. El joven capitán que tuvo la temeridad de proclamar la ley marcial en el aserradero, por su propia iniciativa, estaba ya al mando de una batería de cañones en Chipre, con la cola entre las piernas, debido a la regañina de las autoridades. Pero la ley civil fue mucho más dura. Las acusaciones que se les leyeron por el inspector enviado de Helmshurst decían algo así como incitación e intento de quebrantar cada ley del Código.

Allí se citaban: asesinato, reflexionó Ridgeway; rapto, tumulto, quebranto de las Leyes de Seguridad, conspiración por incitar la Revolución Civil, oh, y masas enormes de leyes menores que parecían haber quebrantado desde el principio del proyecto hasta llegar a la actual crisis. Malhumorado, Spencer Ridgeway lo aguantó todo, luchando por mantener el ánimo y contemplando la

ligereza con que se tomaba las cosas Blakely. Habían varios abogados y procuradores que se encargaron de su defensa, porque quedaban todavía fondos considerables de los diez millones de Bellamy.

Aparte de los abogados y de una breve visita de la llorosa Madge, se les mantuvo incomunicados, no permitiéndoles recibir a los periodistas, leer diarios o escuchar radio o televisión. De hecho, les trataban como si fuesen reencarnaciones personales de Adolfo Hitler, Napoleón, Ghengis Khan, Barba azul y el propio Diablo. Los guardias que les traían la comida se mantenían lo más distantes a ellos como les era posible, dirigiéndoles miradas temerosas de vez en cuando y no atreviéndose siquiera a hablarles, excepto por signos.

—Ya nos han puesto la etiqueta de magos —sonrió Blakely—, si se me ocurriese pronunciar la palabra «hechizo» o alzase una mano y les señalara, apuesto a que echarían a correr alejándose tan de prisa cómo si les persiguiese el viejo Satanás.

—Parece usted aceptar esto como si fuese una gran broma —repuso Ridgeway irritado—. Temo no poder considerarlo así. Aquí estamos, en la cárcel y acusados de una infinidad de cosas, aguardando el juicio más sonado de la historia judicial inglesa; yo, separado de mi mujer; mi carrera hecha pedazos y después de esto jamás conseguiré que me den trabajo. En cambio, usted, venga con chistecitos.

El rostro de Blakely cambió. Extendió el brazo y dio unas palmaditas en el hombro de Ridgeway. El carcelero, mirando por la mirilla de la puerta, contuvo el aliento. ¿Qué preparaban ahora aquellos nigromantes?

—Tenía que mantenerle a oscuras hasta ahora, Spencer; lo siento. Pensaba en que podría estar viendo a Madge frecuentemente y no quise estropear la sorpresa. Nos han traído aquí antes del juicio de mañana y no volverá a ver a Madge de nuevo hasta que nos suelten, así que puede darse cuenta de que todo estaba preparado desde el primerísimo instante.

—¡Preparado! No entiendo —contestó Ridgeway, enrojeciendo.

—Mientras usted viajaba por el Tiempo —continuó Blakely con suavidad—, yo solucioné eso con Bellamy y el abogado que le acompañó junto con sus guardaespaldas. Tenemos los riñones bien

cubiertos, Spencer. No hay ley en ningún país que pueda perjudicarnos. Creo que podríamos demandar al Gobierno pidiendo una cifra astronómica por daños y perjuicios.

Ridgeway sacudió la cabeza, todavía abrumado.

—Todo el asunto —explicó Blakely con paciencia—, está cubierto por una serie de declaraciones legales y testimonios. El abogado lo preparó todo estupendamente. Mire, antes que nada no hay cuerpo del delito. Luego, Bellamy ha desaparecido, eso es verdad y sabemos que ha desaparecido para siempre, por lo menos para esta generación. ¿Pero hay alguna ley en este planeta que considere delito ayudar a un individuo a Viajar por el Tiempo? — Soltó una risa de triunfo y Ridgeway se sobresaltó.

—¡Pero el secreto! —exclamó—. ¡La Lanzadera! Si dice una cosa así, entonces todo el mundo, el globo entero, lo sabrá. Sin embargo, no lo creerán, ¿verdad? ¿Cómo podría creerlo alguien? Nos encerrarán en un manicomio. Esos sitios están llenos de gentes con nociones como las nuestras.

—También me he ocupado de eso —sonrió Blakely—. Ya lo verá. Usted y yo estaremos en el estrado hablando a la Real Sociedad sobre nuestra Lanzadera antes de que hayan pasado muchos días. Oh, sí, el secreto se divulga. Ya era hora. Todo el asunto quizás sea considerado como un enorme truco publicitario. Wilfred Marks, en Yorkshire, trabaja en ese aspecto ahora, preparando boletines de prensa. Llegó el momento en que ese holgazán se gane su salario. Queremos que todo el mundo sepa de nosotros ahora, Spencer. Deseamos que cada africano en su craal, cada esquimal en su igloo, sepan que existe nuestra Lanzadera. Nunca estaremos dentro de un manicomio, viejo amigo. Hay dos cosas que lo impedirán. Abriremos nuestra Lanzadera a cualquiera que desee efectuar el viaje. Y esta es su evidencia, Spencer. Probablemente termine siendo más famoso incluso que yo. Es usted el primer hombre que Viajó por el Tiempo y volvió para contar su historia. Los suplementos dominicales le ofrecerán la luna por la exclusiva de su historia. Lástima que tenga que desperdiciarse en el estrado de testigos. Pero ¿qué importa el dinero en este punto? Dentro de pocas horas tendremos la llave de todas las tesorerías del mundo.

Ridgeway se puso en pie agitado.

—Mi testimonio —dijo—. ¿Pretende usted que me adelante en el tribunal y cuente a todo el mundo lo que pasó cuando… cuando…? —se le cortó la voz.

—Eso tendrá que hacer, amigo mío —rió Blakely. Al sonido de su risa un escalofrío recorrió al carcelero del exterior y a los pocos minutos toda la prisión sabía que los brujos preparaban algo particularmente nocivo—. Me fío de su testimonio. No hay nadie más que fuese y volviera. Usted es la prueba evidente de toda nuestra historia. De su relato depende nuestra defensa en su totalidad.

—Supongo que tiene usted razón —asintió Ridgeway despacio y volvió a sentarse. En lo que había dicho Bob había motivos para sentir un inmenso alivio y olvidó la cólera que había mantenido reprimida durante tanto tiempo. Podría ser agradable verse centro de toda atención. Sería con certeza bueno dar la vuelta a la tortilla y caer sobre esos burros de la policía. La compensación de estas últimas semanas sería dulcísima. Y también aclararía las cosas con Madge. Ella le oiría y leería y creería, por fin. Sonrió y cuadró los hombros.

—Estoy impaciente por declarar —afirmó y Blakely soltó una carcajada. Señaló su reloj.

—No tendremos que esperar mucho. Me parece que ya les oigo venir.

La caída de un alfiler en aquella sala de la audiencia atestada hubiera sonado como si se desplomase una barra pesada, cuando los dos científicos subieron las escaleras y se sentaron en el banquillo. Al aparecer se oyó un murmullo y el sonido de un suspiro colectivo casi imperceptible.

Comenzó con todo el decoro y ceremonia necesarios en un tribunal inglés. El proceso debido de la ley tenía que observarse y los dos hombres fueron tratados tan solemnemente como si hubiesen cometido algún delito capital. Blakely disfrutaba de todo enormemente, pero Spencer Ridgeway no estaba muy seguro de su apreciación. Imaginaba a sus amigos y colegas en Cambridge frotándose las manos mientras pensaban en el «Viejo Ridgeway» sentado en el banquillo… un mal final para un buen cerebro… «Las

mentes mediocres como la de él… suelen terminar mal».

El caso fue laboriosamente establecido. El grupo inmenso de periodistas de todo el planeta se agitó intranquilo cuando se mencionó el nombre de Bellamy, el movimiento se repitió luego con frecuencia, pero ahora se iniciaba por primera vez. Ridgeway comenzó a darse cuenta del furor mundial que había desatado. Conociendo poquísimo de materias mundanas sólo podía hacer cálculos. Pero era obvio, incluso para los filósofos más recluidos en su torre de marfil, que la desaparición de un individuo como Bellamy provocaría el escándalo. Ningún tipo como Bellamy lo hubiese logrado hasta aquel extremo. La bolsa y los establecimientos financieros del globo se tambaleaban. Las acciones y obligaciones habían caído hasta lo más bajo. Desaparecido Bellamy, casi toda la estructura financiera del mundo civilizado carecía de base. Ridgeway se preguntó sarcástico cómo podría «arreglar» Bob todo aquello.

Resultó largo y aburrido y ahora que sentía más tranquilidad mental, hasta incluso dormitó en buena parte del juicio. Oyó narrar su historia a los representantes de su personal en Helmhurst, escucharon el testimonio de ciertos miembros de rostro endurecido del grupo de Bellamy, indicando cuándo el magnate llegó al aserradero. Oyó que prestaba juramento el joven capitán, ya en aquellos días instalado en su batería mediterránea, y, por último, el inspector prestó testimonio de su arresto y de la lectura de los cargos. Por fin todas las acusaciones se condensaron en una: rapto en la persona de Bernard Bellamy, financiero, con propósitos de lucro efectivo.

—¿Cómo se consideran? —preguntó el juez del centro del tribunal.

—Inocente, señor —dijo Blakely con indiferencia.

—Inocente, señor —repitió Ridgeway, con mayor seriedad. Luego ambos se sentaron y comenzó el juicio propiamente dicho.

Los periodistas siguieron entrando y saliendo y Ridgeway casi pudo oír cómo todos los cables del mundo vibraban, casi vio las chispas que salían de las incontables antenas de radio, cuando los boletines eran emitidos. Sólo un hombre no estaría interesado, pensó Ridgeway, y ese hombre era el propio Bellamy, donde quiera y cuando quiera que estuviere. Pensó mucho sobre Bellamy, más

sobre él ahora que lo que resultaba lógico. Era una cosa infernal. Bellamy había vivido, respirado y funcionado en este mundo durante cierto momento. Luego, desapareció por el flujo tridimensional regresando por su línea mundial hasta un punto de su propia juventud. Pero, si eso ocurrió en realidad, todos esos años se perderían en el verdadero Tiempo Temporal y Bellamy seguiría viviendo *ahora*. La confusión cayó sobre él al darse cuenta, por último, que exactamente lo mismo le había ocurrido. Volvió a su juventud y regresó quince minutos más tarde. ¿Pero qué fue del joven que fuera en 1939? ¿En dónde estaban los dos Spencer Ridgeway del Universo? Paradoja sobre paradoja. Miró de reojo a Bob. ¿Sabía tanto del enigma del Tiempo como pretendía?

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por una exclamación procedente de la tribuna de testigos.

—¡Charlatanes! ¡Estafadores! ¡Ignorantes! —Fueron las tres palabras que captó, pronunciadas con intensa vehemencia hasta el punto que le despejaron. El ocupante del banquillo de los testigos era el profesor Aloysius Galbraith, probablemente el físico más profundo y matemático y más puro del mundo y ante este hombre Ridgeway siempre sintió admiración y respeto. Pero Galbraith les aplicaba aquellos epítetos a Bob y a él, ¿no era cierto? Se agitó un poco y contempló de reojo a Blakely. Bob murmuraba para sí furioso. Tenía el rostro rojo de furia y crispaba los puños. Los dos policías sentados a ambos lados reaccionaron visiblemente ante esta manifestación de cólera por parte de aquel singular hechicero.

—¡Burro tozudo! —murmuró Blakely—. Ya le enseñaré, ya les enseñaré a todos. No tienen la menor idea dentro de sus cerebros cerrados. ¡Borricos ignorantes! Ya aprenderán cuando les dé mi prueba.

—Quizás nunca tenga oportunidad, Bob —insinuó Ridgeway—. Me temo que no tendremos ocasión de dirigirnos de palabra a la Real Sociedad.

—¡Silencio! —exclamó el Presidente del Tribunal con severidad y los tres jueces miraron ceñudos a los dos prisioneros.

—*Sir* George —dijo el juez del centro al abogado principal de la defensa—, tenga la bondad de llamar la atención del acusado… ejem… de sus clientes acerca de la gravedad de su situación. Continúe, profesor Galbraith.

—Sí, milord —dijo el abogado con una ligera reverencia e intercambió una mirada con Blakely. Durante un instante Ridgeway pensó que ambos se iban a echar a reír en medio del tribunal. Con toda evidencia, *sir* George compartía la ecuanimidad de Bob sobre los resultados del juicio. Ridgeway deseó ser partícipe de tal criterio.

El profesor sólo necesitó diez minutos para echar por los suelos las reputaciones de ambos acusados, para hablar mal de su carácter y despojarles de todos sus títulos honoríficos y doctorados. Cuando el representante electo del mundo científico terminó, parecía haber hecho un buen trabajo. Bob Blakely le obsequió con una sonrisa todavía más amplia. La revancha sería mucho más sorprendente cuando se produjera. A mayor caída, más estrépito.

Luego Ridgeway se encontró marchando hacia el palco de los testigos. Como en una bruma oyó pronunciar su nombre, dirección y títulos que eran considerables leído todo ante un tribunal.

—Se ha afirmado, doctor Ridgeway —dijo con suavidad *sir* George—, que usted mismo, uno de los… inventores, o mejor, patrocinadores… del aparato conocido con el nombre de Lanzadera, ha experimentado personalmente con ese mecanismo. ¿Cuál fue el propósito del experimento, por favor?

Ridgeway se humedeció los labios y se concentró en el rostro suave de su abogado.

—Regresé por el tiempo hasta cierto día de mi juventud —dijo con voz alta y clara—, a un día de mayo de 1939, cuando conocí a mi esposa, con la que me casé después, hace veinticinco años.

Su visión se nubló durante un instante, mientras pronunciaba esas palabras. Miró el rostro de uno de los periodistas. La boca del hombre estaba abierta e incluso a esa distancia Ridgeway advirtió la lucha de emociones en la expresión de aquel hombre. Alegría ante lo que sería la historia más alocadamente sensacional de todos los tiempos. Desaliento, ante la desesperanza de conseguir que ningún editor aceptase imprimir una sola palabra de la declaración.

El siseo que cayó por el tribunal quedó roto por la voz ronca de uno de los jueces.

—¿Quiere repetir esa afirmación?

Ridgeway lo hizo, esta vez con voz más alta y clara y firme, de modo que ni uno solo de los presentes de aquella sala atestada

pudiese malentenderle. En aquel momento gustó las delicias incomparables de verse centro de toda atención. Y no sólo comparativamente pocos oyeron su voz, sino millones que se sentaban sin aliento ante sus aparatos de radio mientras traducían sus palabras los locutores, en un centenar de lenguas, para un centenar de naciones. Pensó, irracionalmente que todo el mundo despierto en el planeta le estaba escuchando. Incluso muchos que normalmente estarían durmiendo, pensó de buen humor. Eso era algo que se le podía subir a la cabeza.

—¿Y ése es el funcionamiento de la máquina conocida con el nombre de Lanzadera? —continuó *sir* George y Ridgeway se limitó a replicar con sencillez:

—Sí.

—El testigo evidentemente se encuentra en un alto estado emocional —habló uno de los jueces—. Si desea aplazar la declaración o sentarse, puede hacerlo.

—Mi cliente, milord —dijo *sir* George con dignidad—, jamás se encontró en mejor estado de salud y claridad mental que ahora, se lo aseguro. Ha realizado la simple afirmación de un hecho y la defensa procederá ahora a destruir el caso de la acusación, partida por partida. Doctor Ridgeway, por favor, diga a sus señorías todo lo que recuerda de su experiencia durante ese… ejem… experimento.

Claro, pensó Ridgeway mientras lenta y desapasionadamente comenzaba el relato, no se puede esperar que la gente vulgar se tragara todo lo que decía. Hubo un tiempo en que él tampoco lo creyó y podía comprender la blanca incredulidad de sus oyentes. Pero continuó y continuó, prestando la máxima atención a sus recuerdos o a cada pensamiento que le cruzase por la mente durante la transferencia. Incluso narró la historia de la media corona dada al vagabundo y entonces se produjo una súbita agitación en el tribunal cuando muchos hombres buscaron en sus bolsillos examinando las monedas que tenían y luego se contuvieron avergonzados. Claro, pensó Ridgeway con indiferencia, esa media corona de 1960, una curiosidad imposible de 1939 sería ahora, de haber sobrevivido, una cosa completamente normal. La situación resultaba rara. Pero se iluminó interiormente al darse cuenta del movimiento súbito, casi involuntario, que demostraba que parte del público se inclinaba, por lo menos, a creer a medias en su

descabellada historia.

Terminó y siguió un profundo silencio. No se veían periodistas. Todos estaban en la batería de teléfonos del exterior, sabiendo que sus comunicaciones informarían al mundo.

Pero la ley inglesa era igual, incluso en tan inusitada situación y en el murmullo que siguió al final de la declaración de Ridgeway el decano de los jueces dispuso un descanso de media hora. Casi tanto para que el tribunal se recuperara de la sorpresa como por las demás circunstancias, aunque el principal testigo había regresado al banquillo.

—Estalló como una bomba, Spencer —murmuró Blakely mientras en compañía de Ridgeway volvía a sentarse en la pequeño habitación que quedaba debajo del banquillo. Sonrió hacia *sir* George—: ¿Qué opina usted? ¿Queda mucho?

Sir George soltó una carcajada.

—Estarán ustedes libres a las cuatro de la tarde —prometió—. Después de esto lo que resta será un juego de niños. Tengo a Williams y a su personal aguardando y nos comeremos al fiscal vivito y coleando. La afirmación del viejo Galbraith me causó algo de temor. Es un hombre con una gran reputación. Yo digo que… supongamos que todo esto es completamente cierto, ¿eh? Quería decir, esas declaraciones y testimonios de Bellamy parecen estar en orden, pero…, bueno, pregúntense a sí mismos lo que sentirían si estuvieran en mi caso o en el de los demás asistentes.

Blakely sonrió.

—*Sir* George, usted puede ser la próxima persona que viaje con nuestra Lanzadera. Después, ya no le quedará en su mente la menor sombra de duda.

—Oh, buen Dios, no tema —se apresuró a decir el abogado—. No tengo el menor deseo de exponerme a… no, esta época y este lugar me convienen perfectamente. Después del juicio, podré elegir mis propios casos, ya lo saben. Creo que deberé aceptar su historia. Después de todo, han ocurrido cosas en los últimos años que parecían imposibilidades. La fisión nuclear, la fusión, cohetes a la luna, buen Dios, nadie puede decir donde terminará todo.

Blakely testimonió después del descanso y Ridgeway se relajó. Se preguntaba porqué el fiscal se había abstenido de repreguntarle y pensó que quizás le consideraba un lunático sin esperanzas, que no

valía la pena de gastar palabras. En cierto modo la evidencia de Bob cayó algo mal. Claro, ése era su propósito. Después de la sencilla historia de Ridgeway de sus quince minutos en el pasado, ¿lo demás no iba a ser una minucia? Y, de todas maneras, la historia de Blakely estaba llena de tecnicismos y de jerga científica que resbaló por las cabezas de la mayor parte de la gente en la sala y ciertamente en la de los tres jueces.

Uno de ellos se inclinó hacia delante y miró a Blakely con sus gruesas gafas.

—¿Se da cuenta de que está bajo juramento? —preguntó con severidad.

—Sí, milord —sonrió Blakely. Su sonrisa fue implacable para el fiscal que trataba de enredarle con sus contrapreguntas. El empelucado leguleyo le miró con fijeza como fascinado. Jamás en su vida de picapleitos había oído historia semejante.

—¿Entonces admite usted —dijo, luchando por mantener la calma—, que se daba cuenta del efecto que causaría al señor Bellamy entrar en la Lanzadera? Y no obstante, le dejó hacerlo.

—Buen Dios —exclamó Blakely—, ese hombre había financiado mi construcción de la Lanzadera, ¿no es verdad? Lo que le ocurrió era exactamente lo que había planeado que le sucediera. Yo sólo cumplía órdenes.

El fiscal se humedeció los labios y se secó la frente.

—¿Entonces pretende usted que el señor Bellamy existe ahora en su propio pasado? ¿Que tiene ahora veintiocho años de edad? ¿Que no se acuerda de su personalidad en esta vida? —Las palabras del todo increíbles salieron de la boca del hombre y apenas podía comprender que las pronunciaba.

—A la primera pregunta… sí —respondió Blakely—. A la segunda… también sí. A la tercera me refiero al testimonio de mi colega, el doctor Ridgeway. Yo simplemente tengo teorías de esa parte de nuestro proyecto. El doctor Ridgeway posee la experiencia actual.

—Ya no hay más preguntas, milord —dijo el abogado débilmente y se sentó.

Sir George se puso en pie entre un susurro monumental.

—Llamo ahora a Septimus Williams —gritó—. Señor Williams, por favor.

El remilgado abogado de Suiza entró en el palco y Ridgeway recordó al verle el séquito de Bellamy.

—¿Es usted Septimus Williams, y su profesión legal de abogado? —preguntó *sir* George.

—Cierto —dijo Williams—. Soy el consejero legal en jefe del señor Ben Bellamy.

—¿Quiere decir a sus señorías y al tribunal donde se encuentra en este momento su jefe, por favor?

—En algún lugar de Kent, según creo —dijo Williams con indiferencia—. Tiene veintiocho años de edad y es un joven contable. Lo tengo todo en sus declaraciones…

—Gracias, señor Williams —le respondió *sir* George con suavidad—. Ya llegaremos a eso. Ahora, dígame, dese cuenta de que acaba de efectuar una afirmación extraordinaria. ¿Qué pruebas tiene para decir lo que nos ha dicho?

—Bueno, veamos —contestó pensativo Williams—. La primera de todo, sabía que el señor Bellamy financió a los doctores Blakely y Ridgeway para fabricar la… ejem… Lanzadera del Tiempo. Mire, se efectuaron demostraciones con un pequeño modelo en una entrevista en casa del señor Bellamy, en Suiza. Creía que la cosa funcionaría. Supongo que yo también. Trabajando con el señor Bellamy uno adquiere la costumbre de creer en lo que él cree.

—Muy cierto —asintió pensativo *sir* George.

—Supe que vino a Inglaterra para hacerse… al pie de la letra, enviar de regreso en el tiempo a una edad anterior a la del accidente que le convirtió en un tullido. Hubiera dado hasta él último céntimo de sus enormes posesiones por ser un hombre normal. Espero y confío que haya obtenido lo que ambicionaba y ahora viva feliz caminando con sus propias piernas.

Ridgeway, mirando al hombre, experimentó una nueva y súbita emoción. He aquí a un individuo que admiraba, que respetaba y posiblemente apreciaba al ausente Ben Bellamy. Raro, rarísimo, reflexionó. Bellamy había sido… era… un individuo que no creaba afectos y sin embargo teníamos a este abogado…

Luego su atención volvió a las palabras del hombre que estaba en el palco de testigos. Leía un documento.

—Por el presente certifico que nadie en absoluto, ni en particular los doctores Robert Blakely y Spencer Ridgeway, deberán

ser acusados de crimen alguno en relación con mi partida de esta generación. Son simplemente agentes míos en el presente asunto, sirvientes sin voluntad propia alguna. Lo que estoy a punto de hacer, lo hago con pleno conocimiento de causa y después de haber meditado concienzudamente en todos los aspectos del asunto, durante los pasados nueve meses. Como sin duda ocurrirá, cuando me haya ido, los borricos que gobiernan este mundo no dudarán en acusar a esas dos personas de asesinarme o de raptarme y esconderme por algún método ingenioso; para evitar esto redacto la siguiente declaración jurada en presencia de testigos.

La cosa pareció durar muchísimas horas. Ridgeway vio a los testigos, a los matones que acompañaron a Bellamy, prestar declaración. Los documentos se apilaron en la mesa y pasaron de mano a mano. Hubo otra suspensión, esta vez de quince minutos sólo y luego todo había terminado. De pronto y casi sin previo aviso, finalizó el juicio.

El juez decano pronunció el veredicto:

—Es opinión de mis colegas y mía propia —dijo el viejo con aire sonoro—, que en este asunto no hay delito posible que castigar. Los detenidos son, por tanto, libres de marcharse sin custodia alguna.

—¿Qué le dije, Spencer? —saltó Blakely loco de alegría, mientras salían del banquillo para ser recibidos con los brazos extendidos por *sir* George. Rió con los abogados y todos miraron a la multitud que llenaba la sala. Pero la gente no hizo el menor movimiento para dejarlos pasar y Blakely frunció el ceño.

Sir George avanzó imperioso y en la masa de público apareció un estrecho sendero. Los tres caminaron hasta las puertas dobles. Del silencio se alzó un millar de voces susurrando y Ridgeway experimentó un súbito momento de agudo terror. Recordó casos de brujas y hechiceros que eran arrancados de las manos de sus captores y lapidados, quemados o… morían acribillados por balas de plata o con estacas atravesándoles el corazón. ¿Eso de las estacas no sería para los vampiros? Juró y rezó arrastrando los pies mientras caminaba hacia la puerta. Llegaron a ella y la cruzaron. A ambos lados, en el corredor, había una multitud silenciosa, pero frente a ellos un grupito de hombres.

Dos llevaban trajes corrientes, pero cuatro vestían batas blancas. Miraron a Ridgeway y a Blakely petrificados y uno de los más

destacados se adelantó.

—Robert Blakely y Spencer Ridgeway —dijo—. Tengo orden del Secretario del Interior de detenerles y mantenerles en confinamiento protector a disposición de Su Majestad.

Blakely frunció el ceño y se adelantó.

—¿Qué insolencia es esta? —preguntó—. Nos acaban de declarar inocentes de un cargo ridículo. ¿Ya qué viene esta nueva ofensa? Vaya, custodia protectora. Le aseguro que no necesitamos protección. Exijo que nos dejen pasar.

Los hombres de las batas blancas parecían moverse muy lánguidamente, pero, al cabo de un segundo, dos de ellos sujetaban a cada uno de los prisioneros liberados. *Sir* George comenzó a protestar pero lo apartaron violentamente. Los policías de pie en el pasillo impidieron que se armara demasiado escándalo. Blakely estaba furioso y luchó, pero sin éxito. Lanzó un rugido hacia Ridgeway:

—Ya sabe lo que es esto, Spencer… Es la Cámara Estrella. Esos hombres son alienistas. Van a encerrarnos en ese manicomio del que usted habló, después de todo. Por Dios, yo nunca me imaginé esto. Ya sé quien está al fondo del asunto. Es esa rata de Galbraith. Por Dios, cuando quede libre…

—Ustedes necesitan protección, caballeros —dijo educadamente el primer individuo—. Escuchen eso —y alzó la mano. Blakely y Ridgeway escucharon y el estrépito les llenó los oídos cuando la puerta exterior quedó abierta.

Parecía como el gruñir de centenares de bestias salvajes. Comportaba cólera y odio, manía religiosa y frenesí, el espíritu de la inquisición y las persecuciones, las brujas de Salem y la Revolución Francesa. Tranquilo, ahora, Blakely se dejó conducir hasta la puerta exterior; Ridgeway siguiéndole con su escolta.

Su aparición fue recibida con un estrépito ensordecedor y los dos hombres se quedaron boquiabiertos mirando a la enorme multitud que atestaba el exterior de Old Bailey. Vieron policía montada impotente y atascada entre la muchedumbre y a unos cuantos agentes a pie tratando en vano de hacer retroceder al gentío.

—¿Se dan cuenta de lo que he querido decir? —preguntó el hombre que exhibió la orden de detención.

Comenzaron a volar palos por el aire. Se vieron navajas abiertas, también volaron ladrillos y ambos hombres sangraban copiosamente en la cara para cuando se vieron introducidos sanos y salvos dentro del furgón negro que aguardaba junto al bordillo, las puertas flanqueadas por dos soldados con metralletas. Se arrojaron al interior del vehículo y el grupo de los seis individuos les siguió. Se cerraron las portezuelas con violencia y se barraron y entre un estrépito de cláxones, el furgón se abrió paso lentamente por la densa multitud de personas enloquecidas y furiosas por el miedo.

Ridgeway luchó por recuperar la respiración y miró a su colega. Para su profunda sorpresa vio a Blakely ahora sonriendo, aunque sangraba por la frente y tenía un corte en la mejilla.

—Piense en la publicidad, Spencer —rió—. Oh, todos los millones de Bellamy no pudieron darle tanta fama como poseemos ahora nosotros. Esa multitud de ahí afuera… ¡Bah, animales! Que se esperen. Dentro de poco tiempo cantarán en tono diferente. Vendrán a mí de rodillas… —Soltó una carcajada y la interrumpió cuando vio que era el centro de atención de los seis hombres que le rodeaban—. Oh, no —rezongó—. Ya se darán cuenta de que no va a ser fácil encerrarnos como locos. Amigos míos, en este país hay leyes. Y, permítanme decirles esto, el profesor Aloysius Galbraith no es el único miembro de la Real Sociedad. Démonos prisa y acabemos con este asunto lo antes posible. Ya hemos aguantado bastante durante las pasadas semanas. Me pregunto si su gente se da cuenta de que el doctor y yo tenemos un importante trabajo que completar.

IX

Las cartas y telegramas comenzaron a llegar en reguero, continuaron en un torrente creciente y por último se convirtieron en una inundación que amenazaba derrocar todas las defensas en el viejo aserradero de Helmshurst.

El correo llegaba por el helicóptero diario, prestado por la Armada siguiendo instrucciones del Departamento del Interior. Al principio era una saca pequeña, luego esta saca comenzó a llenarse y al poco el volumen del correo creció hasta media docena de sacas al día. En apariencia, cada hombre y mujer del mundo entero, querían escribir a Blakely y a Ridgeway.

Había ahora sólo seis hombres en el aserradero de la Lanzadera, seis individuos solitarios y rodeados por entero de una densa multitud de tiendas, remolques, coches, camiones, cualquier cosa que pudiera contener y albergar a la gente. La mayor parte de las personas guardaban bastante silencio, mirando con fijeza, como si estuvieran embrujadas, por entre las verjas. Muy raras veces causaban molestias a la policía o a los soldados. Sólo cuando alguien intentaba entrar o salir del Recinto se producía tumulto. Y así, eventualmente, un oficial del Departamento del Interior inauguró el servicio por helicóptero aterrizando en el patio del aserradero. Él y quienes vinieron en su compañía precintaron la sala de la Lanzadera y al propio aparato con sellos del gobierno, colocando avisos y declarando la zona de alto secreto, amenazando con graves penalidades a quien violara la prohibición. Luego se marcharon. Wilfred Marks y sus hombres les vieron llegar e irse y luego regresaron a la portería, que ahora se había convertido en su cuartel general.

La mayor parte de los técnicos habían sido despedidos puesto

que no se necesitaban sus servicios y tuvieron que ser sacados de contrabando antes que la multitud creciera en número. Marks conservó a Hornby y a cuatro de los técnicos electrónicos para sus propios usos. En la actualidad los seis estaban muy atareados repasando el correo.

—¿Cuál es la suma total hasta ahora, señor Marks? —preguntó Hornby—. Mire, ya estoy harto de esto. No vine aquí para repasar cartas estúpidas como las que estamos recibiendo.

—Sin embargo, sí que coge satisfecho la doble paga que recibimos todos —dijo Marks con aire malicioso. Él mismo había autorizado el aumento de sueldo y pagaba a los cinco y cobraba él con cheques, puesto que no podían gastar nada y toda la comida, tabaco y los artículos de primera necesidad los recibían cada día por helicóptero—. Otra cosa, esas cartas estúpidas que usted considera han llegado a importar en sus donativos casi medio millón de libras esterlinas; es decir, si alguna vez podemos hacer efectivos los cheques.

—¡Medio millón! —Silbó Hornby. Los otros cuatro alzaron la vista y fascinados se quedaron mirando las pilas de cartas—. Para cuando el doctor Blakely regrese, le estará esperando una extraña fortuna.

—Creo que devolverá hasta el último penique —dijo Marks—. Conozco parte de los planes del doctor Blakely y no incluyen a ninguna de las propuestas singulares que contienen las cartas. He hecho una lista de unas pocas. Apenas se atrevería uno a creer lo que piden.

Hornby soltó una carcajada y alzó un trozo de papel de color.

—Aquí está el primer cheque en blanco, Wilf. Después de esto creeré en cualquier cosa. Es uno de esos millonarios petroleros de Tejas. Ofrece dinero ilimitado por utilizar un día la Lanzadera. Ahora que no me imagino qué diablos deseará poseer un magnate petrolero tejano que no tenga ya.

—Espere hasta enterarse de unas cuantas de esas ideas —rió Marks—. En lo alto de la lista aparece un individuo que quiere que se le envíe al pasado, desea volver a Jerusalén momentos antes de la Crucifixión. Cree que si pudiese matar a Judas Iscariote o a Poncio Pilatos todos los males del mundo quedarían enderezados en un abrir y cerrar de ojos.

—Un chiflado —murmuró despreciativo uno de los que se dedicaban a elegir cartas—. Si no hay Crucifixión, no habrá Resurrección, ni Redención. ¡Qué mundo! Ese individuo debiera ser llevado ante la tribu amazónica que tiene por pasatiempo reducir las cabezas, para que hiciesen un experimento con la suya.

—Tiene gracia —murmuró a su vez Marks, ojeando los papeles en que había condensado el contenido de millares de cartas—. Todo es muerte, destrucción. Apenas un plan constructivo en el total. Un hombre quiere retroceder y matar a Hitler en 1934. Otro piensa hacer lo mismo y asesinar a Napoleón. Si se permitiese que tuvieran lugar una décima parte de esos planes, casi toda nuestra historia se desvanecería en menos de un segundo. Sin embargo, todas esas matanzas… ya se sabe que da asco pensar en la cantidad de sanguinarios que hay entre la gente vulgar.

—Habrá también sed de sangre en nuestras esposas si esta situación no se despeja pronto —sonrió uno de los técnicos.

—Pues no tienen de que quejarse —intervino otro. Un individuo que casualmente se llamaba también Bellamy—. Con paga doble y sin tener que darnos de comer, ¿qué más pueden pedir? Miren, ¿saben lo que mi mujer me ha dicho por teléfono? Uno de los periódicos de Londres le ofrece cinco mil libras por sus memorias a las que titularía «Mi vida con Bellamy». ¡Imagínenselo! ¡Su vida conmigo! Eso demuestra lo que son los periódicos. La mayor parte de la gente que los compra se creen que yo soy ese tal Bellamy. ¡Puaf! Pero cinco mil libras… dan que pensar, ¿no es verdad?

—Yo de usted aclararía pronto eso, Bert —rió otro—. Métase en la Lanzadera y retroceda unos cuantos años, mate a Ben Bellamy y se pone en su lugar…

—¿Ven lo que yo les decía? —afirmó Marks dirigiéndose a Hornby—. Sólo se habla de asesinatos.

—Tiene gracia esa Lanzadera —continuó el hombre imperturbable—. Ninguno sabe cómo funciona. El viejo Blakely se lo guardó todo para sí, ¿verdad? Fíjense, todos trabajamos en ello junto con los individuos que fueron despedidos ya. ¿Sabe alguno cómo funciona o es capaz de ponerla en marcha?

Marks se estremeció.

—Ya dije que sabemos demasiado del aparato. Sería mejor no haber oído hablar nunca de él; mejor aún que Blakely no lo hubiese

construido…

—Está bien —sonrió Hornby—. Entre en el chisme ese, regrese, y coloque una almohada sobre la boca infantil de nuestro reverenciado jefe mientras está en su cuna hace unos cuarenta años y pico.

—Quizás fuese lo mejor —contestó Marks sombrío—. ¿Cuáles son las últimas noticias?

—La cosa se calienta, diría yo —afirmó el cuarto técnico—. Tuvimos esa entrevista en TV en donde el Primer Ministro y un equipo de psiquiatras trató de confundir a nuestra pareja. Bueno, ya vimos cómo se lo tomaron. El viejo Ridgeway es todo un tío. Nunca se le vio tan hombre como después de volver de ese viaje que hizo. Se enfrentó a ellos como si fuese un perro de presa y no los destrozó a mordiscos por casualidad.

Hubo un breve silencio. Aquellos seis hombres, solos y sitiados allí dentro, escuchando a cada hora los murmullos de las multitudes exteriores, teniendo como único enlace con el mundo el teléfono, la radio y la TV, gradualmente llegaban a creer en la enormidad de esa Lanzadera que se cernía silenciosa y solitaria en las grandes cámaras precintadas del aserradero. Era cómo ser los criados de algún terrible genio dormido, pensó Marks en una de sus noches insomnes tumbado en un camastro de la cantina. Habían ocasiones en que soñaban en la cosa como si fuese un monstruo viviente, un diablo, o la puerta del mismo Infierno. Al despertar, se encontró bañado por un frío sudor.

—Nunca podrán enredar a ese par nuestro —dijo—. Quizás sean unos tipos raros, pero están tan cuerdos como cualquier hijo de vecino. Algo viene ahora. Me parece que es un anuncio especial. Escuchen.

—Acaba de comunicarse, desde el despacho del Primer Ministro, que el profesor Aloysius Galbraith, presidente de la Real Sociedad, ha intervenido en el caso Bellamy. En nombre de la Ciencia exige la libertad instantánea de los dos hombres que están retenidos en relación con la desaparición del multimillonario Ben Bellamy, acaecida hace tres semanas.

—Bueno —se maravilló Hornby—. Eso es el colmo. Vaya giro que ha dado la cosa. ¿Recuerdan aquel viejo chivo del juicio de Old Bailey? Llamó a Blakely y a Ridgeway con todos los nombres que le

acudieron a la lengua. ¿Qué preparará ahora?

—Oh, yo diría que es un acto de solidaridad con la casta científica —dijo sagazmente Marks—. Aun cuando Galbraith tenga sus propias ideas sobre el trabajo de Blakely, la cosa es distinta si la autoridad se enzarza con cualquier científico. Miren, conseguirá lo que se propone. En esta época todos los gobiernos han de plegarse a las conveniencias de los chicos científicos.

Tenía razón. El debate ante la Real Sociedad tuvo lugar al día siguiente y los seis del aserradero dejaron de repasar los millares de cartas para escuchar y ver por TV.

En el vasto anfiteatro todos los asientos estaban ocupados y los dos científicos de Helmhurst se encontraban en el estrado. Los seis hombres vieron cómo su jefe daba un breve, tenso y muy lucido resumen de cómo funcionaba la Lanzadera y cuál era su propósito. El doctor Ridgeway habló sólo cinco minutos, pero su discurso se recibió con un profundo silencio que contrastaba notablemente con los siseos con que Blakely esperaba ser recibido. Cuando Ridgeway terminó el silencio proseguía.

Los televidentes vieron cómo Galbraith se levantaba apasionadamente de su asiento en la presidencia y se dirigía hacia los dos oradores. Se podía apostar que todo el mundo capaz de tener un televisor estaba contemplando por Eurovisión y los satélites reemisores la escena que tenía lugar y así probablemente dos mil millones de personas oyeron cómo Galbraith desafiaba a Blakely. Marks alzó las manos reclamando silencio y se oyeron las palabras del altavoz:

—Voy a descubrirle, Blakely, de una vez para siempre. Yo mismo entraré en su maldita Lanzadera y demostraré que es un charlatán y un estafador.

—Blakely se salió con la suya —dijo entusiasmado Hornby—. Ha provocado al viejo chivo para que lanzase este desafío. Bueno, eso zanjará el asunto. Si Galbraith entra y sale vivo y con algo que contar, yo diría que nuestro aserradero volverá a ser el centro del mundo.

—Eso lo es ahora ya —declaró Marks. Se puso en pie—. Metan todo esto en los sacos, muchachos. Y de ahora en adelante nos concentraremos en una sola cosa; las cartas pueden aguardar. En cualquier momento vendrá aquí un grupo, compuesto por la gente

más importante de la nación. Primero, les aviso a ustedes para que se adecenten y se afeiten. No querremos que el Primer Ministro cuando llegue vea un conjunto de eremitas barbudos.

Las fuerzas que iban a levantar el sitio del aserradero de Helmshurst llegaron a mediodía del día siguiente. La «guarnición» siguió los pasos de la expedición por la radio. El grupo dejó Gatwick y aterrizó en el aeropuerto de la R.A.F. de Yorkshire. Luego hubo una especie de desfile de coches que llevó a sus componentes hasta las puertas del aserradero, esta vez por entre una fila de soldados armados. La multitud estaba muy tranquila, con un silencio ominoso y cuando los coches hubieron entrado y las puertas y verjas vueltas a cerrar, se lanzó contra las barandillas y tapias en una especie de marea viviente silenciosa.

En esa llegada no hubo orden de precedencia. El doctor Blakely fue el primero en saltar de un coche y estrechar la mano a Marks. Ridgeway le seguía y luego Galbraith, ahora silencioso y ceñudo.

—¿Todo en orden, Wilfred? —preguntó Blakely—. Ya sabe lo que ha pasado, ¿verdad?

—Defendimos el fuerte, señor —rió Marks—. Me acompañan Hornby y cuatro técnicos. No ha sido agradable, pero nos las arreglamos. Debería ver las montañas de cartas que han recibido ustedes dos, caballeros. Parece cómo si cada habitante de la tierra quiera ofrecerles una fortuna para que se les envíe al pasado o al futuro, de hecho a cualquier parte, pero lejos de este mundo y de su generación.

—¿Se atreve a censurarles, Wilfred? —rió Blakely—. Pero todo eso deberá esperar. Tenemos trabajo por delante. Hemos de satisfacer a nuestro amigo el profesor, aquí presente, para convencerle de que no somos… ¿cómo nos llamó usted, Galbraith, charlatanes, estafadores, etc., etc.?

—Repetiré todas estas palabras dentro de una hora —gruñó Galbraith. Y consultó su reloj—. Empecernos pronto. Fui un estúpido al dejarme engañar en esta tontería. Quiero tomar el avión de regreso a Londres lo antes posible.

Los otros coches estaban vaciándose de sus ocupantes. Y los seis defensores del aserradero les miraron con ojos fascinados, dándose cuenta de la categoría de aquellos hombres famosos que descendían de los vehículos y se plantaban mirando intranquilos hacia la masa

de los edificios. Ridgeway sonrió a Marks.

—Esta es la fama, Wilfred —rió—. Aquí está el Primer Ministro y la mayor parte del gabinete. Hay un comité de la Real Sociedad, hay delegaciones de los Estados Unidos, ahí están de John Hopkins, del Smithsoniano, M.I.T. y
Cal-Tech.
¿Ha venido alguien de la Academia de Ciencias de Moscú, Bob?

Blakely sonrió.

—Lo habrían hecho si hubiese organizado yo las cosas, Spencer. Pero no hay más remedio, a veces, que reprimir los impulsos. Quizás más tarde, pero mientras tendremos que seguir la corriente a esos tipos. Cuando uno se ha plantado en la cabeza del mundo y gira con ella al mismo tiempo, tiene que estudiar con cuidado sus pasos.

Ridgeway soltó una carcajada.

—¡Estudiar sus pasos! —murmuró—. Me gustaría verle a usted hacerlo, aunque fuera una sola vez, Bob. Marks, por poco nos hace detener y recluir como lunáticos. Bueno, ¿qué esperamos? Adelante con los faroles.

El grupo de personas importantísimas se mantuvo distante mientras los agentes del Departamento del Interior rompían los precintos y abrían las grandes puertas. El sol de la tarde se filtraba por las altas y estrechas ventanas del cobertizo y cuando penetraron todos sus rayos caían de lleno sobre el conjunto de la Lanzadera. El grupo se detuvo y todas las cabezas se inclinaron hacia arriba. Blakely se adelantó un paso y se plantó con las manos en las caderas, mirando al fruto de su ingenio.

—Por fin —le oyó murmurar Ridgeway.

Se encontraba de pie con Madge, inmediatamente detrás de Blakely. La habían recogido en su casa y estaba en un estado próximo al colapso. Las semanas de separación la habían puesto nerviosa y el hecho de que también su casa se viese rodeada por curiosos la redujo a un estado lamentable. Ridgeway puso por condición que ella les acompañase y ahora la tenía a su lado, rodeada por su brazo.

Bajo los rayos del sol, la gigantesca Lanzadera brillaba pareciéndose más que nunca al caparazón de un insecto titánico. Sus cables y espigones devolvían la luz como chispitas diminutas

que parecían darle casi la forma de vida cristalizada. Ridgeway contempló a Galbraith y vio cómo se meneaban sus labios. Probablemente intentaba pensar en algo cáustico que decir. Y, al no conseguirlo, se sintió decepcionado, pensó satisfecho Ridgeway.

Marks y sus hombres habían trasladado todas las sillas al interior del edificio del aserradero y gradualmente el grupo comenzó a instalarse. Habían secretarios y ayudante en torno a la mayor parte de las sillas y los labios de Blakely adquirieron una mueca casi imperceptible de desprecio. Pero mantenía su actitud y eso fue todo.

—Caballeros —comenzó—. No perderemos tiempo. La mayor parte de ustedes tiene trabajo importante al que reintegrarse y sólo menos de una hora será suficiente para que saquen sus propias conclusiones. ¿Están preparados los caballeros de la Prensa?

Habían sólo cuatro periodistas y un fotógrafo. Los cinco, miembros del personal de publicistas del Departamento Interior y aún ellos consiguieron pasar, después de una severa censura, porque toda la prensa hambrienta de noticias del mundo exigía estar representada.

—El profesor Galbraith —dijo Blakely—, se ha ofrecido voluntario para probar mi Lanzadera. Me gustaría decir una palabra acerca del inmenso valor que demuestra el profesor aceptando mi desafío. Pensando, como es su caso, que mi Lanzadera es un truco y sabiendo, como se sabe, que Ben Bellamy ya no pertenece a este mundo… mejor dicho, a esta época… Galbraith opina de manera diferente… sin duda comprende el inmenso peligro que podría existir para cualquiera…

—Blakely —exclamó Galbraith con voz acre—, por Dios, continúe. Ya estoy perdiendo bastante tiempo. He dicho que probaré ese aparato. Ahora, póngalo en marcha, que giren las ruedas, pronuncie las palabras de hechicería que crea convenientes. Hace muchísimo tiempo que no asistía a la demostración de un truco tan evidente cómo el que tenemos delante.

La sonrisa de Blakely se disipó y miró llameante y animoso a su colega.

—Como guste, profesor —dijo con sequedad—. Veamos, ¿adonde y cuándo desea usted viajar? ¿Al Pasado o al Futuro?

Galbraith sonrió lobunamente y toda la concurrencia pareció

agitada.

—¿Así que pretende continuar fingiendo hasta el final? —rezongó—. Deme sus malditas tizas y envíeme al Pasado. Tengo cincuenta y un años de edad. A cualquier momento dentro de ese período. —La risa que soltó fue también escalofriante.

—Eso lo hace algo más difícil —observó Blakely—, y posiblemente también más peligroso. Pero, siga mis instrucciones. Cuando entre usted en la Lanzadera y ella se ponga a girar le sacaré de este Universo, donde quiera y cuando usted aterrice marque con tiza el lugar de sus pies. Haré funcionar la Lanzadera a intervalos de quince minutos a partir de ahora y si en cualquiera de esos momentos usted se encuentra dentro de las marcas de tiza volverá al Aquí y al Presente. ¿Preparado, señor?

Se volvió a repetir la agitación y un secretario se adelantó. Blakely se dirigió a uno de los personajes sentados e hizo una reverencia. El Primer Ministro pronunció unas cuantas palabras y Blakely sonrió.

—No hay peligro, señor, se lo aseguro. Por mi parte, ni el mínimo peligro en el mundo. La única posible dificultad podría producirse de la obstinada intransigencia del profesor. Me sigue considerando un charlatán, señor.

—¿Y no lo es usted? —preguntó intencionadamente el Primer Ministro.

—Aquí estamos para demostrarlo, señor —dijo Blakely con la máxima dignidad. Volvió a inclinarse y regresaron a donde Galbraith estaba plantado al pie de la escalerilla, junto a la Lanzadera. El rostro del científico carecía de color y se humedecía los labios nerviosamente.

—¿Asustado, profesor? —preguntó Blakely con indiferencia.

—No me asusto con facilidad, granuja impertinente —repuso con un gruñido Galbraith—. Cuando baje por esa escalera, habrá perdido usted hasta la última posibilidad de volver a trabajar jamás, Blakely. Le meteré en un aprieto. Voy a descubrir el fraude viviente que es usted… el mayor fraude desde el barón Munchausen.

—Profesor, no se olvide de las marcas de tiza —dijo Blakely con tono ligero.

Apenas se oía un sonido en el cobertizo cuando Galbraith se plantó completamente inmóvil en el centro de la Lanzadera. Blakely

y Ridgeway estaban atareados en el panel y luego Blakely comenzó su ritual de los interruptores. Uno o dos de los que estaban sentados medio se levantó, pero los dos hombres no hicieron caso. Madge Ridgeway se acurrucó en su silla, detrás de su marido, con la vista fija en la espalda de éste y una aterrorizada fascinación. Su mente había traspasado el umbral del pensamiento. Vivía en una pesadilla continua.

Cortando el silencio sonó la voz de Blakely.

—Ahora, Galbraith —gritó. La Lanzadera había empezado a girar, llegó hasta la velocidad máxima y desapareció y la mano firme de Blakely colocó en su sitio los dos últimos conmutadores. Se oyó el acostumbrado taponazo cuando el aire se precipitó a llenar el vacío y la plataforma quedó despejada. El profesor Aloysius Galbraith acababa de desaparecer.

Ridgeway sostuvo a su esposa compasivamente y miró con cinismo al torbellino que llenaba el cobertizo. El Primer Ministro estaba rodeado por una turba de científicos, todos tratando de hablar a la vez. La multitud se dispersó en grupos y se quedó contemplando con fijeza a la Lanzadera. Ahora se la veía vacía e inmóvil, los rayos de sol coloreando todos sus componentes.

Fueron los quince minutos más largos que recordaba Ridgeway. Magde no habló en absoluto, ya no pensaba, sino que se limitaba a permanecer entre sus brazos, silenciosa e inmóvil. La notaba un ligero temblor de vez en cuando y eso hacía que le doliese el corazón. Cuando este maldito asunto hubiese terminado y las cosas quedaran zanjadas, se separaría de Blakely. Le dejaría con su maldita Lanzadera y viajaría con Madge al rincón más lejano del mundo actual.

Casi se perdió el momento en que Blakely, sus ojos fijos en el reloj del panel, puso otra vez en movimiento la Lanzadera. Giró, desapareció y no tardó en reaparecer. Y ahora, si la sensación que se produjo al desaparecer el profesor fue grande, la conmoción al no verle surgir la sobrepasó de lejos. Porque la Lanzadera se detuvo en su fantasmal silencio, frenando en la cumbre de sus máximas revoluciones, para quedarse quieta… y vacía.

Blakely saltó hacia la escalerilla y subió. Allá abajo estalló el pánico. Bajó pálido y mordiéndose los labios. Ridgeway volvió a acercarse al Primer Ministro y a hablarle, pero no pudo distinguir lo

que decía. Todos los presentes en el cobertizo hablaban a la vez. Luego Blakely regresó hasta donde estaban sentados, los hombros inclinados y los labios temblándole.

—Ese maldito loco me está haciendo objeto de un truco —gruñó —. ¿Se imaginan el odio de ese hombre tan tozudo? Para demostrar que me equivoco, para rechazar mis afirmaciones, se ha preparado a cometer lo que equivale a un suicidio.

—¿Quiere decir que va a permanecer allí, en su pasado?

—Evidente, ¿no? —repuso Blakely—. Ese hombre es capaz de ir hasta cualquier parte con tal de provocarme. Fui un estúpido al acuciarle a que se presentase voluntario para el experimento.

—Usted es un asesino —gimió Madge Ridgeway débilmente y Blakely se mordió los labios y la miró ceñudo. Luego consultó su reloj.

—Quizás quince minutos no fueron bastante para él —comenzó a murmurar para sí—. Puede que sea mejor hacer lo que dije de reactivar la Lanzadera cada quince minutos. Eso significa que volverá en algún otro momento. Tendremos que esperar.

Ridgeway no supo qué decir. Como Madge, le parecía estar viviendo algún sueño imposible. Vio cómo Blakely se plantaba nervioso delante del panel, sus ojos clavados en el cronómetro; luego le vio mover las manos convulsivamente. Un nuevo silencio se extendió por la multitud mientras la Lanzadera inició sus revoluciones. Desapareció vacía y luego las manos de Blakely colocaron en su sitio los dos últimos conmutadores. Y todo regresó. ¡Y en esta ocasión el aparato no estaba vacío!

La cosa se plantó rígida en el Centro de la Lanzadera. Sus pies planos agarrados a la plataforma. Fascinado, Ridgeway la contempló y una gran luz asomó a sus ojos. Vio a los cuatro policías de paisano que acompañaban al Primer Ministro sacar su pistola y acercarse a la escalerilla.

—¡Alto! ¡Alto! —bramó—. ¡No disparen! ¿Es que no sabe lo que es?

—¿Y usted, Spencer? —Y Blakely se volvió hacia él. Extendió la mano—. No disparen o averiarán la Lanzadera. Lo hicimos una vez y si queremos recuperar a Galbraith no podemos arriesgarnos a efectuar disparos. ¿Y bien, Spencer?

—Es un hombre *primitivo* —sonó la voz de Ridgeway y al

instante varios científicos se adelantaron—. Es un espécimen de lo que llamamos Hombre del Cromagnon. Está vivo y respira. Hace unos segundos vagaba por las tundras del Norte de Europa, a millones de años de distancia.

—Eslabón Perdido —se oyó exclamar a una voz científica—. Imagínense esa bestia en
Regent's
Park.

—Es un *hombre*, necio —sonó el ladrido de uno de los naturalistas—. El primer hombre verdadero del mundo. Por Dios, Blakely, si usted no puede remediarlo… me parece que podríamos prescindir de Galbraith por conservar a este fósil viviente.

—Necio del infierno —repuso Blakely—. Atrás, comienza a bajar por la escalera.

Como un mono, el ser se descolgaba por la escala. Utilizó pies y manos y luego se quedó plantado mirando por debajo de las salientes cejas a la multitud de extraños animales que se le enfrentaban. No llevaba ni pieles ni ropas, pero estaba semicubierto por un espeso vello rojizo. Por debajo de las cejas brillaban sus ojos y sostenía entre las manos un pedazo afilado de roca. Luego se oyó un grito agudo de la garganta de Madge Ridgeway y la mujer se desplomó desmayada. Spencer corrió hacia ella y la levantó en brazos. Más allá de aquel grito, en el cobertizo reinaba un absoluto silencio.

Entonces el ser se movió. Caminó como un mono hacia Ridgeway y su esposa. El arma de piedra se alzó en las potentes manos peludas como zarpas. Un solo disparo sonó y el ser giró en redondo donde estaba. Soltó la piedra y se cogió el pecho. Sonaron una serie de escalofriantes rugidos, los rugidos de un gorila, recordó después a uno de los naturalistas. El ser volvió a girar y luego cayó al suelo en un montón informe. El antecesor del Hombre había sido arrancado desde millones de años a través del flujo interdimensional para morir a causa de una de las armas más modernas del Hombre, la pistola atómica. Todos se relajaron y se secaron la frente y los detectives, una vez más, se apiñaron en torno a los Ministros del Gobierno.

Blakely, en el panel, se mordió las uñas. La cosa asombrosa que había sucedido casi no le había impresionado. Lo único que pensaba

era en aquel estúpido idiota de Galbraith. Todo dependía de eso. La Lanzadera su futuro, su vida. Necesitaba triunfar ante tal público. Un fracaso sería el último. Se le había dado una oportunidad y si fallaba no se le proporcionaría otra.

Distraído contempló cómo Spencer Ridgeway intentaba reanimar a su esposa. Miró cómo el grupo de científicos rodeaban el cadáver y vio el destellar continuo de las cámaras del fotógrafo. Se fijó en las personas importantes, plantadas junto a sus sillas, indecisas. Apenas apreciaba lo que captaban sus ojos. Porque continuamente volvían hacia el cronómetro.

Entonces, una vez más, sus ojos y sus dedos se movieron y la Lanzadera giró. En esta ocasión casi nadie la miraba y así la sorpresa resultó más intensa. El corazón de Blakely por poco le falla cuando sus manos accionaron las palancas finales. ¿Qué pasaría si aparecían más monstruos, esta vez quizás criaturas extraterrestres de alguna dimensión desconocida? Sudaba. Todo eso por culpa de aquel maldito asno de Galbraith que no quiso dar coordinadas precisas de lugar y tiempo, así que tuvo que improvisarlas. Rechinó los dientes. Era preciso correr el riesgo. Colocó en su sitio los interruptores. Y allí apareció Galbraith, de pie en la plataforma. Un enorme grito salió de sus labios y casi cae escaleras abajo, tan grande era su prisa. Tenía el rostro transpuesto y los grupos de personas se separaron, reuniéndose en nuevos grupos. El Primer Ministro dejó a sus detectives y se adelantó dando zancadas, mirando al rostro del hombre que por poco se desploma en la escalerilla. Pero Galbraith no le vio, tenía los ojos fijos en el rostro pálido y tembloroso de Blakely.

—Doctor Blakely —murmuró el gran hombre, el presidente de la Real Sociedad, el decano de todos los científicos británicos, el Gran Viejo de la Ciencia de casi todo el mundo—. Le saludo, me postro a sus pies. Ha transformado nuestro universo; por fin nos ha dado el infinito. Hoy es una fecha singular que supera las máximas creaciones de Einstein, de Newton, de Jeans y de Dunn. Este es el Día Primero de la Nueva Era, doctor. Hoy ha inaugurado usted una nueva Matemática, una nueva Física, un nuevo Todo. Nada volverá a ser lo mismo. El mundo ha cambiado. Nuestras ideas sobre el Tiempo deben cambiar. Ya no nos vemos confinados a una pequeña pelota de barro en las inmensidades del Espacio. Ha abierto

millones de puertas, Blakely. Me postro a sus pies. Es usted nuestro amo y señor. Espere hasta que le cuente… Pero, doctor, ¿qué es esa cosa que hay aquí en el suelo?

X

Ni siquiera el gran profesor Galbraith tuvo jamás un público más augusto. Normalmente se habría pavoneado y glorificado con la atención que obtenía de los hombres más prominentes y poderosos del país. Pero ahora, algo muy extraño parecía sucederle. La mayor parte de los científicos del cobertizo le conocían, algunos muy bien, y apenas le reconocieron por su manera de hablar. Este era en realidad un nuevo Galbraith.

—¿Cómo podría describirlo? —dijo con los ojos entrecerrados—. Mientras estuve allí… entonces… ¿cómo demonios se puede hablar de eso, Blakely?… lo di todo por sentado. Sólo una parte minúscula de mi mente era la mente del hombre que soy ahora, el resto era el muchacho… pero comencemos por el principio. Primero debo reclinarme reverente ante usted, doctor, y ante usted, doctor Ridgeway. Ante tal descubrimiento hasta yo siento una admiración abrumadora, casi una adoración. Hay también orgullo porque soy un hombre como usted y es el hombre, la mente del hombre lo que ha construido esta maravilla, que ha abierto el Cosmos entero a la humanidad…

Blakely dio un codazo a Ridgeway y murmuró:

—Allá vamos. Seguirá así veinte minutos. Por lo menos, en eso no ha cambiado.

Pero se equivocaba. Galbraith se detuvo, se secó el rostro con un pañuelo de seda y lanzó una tensa risita.

—Pero basta ya. Después de que haya pasado esto demostraré mi error con respecto al criterio que tenía del doctor Blakely con algo más que palabras. Salí de esa Lanzadera, caballeros, y me encontré siendo un muchacho de quince años otra vez. En aquel preciso instante, hubo confusión en mi mente por no poder precisar

exactamente *quien* era yo. Recordarán que entré en la Lanzadera con una mente completamente cerrada… no creía ni una palabra de la historia de Blakely. El cambio fue muy rápido. Es una cosa rara, pero la pura casualidad dictó que llegase precisamente cuando él… no, yo… dejaba el pabellón después de haber estado jugando. Yo era el sexto hombre y había mucho en juego. Por eso necesité dos de esos cuartos de hora. Marqué treinta carreras en esa media hora y salvé el juego para mi equipo. Luego regresé a toda prisa y me planté en esas marcas de tiza. Ya saben, mi mente en aquel instante era un campo de batalla. Medio yo deseaba permanecer allí y vivir otra vez mí vida, con todo conocimiento de lo que sería el futuro propio. La otra mitad estaba decidida a volver al presente, para pedirle al doctor Blakely perdón por mi antigua impertinencia y también para vivir en una edad en que la Lanzadera fue construida. Porque mi curiosidad es febril, Blakely, se lo aseguro. No descansaré hasta que juntos hayamos explorado todas las posibilidades. La perspectiva es tremenda, mi querido Blakely, sinceramente tremenda. Hay un verdadero Infinito para que lo exploremos, el Infinito del Tiempo y del Espacio de este Universo y los Infinitos del Tiempo y Espacio de todos los universos dentro de un Infinito mayor…

—Prácticamente está haciéndose cargo de todo —murmuró Blakely, medio para sí—. Tendremos que solucionar eso. Pero, Spencer, hay un par de cosas nuevas aquí. Galbraith volvió a sí mismo a la edad de quince años. ¿Quién o qué se encontraron en el espacio al que entró? ¿Quién o qué estaba de pie en esas señales de tiza cuando el viejo Galbraith apareció ahora mismo en la Lanzadera? Otra cosa, parece haberse acordado de ti durante esos treinta minutos que tardó en regresar a las marcas de tiza con el fin de volver al Aquí. ¿Cómo reconcilia todo eso, Spencer? Usted estuvo, así que debería saberlo.

Ridgeway meditó.

—Lo creo. Galbraith tiene un cerebro fuerte, de eso no hay duda. Cuando se fue, estaba echando chispas de furia y animosidad contra usted, yo, la Lanzadera y todo este asunto maldito. Y se llevó consigo a su pasado esa total concentración… oh, en realidad no lo sé, Bob. Este asunto es una mezcla de paradojas. No puedo pensar con propiedad. Madge está a punto de perder el juicio. Tendré que

llevármela de aquí.

—Sí, sí, viejo amigo —dijo Blakely tranquilizador, pero era evidente que no había escuchado ni una palabra de las últimas que pronunciara Ridgeway. Miró hacia donde Galbraith estaba hablando con el Primer Ministro. Estos miraron un par de veces de reojo al grupo ante el panel de control y Blakely hizo una mueca. Gruñó—: Me pregunto si nos van a dar un salvoconducto. Y pensar que tendré que estar, después de todo, agradecido al viejo Galbraith.

—Es lo mejor que le podría haber ocurrido, Bob —dijo uno de los otros científicos—. Sus palabras tienen mucho peso en esta nación. Qué cambio ha sufrido el hombre. Jamás vi cosa igual. Casi me hace creer en su Lanzadera, Blakely.

—Cuando guste puede probarla y demostrar que soy un embustero —contestó con sequedad Blakely, el otro hombre se rió.

—Eso no es para mí —dijo—. El Aquí y el Ahora de que usted hablaba me satisfacen lo bastante. Pero le diré esto, Bob, como naturalista, estoy verdaderamente ansioso por ver las cosas que trae usted con esa Lanzadera. Apenas puedo esperar a ponerle las manos encima a ese hombre mono. Claro, usted lo proporcionará todo para que se pueda investigar.

—Claro, claro —rió sardónico Blakely—. Hay mucho más en dónde vino eso. El mago puede sacar tantos conejos de la chistera como ustedes quieran.

Para Spencer Ridgeway parecieron pasar horas antes de que se disolviese la más extraordinaria demostración. Él y Marks habían preparado una pequeña habitación como dormitorio para Madge.

Uno de los científicos, médico, la acompañaba. La mujer estaba lo bastante tranquila, pero su rostro aparecía inexpresivo. La antigua Madge, de modales enérgicos y ojos perspicaces, había desaparecido. Se sentó junto a ella durante un rato, pero no pareció conocerle. Finalmente, bajo la acción de los sedantes, se durmió y Ridgeway volvió a entrar en el cobertizo.

La multitud se había ido y sólo Blakely y Galbraith quedaban. Se les unió en una mesa del cuarto de Blakely en donde estaban comiendo. Galbraith le saludó jovialmente.

—Bienvenido el tercer explorador, Spencer —dijo. Se tornó a Blakely—. Los otros dos hombres pasaron por la Lanzadera. Eso le deja sólo a usted, Bob. ¿Me asegura que no la ha… ejem…

experimentado?

Blakely estaba pensativo, los ojos fijos en los de Galbraith.

—No, no he estado en ninguna parte —dijo por último—. Pero iré, y esta noche. No me interesa el pasado. Todo está muerto y zanjado. Voy a ir al futuro y me voy a trasladar a dentro de un millar de años.

Los otros dos le miraron estupefactos. Ridgeway protestó:

—Pero eso no es posible, Bob. Uno sólo viaja hacia atrás y hacia adelante a lo largo de su propia línea mundial. Dentro de mil años su línea temporal habrá quedado rota.

Blakely soltó una carcajada algo amarga.

—¿Y qué hay de las otras dimensiones? Recuerde esa cabeza verde y el hombre mono. Estaban muy lejos de sus propias líneas mundiales, ¿no es verdad? Sin embargo, sobrevivieron. De todas maneras, tenemos que experimentar, ¿no? Y parece ser que sólo nos queda esta noche para hacerlo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Ridgeway, sorprendido.

Fue Galbraith quien respondió.

—Es el Gobierno, Spencer. Ahí no puedo hacer nada en absoluto. El Gabinete se reunirá dentro de una hora en sesión secreta. Ocurre que sé, no importa cómo, que se votará un decreto y se aprobará por el que la Lanzadera, todo este aserradero y usted y el doctor Blakely sean propiedad nacional.

—Eso es una absoluta tontería, Galbraith —rezongó Ridgeway —. ¿Cómo, en nombre de Dios, podemos ser Blakely y yo propiedad del Gobierno?

—Quizás lo dije con bastante torpeza —aclaró Galbraith, encrespado—. Lo que quería decir era que usted y Blakely ahora serán empleados del Gobierno; que no serán personas libres. Ustedes manejarán la Lanzadera sólo bajo la supervisión gubernamental. Por lo menos, tan pronto como el decreto reciba el visto bueno real. Incluso ahora el aserradero es un campamento militar.

—¿Entonces cómo se nos va a permitir experimentar esta noche? —quiso saber Ridgeway con su sentido práctico—. ¿Dónde están nuestros vigilantes y nuestros supervisores? La Lanzadera está ahí fuera y no parece precintada.

Blakely soltó una carcajada. Parecía ser una risa alegre, una risa

más abierta que todas las que Ridgeway le oyó desde el último año.

—Tenemos que agradecerle eso a nuestro amigo aquí presente. Eso y en parte al hecho de que hay todavía un conflicto violento en el Gabinete y en todos esos sesudos científicos ante quienes trabajamos hoy. Ellos no creen todos en nuestro aparato implícitamente, como nos pasa a nosotros dos y ahora a usted, profesor. No durará mucho. Quizá sólo esta noche. Después sólo seremos servidores del Estado.

—¿Pero qué intentan hacer con la Lanzadera? —preguntó estupefacto Ridgeway—. ¿Qué *pueden* hacer con ella? He estado hablando con Marks, ahí fuera. Me dice que hay millares de cartas, millares de libras en cheques, otros cheques en blanco, solicitudes y súplicas para que se les permita utilizar la Lanzadera. Parece cómo si cada habitante del mundo desease ir a alguna parte o a algún otro tiempo, si es que se puede expresar así la cosa.

—¿Y les censura, Spencer? —sonrió Blakely—. Después de todo, la mayor parte de nosotros hemos dicho muchas veces… si al menos pudiésemos retroceder en el tiempo, si conociésemos el Futuro. Pero yo sí puedo realizar todo eso. El Gobierno no nos permitirá que inundemos el Pasado y el Futuro y las otras dimensiones con refugiados. ¿Quiere que le diga lo que va a ocurrir?

—Oh —intervino Galbraith suplicante—. ¿Qué otra cosa pueden hacer? Fíjese, no lo sé seguro, son sólo deducciones. Pero quiero jugar limpio con usted, Bob…

—Oh, supongo que tiene razón —rió Blakely—. Me coloco en su lugar y comprendo su punto de vista. Mientras estuvimos detenidos, Spencer, este viejo mundo casi ha estallado en fragmentos. Nuestros amigos del otro lado del Telón de Acero trabajan como condenados en el asunto… parece ser que unos cuantos millones de sus fieles súbditos desean volver a sus vidas antes del glorioso 17 de octubre. ¿Verdad que quedaría todo muy bien en «Pravda»? Luego están los Estados Unidos. Nos acusan de querer retroceder en el tiempo, matar a George Washington y conservar así las colonias. No creería usted en la cantidad de alborotos y jaleos que han estallado en los últimos días en la Asamblea Extraordinaria de las N.U. Cada disparatada noción imaginada jamás por los hombres más frenéticos ha sido presentada como moción. Las Bolsas han cerrado por todo el mundo. Casi nos han hecho olvidar la traslación del pobre Ben

Bellamy, pero es que fue su desaparición la que lo empezó todo. Pero eso no ha tardado en desvanecerse bajo el impacto de lo que siguió, cuando más y más personas empezaron a creer que la Lanzadera era un hecho incontrovertible.

—¿Entonces creen en ella? —preguntó Ridgeway.

Blakely se encogió de hombros, fue Galbraith quien contestó.

—Yo diría que, por lo menos, un cincuenta por cien. En estos últimos días han habido tumultos. Media docena de países han declarado la ley marcial… me imagino que mañana despertaremos también bajo ella.

Ridgeway pensó en su esposa, yaciendo apenas consciente en el cuartito. Si la Lanzadera no se hubiese inventado jamás… Una idea súbita y salvaje saltó por su cerebro. Retrocedería un año o dos en el tiempo y asesinaría a Robert Blakely… y entonces su mente se hizo atrás. ¿Qué cosa diabólica era ésta que trajeron al mundo? No comportaba nada, excepto miedo y odio y ansias de asesinar y muerte. Se secó la frente.

—Dijo usted… dijo usted hace un momento que se imaginaba lo que iba a ocurrir —preguntó dudoso—. ¿Qué es eso, Bob?

—Oh, se preparará como si fuese un accidente —contestó Blakely con indiferencia, pero en sus palabras había amargura—. La Lanzadera quedará destruida y usted y yo seremos las víctimas de ese accidente. Oh, sí, será de manera adecuada, parecerá totalmente un accidente. Lo siento que tenga usted que sufrirlo, Spencer, aunque desconoce todos los principios de la Lanzadera. Pero ellos creen que los sabe, así que tendrá que ir también al altar de los sacrificios.

A Galbraith le brillaban los ojos mientras se inclinó hacia delante.

—Eso es lo que estaba tratando de convencer a Bob que hiciese, Spencer —dijo ansioso—. Ustedes dos pueden escapar. Les es posible pasar a su Pasado o su Futuro. Pueden aguardar allí. No podrán alcanzarles. Creerán que han muerto y que la Lanzadera ha sido destruida. Ignorarán que Blakely me ha contado todos los secretos de su diseño y mecanismo antes de marcharse. Yo me mantendré agazapado y construiré otra Lanzadera. El mundo sabrá que es de usted, Bob. La llamaré la Lanzadera del Tiempo Blakely y su nombre sería inmortal para siempre…

—Mientras yo estoy jugando al escondite con los compañeros del monstruo verde, quizás —intervino Blakely con sequedad—. Más tarde hablaremos de eso, Galbraith. Mientras, Spencer y yo efectuaremos una pequeña exploración. Le digo una cosa, les enseñaré a ustedes dos cómo manejar la Lanzadera. Eso será fácil y podremos ir más de prisa si todos sabemos lo que hacemos.

Ridgeway se imaginó ver una expresión de pena aparecida en los ojos de Galbraith, pero que desapareció rápidamente. Después de todo, era natural que la curiosidad científica del hombre se despertara con tanta viveza y naturalmente, poco después de la dramática prueba que había recibido de su objetiva realidad y eficiencia.

—Eso es muy generoso por su parte, Bob —dijo de corazón Galbraith—. Empecemos. Como dije, cuanto antes mejor. Podremos frustrar todos sus planes si jugamos adecuadamente nuestras cartas. Nadie sabe que estoy aquí. Cuando ustedes dos se hayan marchado, me esconderé y permaneceré oculto. Quizás me vaya al extranjero y construya la nueva Lanzadera en un país en donde no hayan tantas leyes prohibitorias. Haré que su nombre suene por todos los pasillos del Tiempo, Bob.

—Difícilmente me lo podría pintar más bonito —dijo Blakely y sonrió a Ridgeway. ¿Había un guiño malicioso también en aquella mirada?

La sala de la Lanzadera estaba en realidad muy vacía y la luz del sol de la tarde brillaba en los cables y espigones de la ominosa cosa que colgaba allá arriba tan siniestramente. Las luces del panel de control eran las únicas iluminaciones artificiales existentes. Ridgeway se sobresaltó.

—Energía —destacó—. Pueden detenernos cuando gusten cerrando y clausurando la central eléctrica.

—Ya me he cuidado de eso, Spencer, hijo mío —contestó Blakely tranquilizador—. Esos seis hombres, con Marks a la cabeza, protegen nuestra central eléctrica. He gastado los fondos de Bellamy con profusión para conquistar su lealtad. Quizás no sea necesario en realidad. Nada puede molestarnos hasta que ese decreto se convierta en ley. Y antes de eso habremos terminado con lo que queremos hacer. Vamos, viejo amigo, al computador. Un millar de años constituye un salto muy largo. Y no querremos repetir el jaleo

que hicimos con el finado… ¿o debería decir Futuro?… señor Harley.

En el computador Ridgeway se humedeció los labios. El viejo Bob hablaba de manera condenadamente rara y decía cosas muy extrañas. ¿Estaba un poco trastornado?

—Necesitaré un rato para programar el computador a un millar de años —observó Blakely, mientras conectaba el aparato—. Será poco más o menos una hora, así que mientras les comunicaré a ustedes dos cuanto sé. Spencer sabe lo preciso del computador, claro. Los diales del panel no son difíciles de entender. Por último están los conmutadores…

—Pero los principios, hombre —acució Galbraith—. Los principios. Todo esto del computador, los diales y los conmutadores… será juego de niños para Ridgeway y yo. Pero no los principios subyacentes de la Lanzadera. Sé que es algo electromagnético y que obtiene su energía de la fuerza colosal generada en un instante por la súbita pérdida de inercia…

—¿Y me permite preguntar cómo sabe usted todo eso? —inquirió fríamente Blakely.

Galbraith soltó una carcajada.

—Aunque es usted el genio que finalmente inventó el aparato, Bob, no es el único físico del mundo. Cada científico del planeta ha estado pensando y hablando de esto desde que Bellamy… ejem… se fue.

—¿De verdad? —preguntó distraído Blakely—. Bueno, supongo que tenía que ocurrir. Bien, menos mal que eso no es todo. Me refiero a los principios porque pregunta usted, Galbraith. Los principios. No son en absoluto ni mecánicos ni electrónicos. —Soltó una risita al ver la expresión de asombro que aparecía en el rostro de su colega—. En parte son también psicológicos. Tiene que haber Idea y Voluntad y Concentración. La cosa que pasa, la cosa que retrocede o adelanta a lo largo de la Línea del Tiempo es el Psiquis. No sé lo que ocurre al cuerpo físico Aquí y Ahora, quizás nunca lo sabré. Puede que aguarde en el flujo de la nada intradimensional, ni vivo ni muerto, en una especie de estado del que carecemos de noción. El Psiquis se funde en el marco del sujeto, bien Pasado o Presente. Ustedes dos tienen experiencia actual del hecho y yo no tardaré en tenerla.

Ridgeway meditó.

—Por eso no hay peligro en que un sujeto se materialice en un lugar donde ya hay otro objeto material. Empiezo a entenderlo con mayor claridad. También veo ahora porqué los detalles astronómicos no importan. Al principio me preguntaba la razón de por qué, con los movimientos de la Tierra y los cuerpos celestiales, podía un hombre retroceder, digamos, unos pocos años y no encontrarse el vacío del espacio, dejado atrás por el planeta en su marcha.

—Todo está contenido en el Continuo de Espacio-Tiempo de la Tierra —dijo Blakely—. Una vez en la Lanzadera, el Tiempo y el Espacio, que vivimos en el Aquí y el Ahora, no tienen verdadero significado, ni existencia real para nosotros. Pero estoy perdiendo el tiempo. Pongámonos a trabajar.

Necesitó media hora el programar el computador y para que los dos hombres captasen los detalles de la operación de la Lanzadera. Cuando Ridgeway contempló cómo su amigo y colega subía por fin la escalera, calculó vagamente cuánto había estado Bob asustado todo este tiempo. Era extraño que hasta ahora nunca hubiese intentado probar la Lanzadera. Había, es verdad, el hecho de que fue, hasta estos momentos, el único hombre que conocía el aparato y los detalles elementales de su manejo. De todas maneras, allí estaba, marchándose ya, yendo a un millar de años en el futuro. ¿Cuál sería su historia cuando regresara?

—Blakely —dijo Galbraith desde el pie de la escalera—. No puede marcharse todavía. No nos ha contado los principios de la Lanzadera. Supongamos que no… —dudó—. Supongamos que algo va mal y…

Desde la plataforma Blakely soltó una carcajada.

—Volveré, Galbraith, no tema. Volveré. No voy a ninguna de las dimensiones. Voy a un millar de años dentro del futuro de este planeta nuestro y mi riesgo es que haya acabado mi propia Línea del Tiempo, y salga a un espacio ya ocupado por un objeto material. Es un riesgo verdaderamente infinitésimo, que corro y vale la pena. Los principios tendrán que esperar. Empiece a trabajar, Spencer.

La cosa le resultaba familiar a Ridgeway, pero sintió un extraño escalofrío cuando finalmente colocó en su sitio a los dos últimos grandes conmutadores, viendo cómo la invisible Lanzadera

reaparecía en silencio y surgía vacía la plataforma. Emitió un suspiro prolongado y se secó la frente. Galbraith, pálido y tembloroso, estaba sentado en uno de los taburetes.

—Ya se ha ido —dijo.

Ridgeway asintió y tomó notas en una libreta acerca del ajuste cronométrico y las lecturas de los diales.

—Sí, se fue —repitió inexpresivo—. Tenemos una hora. Voy a sentarme con mi esposa. Quédese aquí y vigile. Por Dios, no toque nada. Volveré antes que transcurran sesenta minutos.

Se sentía acalorado e incómodo y se quitó la americana. Se quedó mirando a la Lanzadera, ahora quieta mientras que él temblaba violentamente. ¿En qué Ahora estaba Blakely? ¿En qué medio ambiente extraño y singular? ¿Sería este mundo, esta Tierra, pero una tierra de mil años en el futuro, un mundo en el que el alma y la entidad de Robert Blakely no tenía sitio dentro de los planes del destino? Se reunió con Marks que salía del cuartito en donde yacía Madge. En cuanto vio al hombre, Ridgeway supo que algo iba mal. Le cogió fuerte por el brazo.

—¿Qué es, amigo? ¿Qué pasa?

Marks se atragantó. No le gustaba aquella tarea.

—Doctor Ridgeway —comenzó, luego se detuvo y volvió a tragar saliva. Después las palabras le vinieron en un torrente—. Ha muerto, señor, muerto; ha desaparecido como si fuese una bocanada de aire. Nunca recobró el conocimiento, no se movió, ni habló…

Hubo un atronar en los oídos de Ridgeway mientras la sangre circulaba rauda por sus venas. Como un autómata entró en la habitación en donde yacía ella. Tenía el rostro tranquilo ya, tranquilo y quieto como una estatua. La miró. No era Madge, su Madge; era una pobre cosa de arcilla, muerta. Pero Madge vivía y reía en alguna parte del Cosmos, sólo unos pocos años atrás en su pasado. No había momento que perder. Sabía lo que tenía que hacer. Sacaría a Marks fuera y regresaría a toda prisa a la sala de la Lanzadera.

—¿Se encuentra bien, ya? —preguntó Galbraith automáticamente, pero Ridgeway no respondió. Miró al cronómetro. Le quedaban todavía cuarenta y cinco minutos.

Tenía que hacer dos cosas. Pero no podía realizarlas ambas… Aquí y Ahora. Una era… matar a Blakely. Porque Blakely era el

asesino de su esposa Madge. No había duda de eso. Pero, si mataba a Blakely, ¿cómo podría convencer u obligar a Galbraith a hacerle regresar?… Sí, ésa era la solución. Cuando Blakely regresase no diría nada a nadie de la muerte de Madge. Escucharía la historia de Blakely, luego se haría enviar a sí mismo a su pasado, a unos pocos años en el punto en que Blakely todavía no había desarrollado la Lanzadera. Encontraría algún modo de matar a Blakely y entonces la Lanzadera no se inventaría jamás y Madge y él vivirían felices juntos. Este mundo particular de la probabilidad del Aquí y Ahora en el que vivían en estos momentos, nunca existiría… nunca habría existido… nunca… empezó a darle vueltas la cabeza. Si no había existido, ¿cómo entonces existía este momento del Aquí y el Ahora en este probable Presente? ¿Cómo se llegaría a este instante del Tiempo Temporal? Un ligero mareo le dominó y durante un momento pareció como si las mismísimas columnas de la realidad se tambaleasen y girasen en su torno, que pronto, en algún tiempo, todas las cosas reales se disolverían en un caos original. Permaneció sentado en su taburete mientras la tormenta de sus pasiones estallaba furiosa en su alma.

—Ya casi es la hora, Spencer. —La voz de Galbraith le llegó haciéndole resucitar. Se sentía frío; frío y decidido. No tenía que cometer errores. Todo debía enderezarse y aclararse, realizándolo con limpieza.

Blakely se plantó allí en la plataforma durante todo un minuto antes de descender por la escalerilla. No había ningún grito de alegría, ningún descender febril para contar su historia. En su lugar, bajó despacio y pesadamente por la escalera. Sus hombros parecían encorvados bajo una pesada carga.

—Hombre, volvió —dijo Galbraith con voz ronca—. ¿Qué aspecto tenía? ¿Adonde fue?

Blakely le miró inexpresivo y no respondió. Luego miró a Spencer Ridgeway y dijo sus primeras palabras después de un viaje de mil años por el tiempo.

—¿Eso no está allí, Spencer, no *está* allí?

Ridgeway no pudo contestar. No le interesaban en realidad las aventuras de Blakely. Estaba atareado manteniendo su mente fija en lo que tenía que hacer. Se llevaría consigo la pistola que le quitó al espía muerto, volvería allí. Seguía teniéndola en el bolsillo de la

chaqueta. Cogió la prenda y se la puso. ¡El arma no estaba! Bueno, ¿dónde diablos la dejó? Debió ponerla en alguna parte. Necesitaba tener un arma de cualquier clase cuando regresara. Tenía que encontrarla fuese como fuese.

—Es como nos cuentan todas las historias del Futuro —dijo Blakely desanimado—. Un estado mundial, regido por la Ciencia. No hay pobreza, no hay lucha, no hay competencia. Nadie trabaja, todo lo hacen las máquinas. Han desarrollado las ciencias cibernéticas hasta el máximo… los hombres ni siquiera tienen que ocuparse de las máquinas. Ellas se fabrican a sí mismas y se hacen funcionar…

—Es el paraíso terrestre —interrumpió Galbraith lleno de alegría, pero el otro le miró de manera rara.

—Es un imperio mundial basado en la esclavitud —repuso—. Es un «paraíso» en donde los hombres nada tienen que hacer, nada que pensar; en donde los hombres se han estropeado, quedando reducidos a la categoría de una comunidad de insectos sin mente. Se reproducen y eso es cuanto queda. Tienen naves estelares y su población explosiva se ha extendido por toda la galaxia en navíos milagrosos construidos por sus antecesores… nuestros descendientes. Si uno de esos navíos falla y no hay máquinas cibernéticas para arreglarlo, mueren a millares. Y hay otros millares más que ocupan su lugar. Comen y se divierten y son cuidados por sus centenares de millones de esclavos robots. Han conquistado toda la naturaleza. No hay enfermedades ni clima. Controlan su medio ambiente al cien por cien, o, por lo menos, lo controlan sus esclavos; los esclavos hechos por nuestros enérgicos descendientes. Es un mundo moribundo, un mundo donde los hombres y las mujeres son gusanos, gusanos sin ambiciones y sin cerebro. La vida comenzó en esta tierra con una ameba ambiciosa luchando por dejar los cálidos y salados mares primitivos. Terminará con un mundo lleno de gordos insectos humanos sin inteligencia. Terminará, no con un estallido ni una explosión. Un poeta lo dijo hace años. Los poetas son los únicos que dicen la verdad.

Se detuvo y Ridgeway apenas le oía, aún estaba atareado pensando en el arma. Pero luego, su mente científica despertó y soltó una briosa carcajada. Se acercó a Blakely y se rió ante su cara.

—Usted se adentró mil años en su Futuro —se burló—. Usted

entró en un universo de probabilidad particular construido por sus propias decisiones. Empleo sus palabras en contra suya, Blakely. Usted me dijo que el Futuro no era uno e indiscutible sino que se formaba por una infinidad de mundos de probabilidad, cada cual diferente. El mundo en el que entró usted era el mundo hecho por la multitud de decisiones que usted tomó… y era como usted. Era el único Futuro lógico para los hombres con mentes como la que usted posee. ¿Qué otra cosa podía esperar?

—No lo entiendo, Spencer —murmuró Blakely, despacio y bastante patéticamente, como un viejo, preguntando el camino en mitad de un laberinto.

—Tomó usted a un tigre por la cola —continuó Ridgeway—. Metió su dedo en el mecanismo de la Realidad Última. Se lo ha pillado la rueda, el engranaje, Blakely. Mírelo a la cara. La fuerza explosiva de la Ciencia de este siglo puede conducir sólo a un Futuro cómo el que usted encontró. Un futuro lleno de materialismo, de cosas de hierro y acero. Las cosas del espíritu se ven estranguladas a cada giro. Usted, y los hombres como usted, estrangulan todo eso cuando alzan la voz. Ustedes trabajan e inventan máquinas para que hagan la tarea que los hombres debían realizar. Ustedes apuntan y el fin es la holganza. Usted lo llamó placer, pero en realidad es anulación. Los hombres no pueden existir sin el trabajo y sin las dificultades. Son el trabajo y las dificultades las que hicieron que esa ambiciosa ameba suya llegase hasta dónde se encuentra ahora, a ser la dueña material de la creación. ¿Qué otro futuro posiblemente esperaba encontrar?

—Pero, Spencer —susurró Blakely—. *La Lanzadera no está allí*. En ese Futuro al que fui no existía la Lanzadera. Por eso no lo entiendo. No se encuentra en ninguna parte de ese mundo. Si estuviera, sería la cosa mayor de ese mundo y cada cual conocería su existencia, ¿no es verdad?

—Debe de estar confundido —fue la voz de Galbraith la que se oyó—. Usted sólo estuvo allí en el espacio actual de una hora. ¿Cómo iba a averiguar en tan breve tiempo todo lo que sucedía en el mundo?

—Eso ya se hizo, se sabe —murmuró Blakely—. Cada cual en ese mundo conocía todo lo que ocurría en cualquier parte. Les dije que eran dueños de la creación material. No. La Lanzadera no existe

dentro de mil años en el futuro.

—Si yo *fuese* al Futuro —dijo Galbraith desdeñoso—, me ocuparía con ahínco de que estuviese allí.

—¿De verdad? —Y Blakely le miró con atención—. Comete usted el mismo error que cometí yo, Galbraith. Se olvida de la única gran fuerza en existencia que es dueña y señora de todas las cosas. Spencer solía hablarme de ella. En realidad, no capté lo que quería decir. Pero era verdad. Es el Destino, Galbraith. Bajo el dedo del Destino todos somos cosas inertes, sin cerebro.

—Pude haberme equivocado —dijo Ridgeway—. Si hay número infinito de universos de probabilidad, debe de haber un número infinito de destinos, con un Destino general que queda por encima de todos. Claro, usted y Galbraith no son creyentes, mientras yo sí que lo soy. Creo, sé que el Destino por encima de todos los destinos es la entidad que los hombres conocieron como Dios, Allah, Bramah, Zeus, Nirvana… e infinidad de nombres para el Actuante Movible Primer e Inamovible y Único y Sin Nombre. Le diré que, Blakely, si yo voy a un millar de años en el futuro, apuesto que, siendo creyente, encontraría un planeta enormemente distinto. Yo lo construiría gracias a mis decisiones personales tomadas en cada segundo de mi vida. Sería edificado del infinito número de decisiones tomadas por un hombre de…

—Tiene usted razón, por Dios —exclamó Blakely y su rostro se iluminó—. Irá, Spencer, irá y veremos si tiene razón.

—Iré —contestó fríamente Ridgeway—. Pero no voy al Futuro. Dejaré que el Futuro sea construido como manda el Destino. Iré al Pasado, Blakely. Programe el computador para cinco años atrás. Quiero retroceder para vivir mi último lustre con Madge otra vez.

—El Pasado —repitió Blakely—, pero ¿por qué? Madge está aquí sana y salva. Le he dicho un millón de veces que el Pasado está fijo para siempre. Nunca se le puede alterar. Fijo indeleblemente en la matriz de la existencia. Mire, Bellamy retrocedió para evitar su accidente. Y fracasó. Fracasó miserablemente. Vivió y sufrió de nuevo su desgracia. Tenemos pruebas, pruebas evidentes de eso.

—¿Ha pensado usted que si cuando Bellamy regresó, hizo realidad el evitar su accidente, siguió viviendo ileso, y se preparó para sí mismo un universo de probabilidad diferente, uno que nunca conoceremos?

Y la boca de Blakely se abrió ligeramente. Alzó una mano llevándosela a la frente como para apartar alguna telaraña. Miró con fijeza a Ridgeway y cerró la boca y empezó a trabajar en silencio.

—Por Dios —jadeó—. Tenía usted razón. Hemos cogido a un tigre por la cola —giró en redondo y miró a la enorme Lanzadera cerniéndose allí en el crepúsculo. En su interior se desarrollaba una gran lucha.

—Programe el computador —ordenó Ridgeway implacable—. Para cinco años. Madge no está aquí. Ha muerto. Yo quiero volver con ella otra vez, por lo menos durante cinco años. Y quizás, como puede que haya hecho Bellamy, consiga fabricarnos un nuevo universo mejor que éste.

—Que se vaya, Blakely —suplicó Galbraith—. Entonces, mientras esté fuera, usted me enseñará cómo construir la Lanzadera y bajo qué principios trabaja. Luego seremos tres los que lo sepamos. De ese modo podemos estar seguros de que habrá un futuro en el que la Lanzadera permanecerá siendo la maravilla que es.

—Habrán sólo dos —dijo Blakely con malicia—. Spencer no volverá. ¿Verdad, Spencer?

Ridgeway asintió.

—No, no pienso volver. —Tenía la mente ocupada con planes. Cinco años atrás, veamos, Blakely y yo estábamos en Cambridge. Sí, será estupendo. Un experimento y una explosión. No habrá huellas. La Lanzadera no se construirá…

—¿A qué esperan? Ya estoy preparado. —De ese modo no necesitaría ningún arma. Además, no querría retroceder cinco años sólo para que me ahorcasen o me pudriese en una prisión durante cinco lustros.

Desde la plataforma de la Lanzadera oyó un extraño sonido. Fue un sonido que sus oídos conscientes no habían captado durante algunas horas. Pero evidentemente allí estaba todo el rato. Los murmullos procedentes de la multitud y del exterior del aserradero Helmshurst. Pero eso ahora no importaba. Lo dejaba todo, volvía a Cambridge con Madge, donde vivieron en el apartamento de Trumpington Street. Regresaba al mundo en donde la Lanzadera no existía, en donde se aseguraría de que no existiese. Incluso cuando

la Lanzadera reapareció y a su alrededor la realidad del Aquí y el Ahora comenzaba a desvanecerse como una niebla, oyó un nuevo sonido más fuerte. Mientras se marchaba, pensó. Las rejas de hierro habían cedido por fin ante el embate de la multitud.

XI

—Un infinito número de universos de probabilidad —dijo Galbraith pensativo—. Concepto fascinante. Como hombre de ciencia, que debe ver y pesar todo antes de creer en su objetiva realidad, claro, rechazo por completo la idea. Pero es un concepto fascinante.

—Ridgeway cree en él —contestó distraído Blakely.

—Ridgeway creía… ejem… cree, en un extraordinario número de cosas raras —continuó Galbraith, los labios curvándosele en una mueca—. Un alma sencilla era la de Ridgeway. Estoy sorprendido de que usted y él, naturalezas diametralmente opuestas, pudieran ser colegas.

—Cree en muchas cosas —repitió Blakely tozudo—. Usted, y los que se le parecen, opinan que era un loco. Eso sólo por causa de su miserable ignorancia. Jamás han sido capaces de captar la realidad de la palabra Infinito. En un verdadero Infinito todo*puede, quiere y debe ser*. No tiene ningún otro significado posible el concepto de Infinito.

—¡Paparruchas! —exclamó enérgico Galbraith. Descendió del taburete—. Este es un universo material, hombre, hecho de electrones, protones y neutrones. Una mirada por el telescopio o el microscopio servirá para disipar todos esos sueños insanos que las personas débiles como Ridgeway padecen. No hay nada en existencia excepto la realidad que vemos a nuestro alrededor. Eso ha quedado probado suficientemente. Los hombres hablan del alma. Yo creeré en un alma en cuanto pueda leerla, notarla y tocarla. Incluso creería en un alma *invisible*, pero debería de ser capaz de pesarla. Debe tener objetiva existencia o es nada. Ahora, hemos perdido bastante tiempo temporal en *este* universo. Tenemos mucho que hacer, Blakely. Ahora que nuestro soñador ha regresado al

pasado, que tanto ama, usted y yo debemos planear lo que haremos con esta Lanzadera, ya que la tenemos para nosotros solos. Debe enseñarme todo lo concerniente a ella, amigo mío, para que usted y yo experimentemos a su entera satisfacción.

Vino un martillear en las grandes puertas, pero ninguno de los dos hombres lo oyó. Había, es verdad, un apagado rugido alrededor del aserradero, pero eso, como el tic tac de un reloj, permanecía aparentemente todo el tiempo que estuvieron allí y por eso lo ignoraron.

—Usted quiere que le diga cómo construí la Lanzadera —habló despacio Blakely—. Supongamos que no deseo complacerle.

—Entonces —dijo con llaneza Galbraith—, me temo que tendré que intentar *persuadirle.* —Sacó una pistola del bolsillo y los ojos de Blakely se desorbitaron.

—Ah, el arma del espía —dijo placenteramente—. Usted la encontró. ¿Qué tenemos aquí? Supongamos que usted me dispara con esa pistola. Seguro que tendrá la Lanzadera, pero no podrá duplicarla una vez haya sido destruida. Porque, Galbraith, no se equivoque, esta Lanzadera mía va a ser destruida. Será destruida tan completamente y de manera tan final que todo el recuerdo de su misma existencia quedará borrado para siempre. Adelante, profesor, apriete el gatillo.

Con una risa tensa, Galbraith volvió a guardarse la pistola.

—Era una simple broma, Bob —dijo intranquilo—. Mire, no hay necesidad de que usted y yo nos peleemos. Entre los dos podemos ser los amos de todos los universos. Fuera hay gente sufriendo enfermedades incurables, cáncer y otras por el estilo. Pagarían fortunas por ser enviadas al Futuro en donde el cáncer es desconocido, en donde su cura es tan común como tomar una aspirina hoy. Hay… oh, una gran cantidad de cosas que podemos hacer con su Lanzadera, Blakely. Podremos construir un Futuro en donde su Lanzadera sea dueña del Destino…

—Ahora me tocó el turno de utilizar su palabra victoriana «paparruchas» —y Blakely sonrió con malicia—. No hay nada que sea dueño del Destino, o del Azar, como usted dijo. Pero voy a decirle cómo construí la Lanzadera. Eso no me da miedo. Nunca será capaz de poner en práctica mis instrucciones. El Destino se encargará de eso. La Lanzadera fue una maldición para el pobre

Ridgeway, mató a su esposa. Es una maldición para mí. Galbraith, Ridgeway me ha convertido. Comienzo a sentir los primeros chispazos de esa fe de la que tan cálidamente habló. Comienzo a comprender que hay un Cosmos sinceramente maravilloso y que el hombre en él, en lugar de ser su medida, no es ni más ni menos que la hormiga que va de aquí para allá bajo el sol para ocuparse de sus asuntillos. Pero le diré cómo construir una Lanzadera del Tiempo, Galbraith, y no le servirá de nada. Y después de eso, me hará un último servicio y me enviará fuera. Yo le confiaré a usted esta misma Lanzadera.

Los ojos de Galbraith destellaron, pero se dominó. No debía dejar escapar el menor indicio. Mientras aquel raro individuo estuviese de buen humor, era preciso mantener su cerebro claro.

El atronar exterior crecía ahora, pero ninguno de los dos lo oyó apenas mientras estaban inclinados sobre una mesa. Blakely necesitó media hora para explicar los principios de la Lanzadera al ansioso y concentrado colega. Para cualquiera, excepto para un científico, hubiera necesitado un mes.

—De todas maneras —dijo Blakely, cansado, mientras terminaba —, tendrá esta Lanzadera como modelo. Puede desmontarla en sus piezas, si gusta. ¡Eso si alguien no le desmonta antes a usted!

—¿Qué diablos quiere decir? —preguntó Galbraith.

—Nada, nada —sonrió Blakely—. No se preocupe, hombre, todo va bien. Se encuentra usted en el centro de su cómodo universo de electrones y protones, de estrellas y nebulosas. Estará contento. Yo le entrego en sus manos un poder tal como ningún hombre lo tuvo jamás. En compensación le pido que me entregue esa pistola.

—¿Eh, qué, para qué? —preguntó receloso Galbraith.

—Allá donde voy —dijo Blakely plácidamente—, puede que la necesite. Me llevo comida conmigo, comida, agua y esa arma. Usted me lanzará al azar a través del flujo intradimensional, Galbraith. No colocaré coordenadas, esta vez el computador permanecerá silencioso y sin programar. Yo emergeré, si alguna vez emerjo, en cualquier parte o cualquier tiempo, en un complejo del Ser tal como ningún hombre de nuestro universo ni en cualquier otro universo concebible, la humanidad haya soñado jamás que existe.

—Va a correr usted un riesgo tremendo —dijo Galbraith con aspereza—. Puede matarse. Quizás salga en un universo hostil en la

vida. Incluso puede salir en el centro de un sol. Quizás salga en el frío máximo y en el vacío del espacio intergaláctico…

—Corro ese riesgo, amigo mío —rió Blakely—. He hecho lo que quería hacer. Construir mi Lanzadera y fue una maldición. Ahora estoy preparado para empezar de nuevo en los frescos pastos del universo. Deme esa pistola.

Después de todo, pensó Galbraith, mientras entregaba el arma y contemplaba cómo Blakely se llenaba los bolsillos con bocadillos que habían sido traídos por Marks horas antes, sería mejor tener aquel hombre fuera del camino. Sus ideas eran equívocas en muchos sentidos.

—¿Sabe ya lo que hacer? —preguntó Blakely desde arriba y Galbraith alzó los ojos. En este enorme cobertizo se estaría muy solitario cuando aquel hombre se fuera. Solitario y fantasmal. Aquella Lanzadera parecía el cascarón de algún monstruoso y maligno insecto. Y, truenos, ¿qué era aquel ruido infernal del exterior? Se oyeron también disparos y lo que parecía un tiroteo. Ahora percibía el retumbar de un avión en los cielos. Volvió a pensar en la información que acababa de obtener. ¿Qué pasaría si bombardeaban el lugar para destruirlo? Gran Dios, moriría y la Lanzadera quedaría reducida a pedazos.

—Ahora —gritó Blakely desde lo alto y automáticamente, sin apenas pensar, Galbraith colocó en su sitio los dos últimos conmutadores. La Lanzadera reapareció en silencio y vacía y Galbraith murmuró un gemido. Estaba solo.

Pero no pasó mucho rato. Mientras se secaba la frente y miraba en redondo temeroso, pasando los ojos por la cámara fantasmal, las mismísimas paredes cedieron hacia el interior en medio de una lluvia de ladrillos y polvo. La turba de gente vociferante, millares de personas, irrumpió por encima de los escombros. Hubieron disparos del exterior, que apenas se oyeron por encima del tumulto. Era una multitud que se dividía entre sí. La mitad quería destruir la Lanzadera y todo lo que se relacionaba con ella. La otra mitad miraba a la Lanzadera como el nuevo Dios de una generación atea. Querían adorarla, como los hombres adoraban a la divinidad; querían utilizarla, como los hombres utilizan a la divinidad. Las dos concepciones se enfrentaron y se pelearon.

Como un foxino entre ballenas, Galbraith desapareció bajo los

pies de la turba. Se convirtió en una mancha sobre el suelo bajo millares de zapatos que marchaban impetuosos hacia el albergue de la Lanzadera. También millares de manos se extendieron y desgarraron el armazón de la Lanzadera. Las manos frágiles de gente furiosa o gente religiosa desgarraron el hierro y el acero, el cobre y el aluminio, el cuarzo y los diamantes y la Lanzadera desapareció para siempre en un millón de fragmentos.

ENLACE CON OTROS MUNDOS
Robert Bloch

I

Abrió la puerta de la alacena.

Una botella vacía de ginebra resbaló y se estrelló contra el suelo. No le hizo el menor caso y tanteó dentro de la alacena, sus dedos arañaron el aire. Mientras lo hacía, comenzó a hablar consigo mismo. Un vicio odioso, pero que parecía haber adquirido últimamente.

—Cuando llegó allí, la alacena estaba vacía y así el pobre perro nada tuvo. Pobre perro. Ese soy yo, de acuerdo. Pobre, pobre perro. —Hizo una pausa—: ¡Eureka!

En el fondo mismo de la alacena su mano encontró y se cerró en torno a una lata. La sacó y miró la etiqueta.

—Después de todo, nada de Eureka. Judías. Eso está mejor. El pobre perro tuvo judías.

Colocó la lata de judías en la mesa y encendió la parrilla eléctrica que descansaba sobre el banco de la cocina. Se inclinó, buscó una sartén pequeña… no estaba en realidad demasiado sucia… la puso sobre la reluciente rejilla.

—Un abrelatas —murmuró—. No la puedo abrir sin abrelatas. Canopius Canopy. Sopa Canopy. —Se quedó plantado durante un momento y todas las palabras se precipitaron cruzando su cabeza, en tumulto, sin control—. Sopa. Super. Superarían ha encontrado una lata. ¿La puede abrir? Ábrete Sésamo. Semilla de sésamos. Semilla de sésamos o algo. Sésamo sembró una lata de judías. Judías cocidas. Judías humanas. Norman Bean ése es el nombre que Edgar Rice Burroughs utilizó al principio cuando era todavía pobre y trataba de abrirse paso y comía judías. Como yo. A nadie le simpatizo. Nadie me quiere. Ni siquiera tengo un abrelatas.

De pronto se detuvo y su voz se convirtió en un susurro. No

sabía a quién había estado hablando antes, y ahora se daba cuenta de que realmente hablaba consigo mismo. Y susurró, muy despacio:

—Cuidado, ahora; has de acabar con esto. Tienes que dominarte. No querrás volverte loco, ¿verdad? ¿O sí?

Abandonó la búsqueda del abrelatas y se acercó al espejo. No le costó mucho rato. Toda la habitación tenía tres por cuatro metros, además del armario. Cocina, alacena, fregadero, cama y dos sillas, una mesa al extremo con una radio portátil. Ahora se plantó delante del espejo, sito encima del lavabo e hizo inventario de sí mismo.

El rostro largo y delgado, era todavía más largo y más delgado hoy. Las mejillas parecían algo hundidas… ¿dónde había visto antes esa conformación particular?

Los ojos eran de un azul brillante, pero ligeramente vidriosos y este fenómeno, también, le resultaba familiar.

Tenía el pelo castaño alisado sobre la cabeza y pegado en la frente donde yacía sin brillo alguno.

Tenía el cutis pálido. Pálido como la cera. Conocía esa palidez. En cierto modo estaba ligada con las mejillas hundidas y los ojos vidriosos y el pelo pegado, porque estaba asociado todo con el aspecto de un…

—¡Cadáver! —susurró—. Pareces un cadáver. Estás muerto. Muerto o moribundo. Tienes que hacer algo, es preciso.

Sí, tenía que hacer algo, ¿pero qué? El beber de nada le servía. Y ya no podía beber más de todas maneras, porque se había gastado hasta el último céntimo. Ni podía salir tampoco de aquella habitación tan míseramente amueblada. No hasta fin de mes. Entonces le desahuciarían.

Y lo peor de todo… no podía escribir.

Ese era la cima del problema. No podía escribir. La máquina de escribir portátil descansaba en la mesita de juegos. Descansaba. Pero él no descansaba. No podía descansar. No podía descansar porque no podía escribir y entonces bebía porque no podía descansar y cuando bebía no podía escribir tampoco. El no escribir le llevaba a beber, lo que le conducía a no escribir, lo que desembocaba en… parecer un cadáver. Llegaría a ser un cadáver. Si no se volvía loco primero.

—Sálvame —susurró a su imagen en el espejo—. ¡Sálvame! — Pero el rostro le devolvía la mirada de modo impasible. El rostro

sabía cuánto había que saberse de él.

Barnaby Codd, treinta años. Ocupación: escritor. Estado: soltero. Futuro: dudoso. O quizás demasiado cierto.

Y la cara conocía los hechos que había detrás de los hechos. Sabía los siete años de trabajos, las historias rechazadas, los relatos vendidos, los valientes principios y el amargo final. Conocía lo de Peggy y el compromiso roto, lo del apartamento amueblado con sus cinco habitaciones, cuando el escribir se le daba fácil. Conocía las cajas de *whisky* embotellado, cuando el licor lo adquiría en los mejores mercados y sabía lo de la botella vacía de la ginebra más barata (volverse loco, ¿cómo podía haber allí una botella vacía del licor más ínfimo?) cuando dio con los restos. Cuando los restos dieron con él, era ahora, ahora, ahora. Cuando no pudo descansar, cuando no podía evitar beber, cuando no podía comenzar a escribir, cuando se metió en esta costumbre horrible de hablar a solas y su cerebro se escapaba con las palabras y los pensamientos y no dejaba nada sino un sentimiento amargo de autocompasión.

Barnaby Codd se miró en el espejo y su imagen le devolvió la mirada con la impasibilidad de la muerte. Ahora estaba tranquilo. Tranquilo como si estuviera en coma. Lago Como, Lago Perry Como, *comme si, comme sa* viene el viento, viene la lluvia, viene el infierno o las altas aguas, vienen Dunder y Blintzen y Prancer y Rudolph y el Nariz Roja del Abrelatas. Maldito sea el infierno, ¿dónde estaba el abrelatas, dónde estaba la llave mágica que abría los portales plateados y conducía al banquete regio de judías para el placer de Su Majestad? Era todo muy divertido. No tenía motivos para llorar. Y sin embargo, de pronto, estaba llorando. El espejo se enturbiaba, la habitación comenzaba a girar y había un zumbar en su oído.

—¡El teléfono! —le llamó la señora Bixby—. El teléfono, señor Codd.

Barnaby Codd se frotó los ojos, marchó a tientas hasta el pasillo, respondió al teléfono.

—Hola… sí… sí… oh, seguro… sí, sería estupendo… me alegro… gracias.

Colgó. Eso era todo, eso era la excusa, la llamada del gobernador en el último instante cuando se encontraba a punto de verse ejecutado en la silla eléctrica.

Iba a ir a una fiesta. A un cóctel, con una buena mesa de aperitivos. Habría comida, comida, comida… cantidades de comida, y habría bebida, bebida, bebida… cantidades de bebida. Y gente. Gente como Hank Olcott, que le había invitado. Gente que aún le consideraba un talento creador, que le presentaría, con un cierto florecer de orgullo:

—Este es mi amigo Barnaby Codd, el escritor.

Sí, aún tenía un traje limpio. Y podía afeitarse aquellas mejillas hundidas. Iría y resplandecería y hablaría con los demás en lugar de consigo mismo y podría comer algo mejor que judías y beber algo mejor que ginebra barata.

Así que Barnaby Codd se lavó, se vistió y se peinó. Apagó la parrilla eléctrica. Cogió el sombrero y se dirigió hacia la puerta. Luego se detuvo, volviéndose en redondo.

Se acercó hasta el lavabo, cogió la lata de judías cocidas y la arrojó en el cubo de la basura.

II

Hank Olcott le llevó cruzando la habitación y le presentó con una serie de ademanes y fioriturас.

—Este es mi amigo, el escritor, Barnaby Codd. —Lo hizo una vez, dos veces, tres, media docena.

Codd comenzó a sentirse mejor y mejor, todo aquella comida, todo aquel licor, toda aquella gente arremolinándose. Una oportunidad para fijarse y que se fijasen en él. Todo se le convertía en real una vez más y Codd se sintió pero que muy bien.

Debían haber por lo menos cuarenta personas en el apartamento, pensó, y seguían viniendo y marchándose. Los elegantes, los afectados, el excéntrico y el egocéntrico. ¿Dónde los habría pescado Olcott? Lo ignoraba. Tenía amigos bastante raros, murmuró Codd. Él mismo era una buena muestra.

Mientras pasaba el tiempo, el carácter de la multitud cambió y algunos desconocidos aparecieron; con toda seguridad había circulado la noticia. Era la vieja historia. Olcott contó a sus amigos que celebraba una fiesta y ellos hablaron con sus amistades y éstas hablaron también con sus conocidos, con personas amigas, incluso enemigas.

Hank Olcott ya no le presentaba a otras personas. Él no conocía a la mayoría de esta multitud. Codd calculó si había llegado el momento de marcharse. Se sentía muy bien, seguro de sí mismo. Sería mejor irse ahora mientras se encontraba lleno de euforia. Otra copa quizás fuese excesiva. Otra introducción podría ser aburrida. Pero…

Entonces vio la amapola carmesí.

Oscilaba en su largo tallo verde, sus pétalos escarlata desplegados. Se alzaba en su esbelto esplendor cerca de las lejanas

ventanas y Codd se sintió irremisiblemente atraído por su aura. Inclinó la cabeza como para inhalar el perfume de su presencia.

—Me llamo Barnaby Codd —murmuró.

—Soy Cleo Fane —contestó la amapola carmesí.

Codd miró con fijeza al vestido gris, al mechón de pelo rojo flotante. No era ninguna amapola, sino una flor exótica, más atractiva. Una cara de mármol griego, unos ojos de jade chino… Codd se dominó bruscamente. Ya se dejaba ir otra vez, comprendió; todo aquel asunto de flores, escultura, rosa púrpura. Ella era la mujer más hermosa que había visto jamás… ¿no bastaba con eso?

Y ella le miraba con algo muy semejante a la admiración en sus ojos ovalados y ligeramente oblicuos.

—¿Es usted de aquí? —le preguntaba ella.

—¿Pertenecer a esta casa?

—¿Quiero decir si conoce a estas personas?

—Oh… sí. Es decir, conozco a Olcott, nuestro anfitrión. Gran patrón de las artes. Un verdadero aficionado. Así es como vine. Soy escritor.

Ella asintió.

—Lo sé.

Un sentimiento cálido dominó a Codd. Sonrió.

—¿Qué es lo que hace? —preguntó.

—No pertenezco a la casa.

—Entonces podemos irnos, ¿verdad?

Ella le cogió del brazo.

—Muy bien.

Y eso fue todo. En menos de un minuto había conocido a la mujer más hermosa que viera jamás y se marchaba con ella.

Olcott estaba plantado ante el bar portátil, rodeado de una serie de melenudos y de gente con el pelo corto y Codd no hizo el menor esfuerzo por decirle adiós.

En vez de eso salió; como flotando, inundando la noche con la resplandeciente pelirroja. Resplandeciente…

—¿Quiere usted ser mi invitado unos momentos? —le preguntaba ella—. Venga a mi casa. No está lejos.

Codd encontró dificultades en comprender su invitación. Resultaba demasiado bueno para que fuese verdad. Así ocurría en las novelas; así sucedía en algunas de las novelas que él solía

escribir.

La relajación combinada con el alcohol que tenía en su cuerpo formaba una extraña alquimia. Sabía que estaba borracho, sabía que no podía andar muy bien, sabía que tenía una conciencia turbia de la calle, del movimiento, de entrar en un alto edificio y verse acomodado en una gran habitación. Una lámpara lanzaba escasos rayos de luz desde el rincón. Codd percibió un perfume que podía haber sido incienso, que podía haber sido el de la mujer que estaba cerca, a su lado, sentada ahora en el largo y bajo diván.

Y entonces ella se volvió hacia él y fue como una ola del mar, la cálida marea fluyendo sobre su persona y alzándola en la cresta de la onda y de inmediato pudo hablar y las frases informes y las palabras frenéticas tuvieron cierto sentido.

—… no sé cuánto rato he estado buscando a alguien como usted… no alguien como usted, sino a usted, aunque nunca lo supe, nunca pensé que pudiese existir una persona como tú… jamás creí en el Destino… O que el Destino fuese una mujer con ojos verdes y labios en forma de extrañas puertas de acceso a los sueños más felices.

—¿Qué es lo que escribes? —Ella se incorporó de repente y su voz casi sonó agria.

—Pues… yo… yo… —Codd tanteó la realidad—. ¿Qué es lo que escribo? Una pregunta muy rara. Escribo muchas cosas. Poesía y novelas cortas y dos libros largos, tengo la mitad de un tercero… pero eso fue hace un año, entonces lo interrumpí. —Tragó saliva. Luego se lanzó adelante—. Seré sincero. *Era* escritor. Pero ahora apenas puedo pretender serlo. Durante un año he sido un zoquete. Algo me pasó, no sé cómo explicarlo. Ya no puedo escribir nada más.

Cleo asintió en una afirmación particular.

—Por eso quería conocerte. Sabía que necesitabas ayuda.

—¿Qué quieres decir?

Por toda respuesta Cleo se levantó. Desapareció en algún lugar de la estancia. Codd permaneció sentado, preguntándose qué pasaba y aguardando. Ahora se sentía muy borracho. Las cosas se sucedían con la máxima rapidez y no tenía manera de evaluar la realidad de los acontecimientos. Por una parte, le parecía haber pasado años desde que estuvo lloriqueando delante del espejo del

lavabo. Por otra, el tiempo no parecía haber transcurrido en absoluto.

Entonces regresó Cleo… tenía algo en su mano, pero la mano quedaba bajo el nivel del diván y Codd no pudo ver nada desde donde estaba sentado.

—Ese problema de escribir —dijo ella—, ¿podrías decir que se te ha establecido alguna especie de bloqueo mental?

Codd se incorporó rígido.

—Bueno, ¿qué es eso… acaso eres psiquiatra?

Cleo soltó una carcajada, una suave risa llena de oscuridad y de terciopelo.

—No. Pero entiendo algo acerca de la creación y sus problemas. —Su voz se convirtió en un murmullo persuasivo—. Quiero que sepas que deseo ayudarte.

—Lo sé. Y trato de responder con sinceridad. Simplemente ya no puedo funcionar más como escritor. No capto ideas adecuadas, de manera coherente. Todo se desmorona en palabras, frases, sentencias. Nada hay consistente o coherente… no logro concentrarme. —La voz de Codd se hundió en un susurro—. A veces, últimamente, me pregunto si estoy perdiendo el juicio.

—Perder el juicio —Cleo elaboró una de sus sonrisas características—. Es raro que utilices esa frase tan particular.

—¿Por qué es raro?

—¿Te has parado a pensar en lo que significa, en qué imagen evoca? Si *pierdes* la cabeza, eso indica que se te ha dirigido mal, que hay otro camino *mejor*. ¿Por dónde va tu mente ahora, señor Barnaby Codd?

—Perdida en llamas —murmuró Codd mientras la borrachera volvía a dominarle—. Perdida en las llamas de tu pelo y de tus ojos y de tus labios…

—Ahora, no. —Ella le apartó—. Esto es importante. Para ti, para mí. Y para alguien más.

—¿Alguien más?

—Claro. Soy sólo lo que podrías llamar un emisario. Un agente. Yo no podría inventar algo como esto. —La mano salió desde abajo del diván ahora. Tenía algo de una plateada esbeltez, sujetaba un objeto de extraño aspecto.

—¿Qué diablos de este mundo… o de fuera de este mundo es

eso? —jadeó Codd.

—¿A ti qué te parece?

—Bueno, yo diría que es alguna especie de adorno de cabeza o casco.

—Tienes razón. Se creó para ponérselo en la cabeza.

—Y esas antenas, con las bobinas entre ellas… me hacen pensar en la televisión y en los pilotos espaciales, y en todas esas paparruchas.

—Permíteme asegurarte que no hay nada infantil en este invento. Como pronto averiguarás, para tu beneficio.

—Sigo sin comprender.

—Ya lo verás. Me encargaron salir y encontrar a un sujeto para el experimento. Un artista creador, pintor… escultor, músico, escritor. Alguien que poseyese imaginación sensible, pero desencarrilada, indisciplinada. Para ser sincera, un artista creador fracasado. Un artista sin éxito, en ningún campo, porque si gozase del triunfo no desearía ni necesitaría utilizar el casco. Tú, sí.

—¿Quieres decir que alguien inventó ese chisme y quiere que yo me lo ponga en la cabeza?

—Exactamente.

—Bueno, aguarda un momento. —De pronto Codd se sintió sereno—. Eso no tiene sentido. Puede que me esté volviendo loco, pero no *tanto*. Una mujer hermosa viene a mí y me pide que lleve el casco de Buck Rogers inventado por algún chiflado misterioso y se supone que yo le seguiré la corriente.

—Esto es en serio. No te puedes imaginar lo serio que es. Sin embargo, empiezo a advertir que cometí un error. No tienes el carácter que me imaginé tendrías. Me parece que será mejor que te marches.

Cleo se levantó, apartándose. Y cada centímetro de su retirada fue de agonía para Codd, cada momento de apartamento era un alfilerazo de pena. No podía perderla, haría cualquier cosa, lo que fuere.

—¡Espera! Quizás si me explicas a qué viene todo esto, qué es lo que se supone que debe hacer el casco, lo comprendería.

—No. No eres el hombre que deseo.

—¡Por favor! —Ahora la estaba suplicando francamente—. Haré lo que me pidas, cualquier cosa.

Ella sonrió y se le acercó.

—Eso está mejor; mucho mucho mejor. —Le tendió el casco—. Toma, póntelo.

—¿Ahora?

—Exactamente.

Lo sostuvo en la mano. El metal era fresco, pero singularmente ligero y maleable. Y a la escasa luz no pudo distinguir la naturaleza de las bobinas, ni de las antenas que tenía en la parte superior.

—¿Qué… qué debo hacer cuando me lo ponga…?

—En seguida lo comprenderás. Póntelo nada más. —La sonrisa de ella era ahora burlona—. ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo de que te haga algún mal?

Era el reto adecuado para aquel momento. Barnaby Codd alzó el casco. Se lo colocó con mano firme sobre la cabeza… Napoleón arrebatando la corona al Papa y coronándose a sí mismo Emperador. El casco le encajó perfectamente sobre el cráneo. En el punto en donde las dos antenas tenían su base, algo comenzó a perforar su cerebro.

Miró con fijeza hacia adelante durante un instante, con los ojos clavados en Cleo. El rostro de ella parecía hechizado, los ojos cerrados. Experimentó la sensación más rara de que sus ojos eran las antenas. De que las antenas se le metían en su cerebro. De que su cerebro se encontraba en otro mundo. Le miró fijamente el pelo y las llamas ascendieron y Barnaby Codd se acercó para abrazarse en su fuego.

Luego ya no sintió el casco, no la vio más a ella. Se encontraba en otro mundo…

III

El cielo era verde.

Las lunas también eran verdes… y habían tres. Los árboles y la hierba y las piedras eran verdes. A lo lejos se agitaba un lago verde y Codd pudo ver la curiosa reflexión esmeralda que lo cruzaba.

Alzó la vista para averiguar la causa de la reflexión y percibió a la chica verde cabalgando en el perro verde. El can era parecido a un perro de lanas, con orejas enormemente exageradas. Y es que todo lo que concernía al can resultaba tremendamente exagerada… debía tener un metro sesenta de altura y una longitud de más de cinco metros. El perro también llevaba uno de esos curiosos cascos y brincaba con saltos de cinco metros cruzando el verdor del suelo.

A lomos del perro estaba la chica verde. Un casco descansaba en sus rizos verdes y sus ojos verdes brillaban lívidamente. Sí, tenía rizos verdes… ¡pero era Cleo!

Codd la miró con fijeza. Eso era cuánto podía hacer… simplemente quedarse mirando. Deseaba moverse hacia ella, quería gritar, pero no podía. Mandó a sus pies que se movieran. No pasó nada. Entonces miró hacia abajo y vio la respuesta. No tenía pies. No tenía ni pies, ni piernas, ni torso, ni brazos, ni nada. Llevaba el casco, pero no tenía cabeza. Podía ver, pero carecía de ojos.

Sólo podía hacer una cosa: mirar y esperar… mirar y esperar mientras la chica verde pasaba dando saltos sobre el perro verde. Luego el cohete rugió cruzando el cielo verde y Codd parpadeó. Codd parpadeó; sus ojos, no, porque carecía de ellos.

El cohete no era verde. Era plateado y un chorro naranja ardía tras él. Si el cohete no era verde, eso significaba que no pertenecía a aquel mundo. Venía de algún otro lugar. Trazó una curva por el horizonte, desapareció luego, bruscamente, reapareció sobre el lago.

Ahora iba más bajo, preparándose para aterrizar.

Codd quería estar cerca cuando tomara tierra.

Bruscamente estuvo más cerca. Vigiló el aterrizaje, vio como salían los hombres.

Cleo y el perro habían desaparecido. Ahora sólo estaban los hombres: los terrestres del futuro en un extraño planeta verde. Descubrió que podía moverse a voluntad, alejándose o acercándose y ellos no podían verle, aunque él sí podía distinguirles.

Descubrió que también podía oírles, débil o claramente, según lo desease. La sensación era similar a la de contemplar una película y filmarla simultáneamente, escogiendo los ángulos de cámara que deseara.

Durante la siguiente hora, vio cómo se proyectaba la película. El planeta estaba siendo explorado por la tripulación del cohete. El capitán y los tres miembros de la brigada de aterrizaje representaron un pequeño drama particular. La tripulación se volvía loca. Era el color la causa. El esfuerzo de ajustarse a un mundo en donde todo era verde. Se amotinaron. Trataron de apoderarse del navío. Sólo el capitán se mantuvo sereno. Los rechazó. Sucumbieron uno a uno, ante el gran cebo verde del lago, ante la llamada de la jungla verde, ante la muerte verde del pantano. Era, en cierto modo, un absorbente estudio psicológico… el efecto impredecible de sujetarse una mente normal y un normal par de ojos a un solo color invariable y constante.

El último tripulante murió en un loco intento de pintar de verde el cohete. Lo logró… y fracasó también… porque el capitán le pegó un tiro. Y ahora el capitán estaba solo. Solo y cuerdo, porque no quería ceder ante su medio ambiente. Era más fuerte que el planeta, más fuerte que la fuerza misteriosa de la clorofila o de la radiación o de la combinación de ambas que hacían que toda la superficie adquiriese su verdor.

Su voluntad no se quebró, su mente no cedió. Se preparó para regresar a la tierra solo. Fue entonces cuando llegó el fin de su prueba y encontró la seguridad de su cabina y se miró al espejo… y vio que se había vuelto verde.

La película terminaba allí, o mejor, el verde ascendía, crecía. Codd se sintió caer alejándose de eso, perdiéndose en el verdor, precipitándose en la negrura, descendiendo hacia lo rojo…

El pelo de ella cubriéndole la cara. Su voz susurrando:

—Despierta, ahora. Despierta. Te lo he quitado.

Estaba despierto y ella le había quitado el casco. Permaneció allí sentado, atontado y ella le sirvió una copa. Fuera de las ventanas surgía pálida un alba falsa que luego se vio como enmascarada por la final oscuridad.

—¿Qué pasó? —murmuró Codd.

—Dímelo tú —sugirió ella—. Tú llevabas el casco.

Barnaby Codd se lo contó. Ella asentía de vez en cuando, pensativa.

—Pero no entiendo nada en absoluto —terminó él—. Tú estabas en el sueño y había un perro y una nave espacial y todo era verde; sin embargo, me dio el argumento de una historia.

—Ese es el propósito —dijo Cleo—. El experimento tuvo éxito porque se convirtió en un relato. ¿Crees que podrías redactar ahora la historia y venderla?

Codd se puso en pie.

—Oh… sí, me parece que sí. Jamás probé en el campo de la ciencia ficción ni de la fantasía, pero hay buen mercado para ese género. Y este ángulo psicológico, el de los efectos del color, podría resultar.

—¿Entonces por qué no lo haces? —sugirió la mujer.

—Porque primero tengo que saber lo que ha pasado. Necesito comprender este chisme. ¿De dónde viene la historia?

—De tu propia mente, claro —le contestó Cleo—. El casco se limitó a organizarlas diversas imágenes subconscientes y darles forma coherente. Yo no pretendo saber el mecanismo… pero el casco integra los sistemas del pensamiento. Algunos de los elementos que observaste son bastante sencillos para comprenderlos.

—¿Cómo qué?

—Bueno, yo misma, por ejemplo. Pertenecía al preludio de la historia porque estaba en tu cerebro, de eso no hay la menor duda. El perro… —Ella dudó.

—Sigue —la apremió.

—El perro probablemente era un símbolo de ti mismo. Tú has *debido* sentirte últimamente como un perro, incluso quizás te hayas dicho que eras un perro, ¿verdad?

Codd sonrió.

—Cuéntame más.

—¿El navío cohete? Bueno, tú hablaste del hecho como si fuese un relato de ciencia ficción. Hay ahí una pura asociación de ideas.

Codd asintió.

—¿Y el color verde?

Cleo suspiró.

—Debo admitir que hay un poco de engaño en ese punto. Quise hacer algo que me permitiese comprobar lo que te ocurría. Así que mientras llevabas el casco y tenías la vista perdida en el vacío… te coloqué un objeto ante los ojos.

—¿Eso es lo que hice todo el rato? —interrumpió Codd.

—Sí. Estabas entrando en trance, los ojos abiertos, hasta que todo pasó. Mientras tenías la vista fija, coloqué esto ante tus ojos.

La chica extendió la mano y Codd miró la joya que destellaba ante él. Una esmeralda, claro.

—¿Entonces todo es cuestión de sugestión, de autohipnosis?

—Quizás. Pero el casco es el agente. Te lo pones y tus pensamientos siguen un sistema. Eso te ayudará a crear. Hablabas de perder la razón. El casco te permite volverla a encontrar.

—¿Pero cómo funciona?

—No te puedo contestar a eso. Y no debes hacerme demasiadas preguntas… lo que te he dicho es lo que necesitabas saber. Estoy autorizada para ofrecerte el casco en préstamo durante un período indefinido, para que lo experimentes. Puedes utilizarlo mientras quieras, escribir lo que desees como resultado de tus experiencias durante el tiempo que lo lleves puesto. Creo que encontrarás en ello un negocio muy provechoso.

—¿Y qué sacaréis tú… y tu misterioso amigo el inventor… por este privilegio que me ofrecéis?

—Simplemente la oportunidad de probar el casco y observar sus efectos. El registro de los efectos se encontrará en las historias que escribas.

—¿Pero dónde está la ganancia?

—No la hay. Quizás, algún día, querramos que nos des tus impresiones acerca del modo en que actúa el casco. Quizás lo patentemos y lo comercialicemos en gran escala. Puede que encontremos otros usos prácticos para él. De momento nada puedo

decir.

Codd paseó arriba y abajo.

—No sé. Parece una locura.

—¿Puedes vender la historia?

—Seguro.

—Entonces recuerda… escribirás más historias. Esta noche tu mente estaba singularmente en baja forma; te encontrabas confuso, medio borracho. ¿Qué supones que podrías ser capaz de realizar una vez tengas clara confianza, una vez comiences a organizar tu talento y a utilizar toda tu creatividad con ayuda del casco? Oh, te convertirás en uno de los escritores más leídos del mundo. Serás rico, famoso, quizás inmortal. ¿No te gustaría eso?

¿Le gustaría? Una brusca visión de la mísera habitación en que se alojaba cruzó su cerebro. Codd asintió. Claro que quería ser rico y famoso. ¿Y qué podía perder, qué debía temer?

—Supongamos que acepto —dijo—. ¿Hay algunas condiciones restrictivas?

—Ninguna. Naturalmente lo mantendrás en secreto. Al principio te verás obligado. Ya sabes tan bien como yo lo que la gente diría si recurrieses a ello contando una historia tan fantástica.

—De acuerdo —dijo Codd.

—No debes quitarte el casco mientras estés experimentando un sueño… y se te advierte también de que no trastees con el casco de ninguna manera. Si se te ocurre la idea de recurrir a algún laboratorio científico para examinarlo y descubrir el secreto del mecanismo, te aseguro que ese intento terminará en un desastre. Acabarás con un instrumento estropeado e inútil… y sin saber nada. Porque la ciencia actual no opera en un marco de referencias suficientes como para hacer que este fenómeno sea inteligible a la humanidad. —Sonrió—. Pero estoy poniéndome muy seria. Todo lo que quiero es recordarte el viejo refrán… ¿cómo era?… Ah, sí… «A caballo regalado no le mires el dentado».

Le tendió el casco. Codd lo cogió, avanzó hacia la puerta.

—¿Y cuándo te volveré a ver? —preguntó.

—Pronto. Muy pronto. —Cleo Fane le sonrió—. Te veré en mis sueños.

IV

Barnaby Codd escribió *El planeta Verde*, como novela corta, en tres sesiones. La vendió, a la primera tentativa, por trescientos dólares. La imprimieron y fue acogida con éxito, cuatro meses más tarde, y el editor le pidió más. El editor la había presentado con una cubierta mostrando cuatro o cinco colores en vez de sólo verde, pero nadie pareció molestarse por eso. Codd tampoco se incomodó, porque para cuando apareció la historia ya estaba bien adentrado en el campo de la ciencia ficción.

Se había mudado de su antigua y mísera habitación a un agradable apartamento, como antaño. La mecánica actual de elegir un nuevo domicilio y amueblarlo pareció agotadora, pero luego, después de varias semanas tras escribir el relato, todo le fatigaba a Codd. Se sentía singularmente vacío y desprovisto de energía.

No obstante, tuvo las fuerzas suficientes para localizar a Cleo Fane, o, por lo menos, para intentar localizarla. Miró el listín de teléfonos, claro, sin éxito. Luego consultó el directorio de la ciudad y no obtuvo nada. Así que recurrió a Hank Olcott.

—¿Cleo Fane? —Hank meditó un instante—. No, no conozco ese nombre. —Sacudió un cigarrillo, golpeándole por la boquilla y se arrellanó—. ¿Debiera conocerla?

—Bueno, asistió a tu fiesta —insistió Codd—. Seguro que la recordarás… alta, pelirroja, con un vestido verde.

Hank sacudió la cabeza negativamente.

—Lo siento. No recuerdo haberla visto. Claro, hubieron muchos desconocidos que entraron y salieron durante toda la noche. Preguntaré a alguno de la pandilla.

—Ojalá lo consigas —le apremió Codd—. Debo localizarla.

Hank Olcott soltó una risita.

—Creí haberte oído decir que salisteis juntos. ¿No sabes dónde vive?

Codd intentó explicarse. No lo sabía, había bebido demasiado; intentó seguir los pasos dados aquella noche y no pudo encontrar el edificio de la calle secundaria. Olcott le escuchó con paciencia, prometió efectuar indagaciones y así lo hizo. Pero nada averiguó.

Ni Codd tampoco, en los días que siguieron. Se sentó en su casa, esperando una llamada que jamás venía. Pudo tomarse unas cuantas copas para pasar el tiempo, pero se encontró sin deseos de beber. Pudo también volverse hacia la máquina de escribir y trabajar algo, pero descubrió igualmente que le era imposible escribir. En ese respecto su estado permanecía inmutable… estaba todavía en un período de decaimiento como escritor. Después de todo, la novelita fue un accidente.

Pero no fue un accidente. Era el simple resultado de llevar, el casco. El casco le dio la historia. ¿Por qué no volverlo a utilizar? Además, ¿qué es lo que le había dicho ella al despedirse?

«—Te veré en mis sueños».

Codd sacó el casco del lugar donde lo tenía oculto en el fondo de su maleta. Lo acarició, examinándolo curioso. El metal ligero y maleable era como plata y su superficie mantenía el tono patinado de la edad. Las peculiares antenas y filamentos tubulares entre ellas desafiaron su análisis. Este aparato no había sido pegado, remachado o soldado… todo parecía formar una parte natural del conjunto. Se vio incapaz de determinar cómo fabricaron el casco o qué procedimientos se utilizaron en su montaje. Todo era un misterio.

Lo mismo que su poder y que la mujer, y el poder que ella tenía sobre Codd… misterio total.

Codd suspiró. Apagó la lámpara, permaneció sentado en la oscuridad. El casco emitía un débil resplandor fosforescente. Lo levantó hasta su cara, luego se lo colocó en la cabeza. El resplandor fosforescente inundó la habitación, inundó su cerebro y todo su ser.

Codd había vuelto ahora al planeta verde. Estaba plantado junto a la ladera y miraba hacia abajo. Cleo vino saltando, a lomos de un lobo gigante. El lobo alzó la vista hacia él y aulló. Cleo agitó la mano una vez… por lo menos eso le pareció. Luego se fue.

Y ahora, singularmente, el planeta desapareció también. Codd se

encontraba en alguna otra parte… una ciudad moderna. Estaba contemplando cómo se desarrollaba otra historia.

Era la historia de David Harris, el hombre que estaba al borde mismo de la cordura. Codd conocía aquel tipo, sabía sus pensamientos, porque descubrió que podía entrar dentro del individuo y leer lo que pensaba. No sólo eso; hasta cierto punto, podía*ser* aquel hombre, si así se le antojaba.

Contempló a Harris, dado de alta del manicomio, vagando por la ciudad y buscando compañía; buscando a un amigo para que le salvase de la soledad. Porque la soledad era la fuente de su aberración; el estar solo le volvería loco una vez más. Siguió a Harris a través de la tristeza de sus días, de la impersonalidad vacía de sus contactos con la extraña ciudad. Sufrió las derrotas que Harris padeció y sus esfuerzos fracasados por establecer incluso una pequeña amistad con sus congéneres. Luchó, como luchó Harris, contra los odios terribles que le inundaban. Odios dirigidos contra todas las cosas vivas. Trató de conquistar la ilusión de que todos los hombres eran sus enemigos.

Y siguió a Harris hasta la taberna la noche en que conoció a la chica. La muchacha era Cleo, naturalmente… pero esta vez era rubia y descubrió que era una camarera sin empleo y padeciendo una época de mala suerte. También se sentía solitaria. Y entonces Harris se la llevó a su cuarto y allí pasaron la noche y Harris descubrió la comunicación, la libertad de la huida de la soledad y del miedo. Le pareció a Harris que esto era demasiado para soportarlo, que su mente estallaría al darse cuenta de la magnitud de su amor, que ese amor era un tormento peor que la soledad, que al perderse en el cariño perdía su identidad, y eso le ocurría a un hombre para quienes los demás hombres eran enemigos.

Como Harris, durmió y al despertar por la mañana vio que la muchacha se había ido. Entonces siguió a Harris por las calles, le siguió en su búsqueda de la chica que se le había convertido en el símbolo de la salvación. Tenía que encontrarla ahora o volverse loco para siempre. Y buscó y buscó, y creció su pánico y supo que estaba al borde de la locura, en el límite rasgado de la demencia y que no podría soportarlo sin la compañía de la muchacha. Y trató de recapacitar en lo ocurrido la noche pasado y no pudo, y el odio volvió a inundarle de nuevo y regresó a su habitación y entonces

notó su presencia allí.

El mero pensamiento de la presencia de la mujer bastó para salvarle; se dio cuenta, ahora, por primera vez, de lo cerca que había estado de perder la razón la noche pasada, cuando la conoció. Todo pudo ser cuestión de horas, incluso quizás de minutos, antes de desmoronarse, si no la hubiera encontrado. No le extrañaba haber olvidado todo lo sucedido mientras se hacían el amor.

Pero ahora la presencia de la chica era fuerte, ella estaba con él, de algún modo y supo que la tendría siempre a su lado. Había hecho algo… no podía recordar lo que era en este momento… para asegurárselo. Había hecho algo por evitar quedarse solo y lograr tenerla consigo para siempre.

Harris no pudo recordar. No hasta que decidió salir y fue al armario y abrió la puerta y la encontró apoyada, rígida, en un rincón, con su cuchillo clavado en la garganta…

Entonces Harris se volvió loco, fosforescentemente loco y Codd le abandonó rápidamente, salió de la fosforescencia y se quitó el casco.

Se sentó allí jadeando en la oscuridad durante largo rato antes de verse con fuerzas para levantarse, encender la luz y acercarse a la máquina de escribir.

Aquella noche creó de una tirada su novela corta *El borde rasgado*.

V

Durante los siguientes tres meses, Barnaby Codd escribió nueve relatos cortos y dos novelitas. Las dos novelitas y las últimas seis historias cortas se vendieron con suma facilidad y Codd consiguió contratar a un impulsivo y brillante agente llamado Freeman que negoció la venta de una de sus novelitas para una película y los derechos para TV de tres historias. El agente apremió a Codd para que abordase ahora una novela larga y habló de «tratos» y «porcentajes» y de «hacerse un nombre mientras las cosas eran favorables».

Las cosas eran favorables, de acuerdo; demasiado. Codd se compró un coche nuevo y nuevos muebles. Tenía una buena cuenta corriente de unos siete mil dólares. Estaba en situación de satisfacer su instinto gregario y de ampliar su ego. No era preciso que esperase una llamada telefónica de los Hank Olcott de este mundo… era capaz de organizar sus propias fiestas cuando se le antojara.

Lo intentó una vez. La fiesta no fue ningún éxito. Oh, vino Hank y el resto de la pandilla y parecieron pasarlo bien. Le felicitaron y se unieron a Freeman para maravillarse de su éxito súbito e imprevisible. Pero Codd no disfrutó en absoluto. Siguió esperando que la amapola escarlata floreciese al doblar la esquina… y, claro, eso no ocurrió.

Entonces trató de beber y descubrió que ya no le gustaba el licor. Ni tenía energía. La fiesta le aburría. Se alegró mucho cuando todos se fueron finalmente y pudo apagar las luces y colocarse el casco.

Porque ella venía cuándo se ponía el casco; siempre acudía y siempre del mismo modo. Se encontró de vuelta en el planeta verde,

bajo las tres lunas verdes. Un instante de espera y entonces ella cruzó el panorama montada en un animal. En cada ocasión el animal era distinto… un león, un tigre, un potro, un oso. En cada ocasión la acción resultaba igual… la criatura saltaba, ella agitaba la mano, luego desaparecía. Y se encontraba en el argumento de un sueño. Los argumentos inevitablemente eran producto de alguna realidad previa; retorcidos, invertidos, extendidos y proyectados. *El borde rasgado* fue resultado de su propia búsqueda de Cleo. Otros argumentos se basaban remotamente en los incidentes subsiguientes y diarios de su vida.

Esta noche el sueño se refería a una fiesta… un baile de caridad. Cleo estaba presente, (cosa rara, siempre solía aparecer disfrazada como otra persona), y en esta ocasión era trigueña: una famosa estrella de la pantalla, célebre internacionalmente, símbolo del escándalo y de la sofisticación.

Hubo una subasta y ella bajó con los que adquirieron los billetes ganadores, los que habían pujado más. Codd conocía a estos afortunados… se convirtió por turno en cada uno de ellos. Y siguió sus vidas.

Fue Homer Johnson, el tímido, pequeño Homer Johnson, con sus gafas, el contable de la esposa impertinente. Y como resultado de ese momento de gloría, su baile con un sueño, encontró valor para abandonar a su esposa, decirle cuatro palabras a su jefe y seguir con su romántica y deseada ambición de vivir en la marina mercante. El baile le convirtió en héroe.

Fue el joven Derek; Derek el afortunado. Rubio, guapo, hijo único de un magnate, con un futuro asegurado y una chica que le adoraba. Pero bailó con un sueño y después su novia nada significó para él. Y ninguna mujer le resultó suficiente. Cayó, cayó, hasta un fin inevitable. El baile le había destruido.

Fue Geoffrey Farr, antaño famoso en la escena y ahora haciendo de extra, representando papeles de actor de carácter en comedias musicales ligeras. Se había gastado sus últimos cinco dólares en la puja por el tíquet que le daba derecho al baile, se quedó sin un céntimo porque no podía consentir en hacer el ridículo ante el «público» y consiguió un baile también… y bailó con su traje de etiqueta alquilado, con aquellas costuras demasiado justas, que parecían a punto de estallar: bailó con una opresión terrible en el

pecho y no era que el traje le venía demasiado angosto… sino porque era viejo, demasiado viejo para la tensión constante de mantener las apariencias y demasiado viejo también para la excitación.

La estrella se mostró amable con él mientras bailaba y algún fotógrafo de *Life* recordó su nombre y tomó una instantánea del baile pensando que era un buen «ángulo de interés humano» para trabajarlo. Y la sala de baile pareció hervir de interés.

Antes de que hubiese pasado la noche, Geoffrey Farr había sido «redescubierto» por dos agentes, un jefe de reparto de una obra de Broadway y el director personal de la estrella. Por la mañana habrían de firmarse los contratos y Geoffrey Farr volvería a estar en la cumbre.

Antes de que la noche pasase, Geoffrey Farr murió de un ataque al corazón, producido por la tensión y la emoción. Había bailado con un sueño, y el sueño era la muerte.

Codd murió, se quitó el casco y se instaló para completar los detalles de *Los bailarines*. Iba a ser toda una novela larga… algunas de las escenas eran pura hojarasca, comprendió, pero en general tenía todos los atractivos que hacen que un libro se venda. El argumento era de la clase que lógicamente se convierte en un éxito de librería, un éxito que indefiniblemente se transforma después en película. Ya había captado el ángulo más favorable. Habría una especie de combinación de *Grand Hotel* y *Carta a tres esposas*.

Podría escribirlo en un mes, lo sabía.

Y lo hizo.

Freeman se mostró entusiasmado cuando vio el manuscrito.

—¡Eso es! —exclamó—. Sabía que lo conseguirías, Barnaby. Ya te has ido alejando más y más de aquel mórbido género de fantasía. Ahora has captado el ángulo comercial. Esta mañana me pondré a trabajar. No te preocupes por nada. Sólo quiero que vayas a casa y que te tomes un largo descanso. Pareces cansado, hombre. Esta novela ha debido agotar tus energías.

Codd se marchó a casa. El coche nuevo funcionaba perfectamente, pero el conducir le resultaba un esfuerzo. Todo había sido un esfuerzo durante el pasado mes. No se había puesto el casco mientras escribía, pero los efectos persistían. Dejando aparte el trabajo, se movía con una especie de sopor. La acción y la

reacción se alternaban singularmente. Claro, eso ocurría a menudo cuando estaba trabajando en una historia… La historia se hacía más real que el mundo externo. Incluso aquella historia no le había parecido real.

Los sueños sí que eran reales.

Eso era lo que sentía. Los sueños eran reales. El resto parecía efímero, sin importancia. Sólo el mundo de las ilusiones existía. Cleo había sido el sebo para hacerle usar el casco. Las historias y el éxito eran el cebo que le mantenían utilizando el casco. Alguien o algo deseaba que lo hiciese y ese algo o alguien era real.

Codd subió hasta el apartamento. Se dio cuenta de que se sentía mal, y comprendió, con bastante sensatez, que estaba dejando que su mente volase. Freeman tenía razón; padecía cansancio por exceso de trabajo.

Bueno, ya no tendría que trabajar más ni con tanta dureza. Interiormente sabía que acababa de producir una obra de éxito; Freeman lo confirmó. Vendería la novela, conseguiría un buen contrato para hacer del argumento una película y se tomaría las cosas con calma. Después de todo, era un escritor que trabaja para sí… no tenía que depender del casco. Todo este asunto comenzaba a molestarle mentalmente… secretos culpables y esa clase de paparruchas. De ahora en adelante quizás sería una buena idea olvidarse de todo lo que había hecho con anterioridad.

Cleo, quienquiera que fuese, había desaparecido. Nadie estaba enterado de lo del casco. Nadie vendría a chantajearle o a acusarle o a amenazarle. ¿Por qué no olvidarse de todo ese asunto y empezar de nuevo siguiendo sus propias directrices?

Sus propias directrices…

Barnaby Codd se plantó delante del espejo e hizo un inventario de sí mismo.

El traje de Brooks Brothers era inmaculado. La corbata Sulka resplandecía elegantemente. Pero el rostro flaco y delgado mostraba mejillas hundidas, un pelo castaño sin brillo, un cutis cerúleo, unos ojos vidriados que contenían la expresión horrorizada del reconocimiento.

Nada había cambiado. Seguía siendo un cadáver ambulante.

Y si podía aún caminar, aún había tiempo para el tratamiento.

VI

Se estaba muy cómodo en el diván de cuero.

A veces es bonito ser un cadáver, yacer inmóvil con las manos pacíficamente plegadas sobre el pecho, con los ojos abiertos y sin ver, preparado para el descanso eterno.

Cuando uno acepta la muerte, ya nada más le importa y es más fácil hablar. Mucho mucho más fácil.

Barnaby Codd contó al doctor Fine todo cuanto sentía. No le resultaba difícil hablar al pequeño y silencioso psicoanalista. Olcott se lo había recomendado, creyendo que era una buena idea. Y hasta ahora sí que resultaba una buena idea.

Era estupendo desear verse libre de todos los preliminares, que se aceptase la palabra de Codd y que el médico afirmase comprender sus problemas. Y, animado por esa actitud, Codd habló.

Llevaba hablando ya una hora. Contó toda la historia… lo de escribir y conocer a Cleo Fane, y el acontecimiento curioso de aquella noche. Contó lo del casco y lo de los sueños. Nada retuvo.

El doctor Fine escuchó atento y paciente. Codd experimentó la convicción cada vez mayor de que aquí podría recibir ayuda, que el doctor Fine conocía la solución.

Concluyó con tono esperanzado:

—¿Qué le parece? ¿Qué opina usted de todo eso, doctor?

—En realidad, no importa lo que a mí me parezca. La cuestión importante es… ¿qué significa para usted? ¿Cómo podría explicarlo?

—No… no puedo explicarlo.

—Entonces, elabore una hipótesis.

—¿Lo dice usted en serio?

—Naturalmente. ¿Y usted? Si es así, dígame lo que imagina.

—Bueno. —Codd encendió el cigarrillo y buscó el simbolismo en la espiral del humo—. Una teoría podría ser que cuando fui a la fiesta ya estaba desmoronándome. El alcohol me causó efectos de autosugestión. —Hizo una pausa.

—Siga. Es interesante.

—Recuerdo que Olcott no vio jamás a esa mujer. Sus amigos tampoco parecen conocerla. Así que quizás no hubo tal chica. Puede que me imaginase todo el asunto… fabriqué un estímulo, una excusa para continuar escribiendo. Hasta podría decirse que me hipnoticé yo mismo.

El doctor asintió.

—Es posible teóricamente —admitió—, excepto un detalle. —Codd se levantó, se acercó al perchero y buscó en el bolsillo de su sobretodo—. Ella me dio el casco, aquí está.

Extendió la pieza metálica de aspecto tan curioso y el doctor Fine la examinó con cuidado.

—No pudo fabricársela usted —murmuró—. No supongo que…

—Tampoco lo supongo yo —interrumpió Codd—. La suposición de todas maneras no me ayudaría. Y me imagino que ningún laboratorio en la tierra podría analizar con seguridad la estructura componente de un casco mágico. Ella me previno contra tratar de investigarlo… Me pregunto si sería o no una buena idea hacer el intento. De todas maneras, podría servir para convencerme de mi propia cordura.

El doctor Fine contempló las antenas, las bobinas, el color a plata vieja que servía de pátina al casco.

—Si me lo permite, será un placer examinarlo por su cuenta —dijo—. Pero antes de que se resigne a creer en el poder del casco, ¿por qué no pensar un poco más lógicamente en este chisme?

—Está bien. Abordémoslo de otra manera. Cleo Fane existe, la vi. Ella me dio el casco, por sus propios motivos misteriosos… El casco…

—No haga caso del casco —sugirió el doctor Fine—. Supóngase que el casco era, y lo es, sólo parte de un disfraz. ¿Y entonces qué?

—¡Pero tuve los sueños! —objetó Codd—. Tuve el primer sueño, allí, en su apartamento. Y cuando desperté, ella seguía todavía en la casa, con la esmeralda. Ella pareció participar en el sueño y conocerlo todo…

—¡Piense! —insistió el doctor Fine—. ¿Qué podría significar?

—Podría significar… podría significar que yo no me hipnoticé a mí mismo… que soñé… pero que fue *ella* quien me hipnotizó. La oscuridad, el silencio y la fatiga y el alcohol y la sugestión. Ella me hizo creer que soñaba cuando me puse el casco. Y entonces empleó la esmeralda como punto focal. No me extraña que conociese mis sueños… ella los estaba colocando en mi mente, diciéndome en todo instante lo que tenía que soñar.

El doctor Fine runruneó como un gato satisfecho. Parecía que se había tragado estupendamente bien el canario, pero…

—¡Espere! —exclamó Codd—. Eso tampoco resultaría, porque lo volví a soñar. Y otra vez. En cada ocasión que me ponía el casco, tenía un sueño. Ella no estaba presente para sugerirme nada, ni en una sola ocasión y así…

—¿Ha oído usted hablar de la sugestión post-hipnótica? —preguntó el doctor.

—¡Ya lo entiendo! Ella lo hizo todo en una sesión… me ordenó que, de vez en cuando, al ponerme el casco, soñara. Quizás sembró toda la serie de sueños en mi subconsciente. Desde entonces el propio casco fue el agente focal para la hipnosis. ¡Y sigue funcionando!

Por el sonido del runruneo profundo parecía ser que el doctor había encontrado otro canario.

—Dos preguntas más, doctor. Ahora resulta más claro para mí y me siento mejor una vez comprendo que hay otras explicaciones que la locura y lo sobrenatural. Pero es preciso responder a dos preguntas. La primera es…

—¿Por qué intentaría alguien hacer tal cosa? —El doctor Fine estaba regodeándose ante su tercer canario y se sentía impaciente y no podía esperar—. Porque, por desgracia, usted no está solo en su necesidad de terapia analítica, amigo mío. El mundo se encuentra lleno de personalidades desorganizadas. Su Cleo Fane, con su calculado aire de misterio, su casco fabricado y la hipnosis elaborada, quizás esté actuando compulsivamente y dramatizando sus propias fantasías particulares de poder. Ella buscaba, «un artista creador», según le dijo. Un instrumento de masculinidad, quizás. Un sustituto para…

Siguieron cinco minutos de terminología abstrusa, todo lo cual

se sumó tranquilizadoramente al hecho de que Cleo Fane estaba más loca que una jaula de grillos. Era una terapia para Barnaby Codd el que le dijesen que *ella* era la chiflada, no él.

Pero había todavía una segunda pregunta. Ahora la formuló.

—¿Cómo desembarazarse de los sueños? —suplicó—. ¿Cómo puedo escapar de este asunto de la sugestión posthipnótica?

El doctor Fine sonrió.

—Ya está ahora más que medio libre —dijo—. El simple analizar de las cuestiones es ya dar un gran paso hacia adelante. Fíjese bien. El paso final es sencillo. Meramente reside en desvalorizar el casco.

—¿Sí?

—Dándose cuenta objetiva y subjetivamente por completo que se trata todo de un truco. Que el casco en sí no tiene ningún poder mágico para su mente. La próxima vez que usted se lo ponga no esperará a que termine el sueño. Se lo quitará, por su propia voluntad. En mitad de la secuencia del mal llamado sueño. Y así será de sencillo —sonrió—. Luego, si aún lo desea, haremos que examinen el aparato y que nos den un dictamen científico. Hay posibilidades de que lo fabricasen en algún lugar de Nueva Jersey. Podemos ocuparnos de eso a finales de esta semana.

—Pero, aguarde un momento… ¡No puedo quitarme el casco en mitad del sueño! Ella me previno, dijo que no me lo permitiría, que no podría ser dueño de mis actos cuando lo llevase…

—Pues claro que puede quitarse el casco —dijo el doctor Fine—. Todo es cuestión de sugestión. De contrahipnosis, si lo desea. Ahora vuelva a tumbarse en el diván una vez más; creo que puedo prometerle que la próxima vez que se ponga el casco se lo podrá quitar a voluntad —runruneó—. Todo es cuestión de sugestión.

VII

Codd no volvió a sentirse un cadáver. Los cadáveres no tienen seis meses de visitas continúas al psicoanalista. Ignoran el esperanzado sentimiento; de que su problema está en camino de ser resuelto, de que se les ayuda para desembarazarse de sus ilusiones y que pueden caminar sin ayuda y por sus propios pies, en el camino que ellos mismos elijan.

Codd experimentaba con fuerza ahora todas esas sensaciones. Resultaba la cosa muy sencilla. El doctor le curaría del bloqueo que le impedía escribir, le permitiría recobrar las fuerzas y la decisión en vez de depender de la sugestión de una creencia fantasmal en la «magia».

De regreso en el apartamento se miró una vez al más al espejo y allí estuvo la clave. Sonreía, con dominio de su personalidad, y hasta había color en sus mejillas. Era Barnaby Codd… no el antiguo Codd sino un nuevo Codd. El Codd triunfador. El Codd que acababa de escribir una novela que podía convertirse en un éxito de venta. El Codd que iba a tener cuantas cosas quiso tener jamás. El Codd que podía… y eso no era inconcebible ahora… crear obras maestras.

Sonó el teléfono. Tanteó hasta cogerlo en la creciente oscuridad.

—¿Codd? Aquí Freeman. Buenas noticias. Parece que hemos dado en el blanco. —Codd escuchaba, asintiendo ante el auricular. Había vendido el libro. Freeman citó el editor, le contó lo del anticipo. Uno de los grandes clubs del libro estaba leyendo una copia del original. La segunda copia había sido solicitada por la oficina en Nueva York de unos importantes estudios cinematográficos. Codd debía acudir al despacho de Freeman mañana por la mañana para ocuparse de la agradable tarea de

firmar contratos.

Codd dio las respuestas acostumbradas y colgó. Flotó hasta una silla en la oscuridad de la sala de estar.

Eso era. Aquello sí que era vivir. Y estaba solo al principio. De ahora en adelante disfrutaría como todo un hombre. Como su propio dueño. Podría romper esta loca fijación, esa dependencia mórbida en una chica chiflada y en su historia también insana. Su mente consciente ya era libre. Y una vez se quitase el casco durante un sueño, su resolución subconsciente quedaría fortalecida, gracias al doctor Fine y al poder de la sugestión. El poder de la sugestión… oponer fuego al fuego. La ciencia era maravillosa… qué loco más romántico y melodramático había sido… pero llegó el momento de acabar con todo eso.

Sí, había llegado el momento de acabar. De acabar de una vez. No podía esperar. No debía hacerlo. Quizás fuese la orden hipnótica del doctor Fine. Comprendía que tenía que ponerse el casco de inmediato y llevar a cabo el incidente traumático.

De cualquier forma, las ansias eran fuertes. El ansia era abrumadora, irresistible. Codd sacó el casco de su abrigo. Notó la frialdad del metal contra las palmas de sus manos. Notó la misma frialdad contra su cráneo y se arrellanó en el sofá y se lo ajustó. Le encajaba de manera cómoda.

Y eso fue todo.

Simplemente descansó en su cabeza. No pasó nada. El doctor Fine tenía razón… quizás había hecho un trabajo mejor de lo que se atrevía a esperar. Ya la fuerza del casco se había esfumado. Codd no creía en él. Era su propio dueño. No estaba en poder del casco, en poder de Cleo Fane. Él no era servidor de Cleo. No era su servidor. No era…

Codd se durmió, naturalmente. Le resbaló la cabeza y dormitó. Ahora le venía la fosforescencia y la sensación familiar de ver sin ser, de moverse sin cuerpo.

Aguardó a que apareciese las tres lunas. Era extraño, ahora que había visitado al doctor Fine, la facilidad que tenía para analizar lo que estaba sucediendo. Aquel planeta verde no sólo se le había convertido en algo familiar, sino también en natural, aceptado. En realidad le parecía más verdadero para él que lo que le rodeaba en su estado de vigilia. Y el preludio inevitable de sus visiones… Cleo

cabalgando en una bestia extraña y cruzando el panorama verde… también era aceptado y esperado. Ahora lo aguardaba, pero en esta ocasión no lo aceptaría. Era un simple sueño.

Cosa bastante rara. Esta vez no había planeta verde ni tampoco vio a Cleo cabalgando en un animal. Se encontraba en alguna otra parte. Se hallaba en otros muchos lugares. En muchos tiempos. Estaba dentro de la mente de ella. O ella se encontraba en el interior de la mente suya.

Un vistazo al rostro de la muchacha, asomando destacado del cielo, bloqueando la visión del horizonte con el rojo cegador de su cabello. Y su voz que susurraba.

—Trataste de desobedecer. No estabas satisfecho con mis regalos y trataste de desobedecer. ¿Acaso no te di bastante? Querías capacidad para crear, deseabas la recompensa de la creación. Yo te di todo eso con liberalidad. ¿Acaso no era bastante?

No respondió a la pregunta. Era inútil, ella conocía la respuesta. Ella lo sabía todo. Su voz contenía un rencor eterno.

—No era bastante, nunca fue bastante para ninguno de ellos. También querían *saber*. También querían husmear y entrometerse. Es su propia naturaleza, porque son simples hombres. Tú eres sólo un hombre. Tú no comprendes a los dioses. Y como un hombre, te crees mayor que los dioses, más fuerte que sus hechizos. Así que trataste de desobedecer. Deseabas saber.

El rostro de ella desapareció y llegó el momento de quitarse el casco. ¿O podía aguardar un minuto más?

Aguardó. Tenso incluso en el sueño y le llegó la voz de nuevo.

—Muy bien. Sabrás. No porque lo desees, sino porque yo lo permita. Por primera vez debes saber que éste es mi sueño… no el tuyo. Yo construyo tu sueño, los sueños de los hombres que se ponen el casco.

»Sí, el casco, mejor dicho, los cascos. Porque hay muchos cascos. ¿No creerás que eres el único a quien busqué, a través de los siglos? ¿Acaso te consideraste el exclusivo favorito de los dioses, el único creador cuyas obras provenían de los sueños qué yo concedo?

»Éste es el secreto… y hay algunos que se han quedado satisfechos con él y no han pensado siquiera en desobedecer. Aprendieron la lección, guardaron sus cascos como un secreto sagrado. Crearon obras maestras.

La mente de Codd era ahora como una calidoscopio, un montaje de fragmentos fugitivos y huidizos. Vio, y reconoció con asombrado horror, los rasgos y caras de una docena de titanes. Grandes compositores, artistas famosos, célebres escritores, escultores inmortales. Y en un instante ellos abrazaron la esencia pelirroja de la humanidad femenina, se pusieron sus cascos, idearon, vivieron, murieron. Lo comprendió todo y la mezcla se fundió, volvió al tiempo para incorporarse a los millares de años pasados.

¿Cuánto tiempo llevaba sucediendo, y por qué, y quién era Cleo Fane o la que se hacía llamar Cleo Fane?

—Te concedo todas las respuestas —le dijo la voz—. Cuidado, si te atreves.

Entonces se encontró en la isla y la identificó como Aeae y supo quién era ella… la eterna hechicera de todas las leyendas, el símbolo inmortal e imperecedero de la creación y de la destrucción que cegó a Homero. La pelirroja Circe, cuyo placer era esclavizar las almas de los hombres. Y los hombres no eran dignos de su abrazo. Ofendían a los dioses y se convertían en bestias. Cisnes, potros, leones, y lobos; ella les quitaba el poder creativo que ellos despreciaban y dejaba en sus seres únicamente al animal. Ellos se convertían en bestias.

Así cantó Homero la historia… y murió. Pero la historia no terminaba. Nunca podía terminar, porque los dioses son inmortales. Y cuando Aeae se hundía en el mar, Circe buscaba refugio, no en la Tierra… ¿Porque qué es el Tiempo o el Espacio para un inmortal?… sino lejos, mucho más lejos.

Ahora Codd había vuelto una vez más al planeta verde, al lejano planeta verde con las tres lunas. Esta era la nueva isla de Circe, su isla en el espacio. Aquí los hombres no la visitaban, así que bajaba para estar entre los hombres de vez en cuando.

—Siempre busco el éxtasis —continuó la voz—. Siempre busco la devoción que viene sólo con el participar en el acto de la creación. Y mi maldición eterna es que yo misma no puedo crear. Sólo puedo transformar. Tengo que recurrir a los hombres, esas semibestias que poseen pero que no agradecen este poder, con el fin de despertarles. Y cuando rechazan su poder, cuando me niegan una parte en la revificación de sus almas, me vengo. Los transformo en animales, como merecen serlo. Porque ellos rechazan el don de los

dioses, el casco…

Codd comprendía y con un escalofrío supo que comprendía. Este sueño era distinto. Una parte suya se encontraba distante, analítica. Él no estaba en poder de ella, no estaba en poder del casco. Poseía el blindaje de la ciencia, las armas del doctor Fine. Era invulnerable, podía escuchar, aceptar o rechazar a voluntad. Esto quizás era un nuevo argumento. Si gustaba lo utilizaría cuando despertase; si no, lo desecharía. Precisamente ahora, cuando se le antojase, se quitaría el casco y dejaría a esa mujer loca con sus dislocados sueños.

Era una mujer, de acuerdo, y estaba insana mentalmente. Y le había dado horas de fantasía libre mientras se encontraba bajo la hipnosis. Todas sus locas ilusiones quedaron impresas en su cerebro varonil. De allí venían los argumentos y no le extrañaba sentirse deprimido mientras los escribía. Y ahora, últimamente, nacía el producto final de sus sugestiones, el núcleo central que ella le fijara. La mujer era una hechicera: Circe, ni más ni menos. Y una Circe moderna y aerodinámica que vivía en un planeta propio muy lejos en el espacio. ¡Nada menos que tres lunas! Y todos los hombres eran bestias y ella resultaba superior a los hombres y atraía a los artistas hasta su perdición…

La vio rodeada por los animales ahora y estos bichos también llevaban cascos. Y la mostraban los colmillos, pero lamían sumisos sus pies desnudos y ella escogía montura, se instalaba en los lomos del animal y recoma el panorama fantástico que no era panorama sino meramente una imagen de las retorcidas circunvalaciones de su propio cerebro desordenado.

Ella le estaba suplicando ahora y gritándole y amenazándole. Él no debía intentar descubrir lo del casco, no debía resistirse a los sueños, no debía buscar ninguna venganza.

—Te daré sueños para que tejas maravillas —susurraba ella—. Serás famoso, tu nombre resultará inmortal. Y todo lo que te pido es compartir la creación. Compartir con tu alma los momentos de éxtasis de la creación.

Codd entonces sintió compasión por ella; la compadeció al imaginársela sentada a su lado en la oscuridad y vertiéndole en su mente dormida todas sus locuras de mujer.

—Pero si desobedeces, ya conoces el castigo —amenazó la voz

—. Y no puedes escapar. Jamás podrás escapar. Siempre continuarás por la eternidad, mientras las tres lunas existan. ¡Así que elije, elije! ¿Serás uno de los dioses, o un perro maldito e ínfimo, un can aullante en la espesura de un mundo distante? Tuyo es el poder de elegir… mío, el de castigar o recompensar. ¡Así que elije, elije!

Había compasión en el cerebro de Codd, pero también una repulsión creciente. El doctor Fine le había dicho lo que hacer. El doctor era estupendo, todo era estupendo, todo iría bien una vez se quitase el casco, se arrancase aquella noción loca de la cabeza. ¿Era él una bestia? Un perro, ¿eh? ¡Era un hombre, un hombre dueño de sí mismo, y podría demostrarlo! Podría sentir y actuar. Actuar como ahora actuaba. Barnaby Codd alzó las manos hacia su cabeza. Tocó el casco. Era real. Y podía quitárselo. Ahora ella gritaba, gritaba y reía. Probablemente lo habría hecho hasta el fin cuando se desmoronó por completo en su delirio y lanzó su final «hechizo». A su modo, la pobre mujer había sido una «posesa»… se creía a sí misma una hechicera, y así se comportó.

Pero los hechizos deben romperse. Los sueños tienen que terminar.

Extendió los brazos y se quitó el casco.

Cesaron los gritos. Cesaron dentro de su cabeza. Se detuvieron al exterior de su cabeza también.

Se había quitado el casco, era libre.

Vivía en la realidad.

Ahora estaba agazapado, jadeando, pero sabía que había roto el hechizo. Esto era real. Todo había pasado, irrevocablemente pasado.

Barnaby Codd abrió los ojos. Entonces *ella* se le acercó y le acarició la cabeza, se montó en su lomo. Él alzó su testa peluda y aulló mirando a las tres lunas…

FIN